

197

197
CIÓ

SECRET

SECRET

SECRET

SECRET

SECRET

PO 7297
E75

T6

71060

FOIA



1080029795

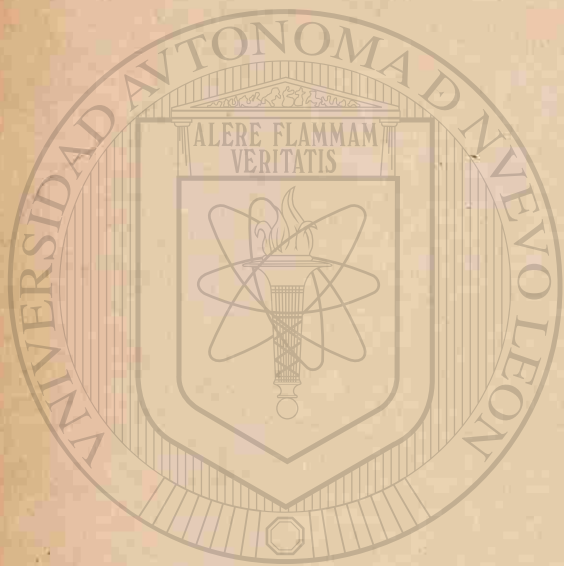


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

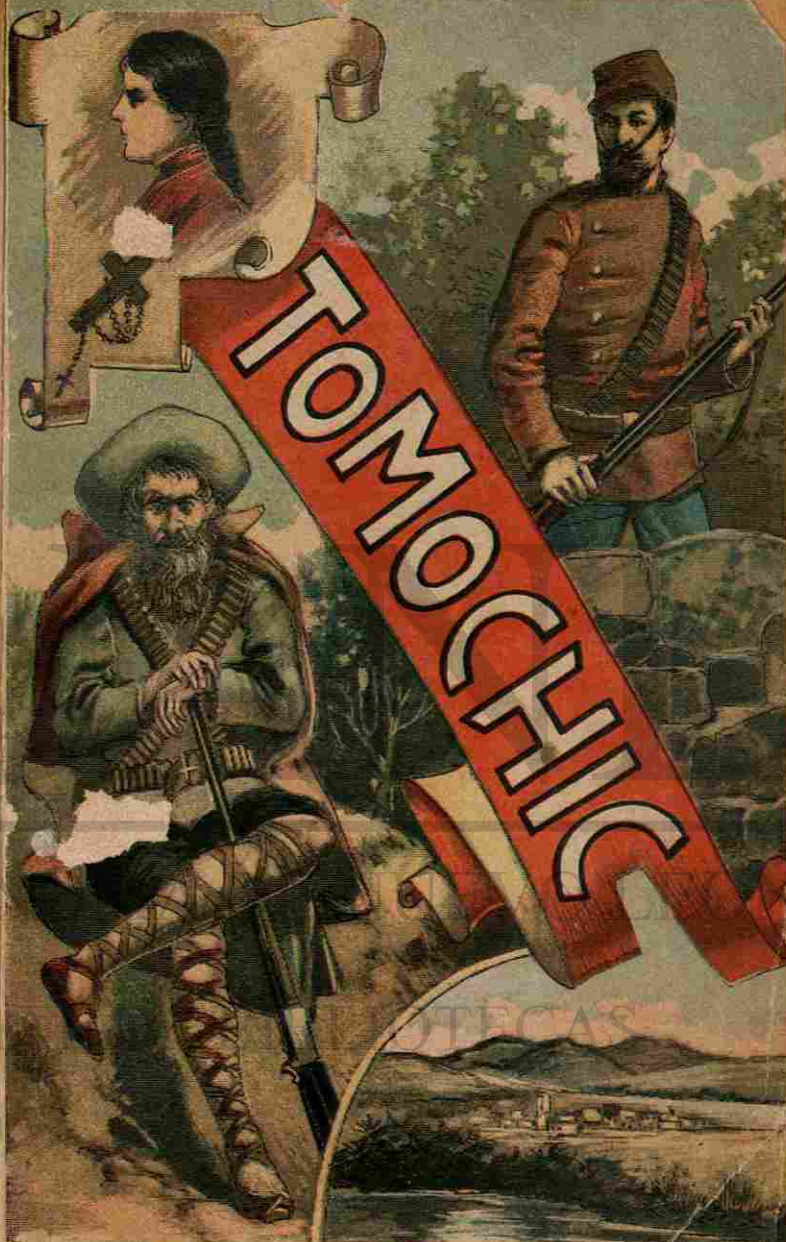
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



BIBLIOTECA : MEXICANA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TOMOCHIC

Núm. Clas. F 8971
Núm. Autor 33383
Núm. Adq. - 7 -
Procedencia - 7 -
Precio _____
Fecha Mayo 1956
Clasificó _____
Catalogó 69

SIN

EXIGE

NO

BIBLIOTECA MEXICANA

TOMOCHIC

POR

HERIBERTO FRIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN
BARCELONA



Aedo. 1625 MONTERREY, MEXICO

**FONDO
SALVADOR TOSCANO**

Casa editorial MAUCCI, Consejo de Ciento, 295

Buenos Aires
Maucci Hermanos
Cuyo, 1,070

México
Maucci Hermanos **97826**
1.º del Ralox, 1

1899

33333

Tip. Moderna; Aribau, 60

863

F. P. 7297

. P. 75

T. 6



Bernardo Chavez Tomochic

FONDO
DE
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
FONDO SALVADOR TOSCANO



TOMOCHIC

CAPITULO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO TOSCANO MONTERREY, MEXICO

Los rayos de un sol deslumbrante y abrasador caían á plomo sobre la destartada plaza, completamente desierta.

Eran las dos de la tarde.

En el extremo de una de las calles que desembocan en aquel paraje, Miguel Mercado, joven subteniente del 9.º batallón, vestido con su uniforme de dril, los zapatos blancos de polvo y flotándole sobre la espalda el paño de sol, contemplaba perplejo, los portales que se extendían á su izquierda.

A su frente había paredones viejos, muy viejos, y á su derecha, la iglesia cuya vetusta y fea torre chap-

863

F. P. 7297

. P. 75

T. 6



Bernardo Chavez Tomochic

FONDO
DE
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
FONDO SALVADOR TOSCANO



TOMOCHIC

CAPITULO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO TOSCANO MONTERREY, MEXICO

Los rayos de un sol deslumbrante y abrasador caían á plomo sobre la destartada plaza, completamente desierta.

Eran las dos de la tarde.

En el extremo de una de las calles que desembocan en aquel paraje, Miguel Mercado, joven subteniente del 9.º batallón, vestido con su uniforme de dril, los zapatos blancos de polvo y flotándole sobre la espalda el paño de sol, contemplaba perplejo, los portales que se extendían á su izquierda.

A su frente había paredones viejos, muy viejos, y á su derecha, la iglesia cuya vetusta y fea torre chap-

rrona recortaba con su tosco perfil el azul oscuro del cielo. Al lado del atrio pequeño y sucio, casas de limpias fachadas.

En el centro de la plaza, una banqueta en cuadro resplandecía entre ocho ó diez arbolillos escuetos que alargaban tristemente sus varejones.

Miguel, rugado el entrecejo de su rostro imberbe, quemado por el sol, contempló con aire de aburrimiento y cólera la desolación de aquella placeta, única que existe en Ciudad Guerrero.

Venía muerto de hambre y buscaba una fonda ó una tienda donde saciar su voracidad canina. Con movimiento rápido y brusco recomenzó la marcha hacia el portal, dando grandes zancadas y haciendo sonar su espada con un tintineo argentino y constante...

En él vió al fin muchos tendajos, cuyos armazones estaban poblados de botellas.

Entró en una tienda de dos puertas atestada de hombres de blusas blancas, pantalones de tela burda y calzando *teguas* de gamuza (1).

Pidió una copa de *tequila* que le sirvieron al lado de un vaso con agua.

—Oiga, amigo, hágame el favor de decirme, por donde hallaré una fonda,—le dijo á uno de aquellos hombres.

El interpelado, un gigantón de melenuda cabeza y

(1) Calzado que usan la gente pobre y campesina de Chihuahua.

barba inculta, le miró un minuto con desdeñosa curiosidad; luego, alzando los hombros y volviéndole la espalda.

—No sé,—contestó brutalmente, y echóse á la boca un gran vaso de *sotol*. (1)

Miguel no pudo contener un movimiento de desagrado al oír la respuesta. Encontraba la misma hostilidad de que habían sido víctimas los oficiales desde su llegada á Chihuahua; las mismas caras hurañas y el mismo gesto de desprecio.

Cansado como venía, de seis jornadas durante las cuales no había comido sino *tortillas* de harina y carne asada. Avido de tomar caldo, frijoles y chile, ó cosas por el estilo, aquel día que no se había desayunado sino con una *gorda*, sintió Miguel inmensa cólera ante la ruda contestación del *paisano*.

No le quedó más remedio, sin embargo, que tomar su copa de un solo trago, pues también estaba sediento.

En aquel instante, el ruido de unos acicates resonando en el pavimento, al par que el conocido golpeo de un sable, le hizo volver el rostro.

Vió á Gerardo, un tenientillo del Estado Mayor, á quien conocía desde Méjico, un buen chico á quien apreciaba sinceramente.

Parecía el recién llegado un mocoso vestido de militar.

Chaparrón, de rostro sonrosado y ancho, llevando

(1) Aguardiente que se extrae de una planta semejante al magüey.

un kepis enfundado, *dormán* negro, pantalón blanco y botas de montar, arrastraba casi el sable. Reconoció á Miguel y se le acercó gritándole con voz alegre:

—¡Hombre, Mercado, no esperaba que vinieras!

Se abrazaron, dándose grandes manazos sobre las espaldas.

—¿Qué tomas, hermano?

—Ya no quiero tomar nada; dime donde hay que comer.

—Voy para la fonda precisamente; pero primero nos echaremos un *fajo de tequila*... ¡dos *tequilaços*, don Pedro!

Gerardo, entusiasta, y desbordando un torrente de palabras, retuvo al oficial del 9.º quien le escuchaba impaciente.

—¡Ya sabes! Estoy en el Estado Mayor con el general Rangel: verás cómo ahora sí nos lucimos...ya verás, ya verás que *zurra* les damos á esos demonios de *tomoches*..! ¡Son valientes..hombre..no se puede negar! Palabra de honor, yo creí que eran *papas*...pero son, sí, muy valientes....parecen venados, les ves aquí, y de repente ¡zas! en la punta del cerro y....«¡Viva el poder de Dios y mueran los pelones!»...y ran...¡caramba! si ni apuntan....al descubrir, hermano....te recontra-matan. Con decirte que cada cartucho es un muerto; no yerran....¡imagínate cómo estaría yo ese día en que nos *amolaron* al general y á mí!...¡Salud, hermano!

—A la tuya.

Lo peor fué que después de que tomaron las copas, Miguel, algo exitado, las mandó repetir.

Con ellas había experimentado grato consuelo, y en pie delante del mostrador, sucio y húmedo, escuchaba la charla verbosa del teniente, recordando la historia que del teniente Gerardo se refería en los corrillos de oficiales.

El día 2 de Septiembre, cuando intentó atacar el pueblo de Tomochic el general Rangel, después de ser herido el teniente coronel Ramírez y muertos el Mayor Prieto y el teniente Manzano; en el momento de la derrota y confusión; mientras el general buscaba refugio en un *jacal* á él le mataron su caballo; se le acercaron algunos temochitecos; le desarmaron y le dijeron insultándole y dándole de nalgadas:—«Nosotros no peleamos con muchachos.... Usted debe estar con su mamá,» y le dejaron desmayado de susto. Mercado sonreía irónicamente al oficial de Estado Mayor, aunque comprendía que aquello que se contaba de él podría ser una calumnia.

—Es que,—le dijo,—dicen que te dieron de *clan-claços* el día dos de Septiembre.

—¡Mienten!....qué me iban á dar; lo que pasó fué que muerto mi caballo repentinamente de un balazo, caí yo hiriéndome la cabeza y quedando por muerto sobre el campo del combate! ¡Me salvé por milagro!

—Pues es lo que nos contaron en Chihuahua; pero ya ves cuánto se cuenta...en fin, vamos á comer porque ya se me está subiendo este maldito *tequila*.

—Bueno, vamos; nada mas que allí han de estar comiendo también los del 11.º y 5.º regimiento. ¿tú no les conoces, verdad?..ya verás que *chinaca*. Uno que otro oficial hay pasable.

Los dos salieron de la tienda, conversando animadamente, atravesaron la plaza desierta y bañada de sol, bajo un cielo de un azul immaculado.



DETÚVOSE Mercado en el umbral de la puerta de la fonda al oír un prolongado y confuso clamoreo de voces, gritos y carcajadas, mezclados con un agradable ruido de vagilla removida y de cubiertos chocando con la loza de los platos y el cristal de las copas. Pero no dejó de intimidarse algo, viendo ante larga mesa, instalados á quince ó veinte militares desconocidos, uniformados de dril, de rostros ennegrecidos y sucios, comiendo y bebiendo con algazara estrepitosa.

Era una tienda, lleno el armazón de botellas vacías; el mostrador servía de mesa y estaba cubierto con un mantel atestado de platos y cascós de cerveza. Había allí oficiales del 5.º regimiento, 11.º batallón y de «Seguridad Pública» del Estado de Chihuahua. Pudo com-

prender Mercado al momento que eran jefes, por lo que dijo á Gerardo:

—Oye, tú: aquí hay muchos superiores;—pero aquel lo arrastró, tomándole del brazo; y como la mesa era extensa y había un hueco cerca de un extremo de ella, se sentaron allí, gritando el tenientito chaparrón:

—¡Cuca, dos comidas!

La llegada de los jóvenes pasó inadvertida. Miguel, pensativo, prestó oído á la conversación que se animaba.

Después de pasear su vista por los rostros satisfechos reconoció á Castorena, —subteniente también del 9.º—su mayor enemigo.

Era un joven chaparro, cabezota de ensortijados cabellos azafranados y voz cavernosa, á quien sin motivo odiaba cordialmente.

Todos bebían cerveza que un capitán del 11.º obsesquiaba.

Y Castorena, bajo la exaltación alcohólica, improvisaba brindis en verso, que unos cuantos oficiales aplaudían, en tanto que la conversación continuaba entre otros militares menos alegres.

Dos criadas, —altas y blancas, vestidas de percal claro y con *mascadas* rojas en el cuello, —iban y venían muy atareadas, con los platos ó botellas de cerveza.

—Lo que es ahora sí,—decía un teniente de enormes bigotes grises y cara de corsario—ahora va en serio el negocio; todo está muy bien combinado;—somos

muchos; les vamos á hacer *pedacitos*; cuestión, á lo más, de una hora.

—De veinte minutos, compañero,—decía un Mayor;—el coronel Torres que viene de Sonora con cien hombres del 12.º y con sus *pimas*, indios muy buenos para el *pleito* y que conocen muy bien la sierra, nos va á ayudar.

Después se puso á referir el capitán del 9.º que tenía á su frente, las causas de la derrota del día 2 de Septiembre: ningún plan concebido, completo desconocimiento del terreno, y sobre todo, la traición incomprendible de Santa Ana Pérez, quien con más de sesenta hombres de la fuerza del Estado, se pasó cínicamente al enemigo.

—Pero oiga usted, mi Mayor, exclamó Castorena,—¿qué, son tan terribles esos hombres? En todas partes desde Chihuahua, no nos hablan de otra cosa, al grado de decir algunos, que nos les entran las balas.

—Son terribles, compañero, conocen su carabina Winchester, á las mil maravillas, han sostenido desde niños un eterno combate contra los *apaches* y los bandidos; pueden correr vendados por la sierra sin dar un mal paso; pero son excesivamente ignorantes y altaneros; no se ha cuidado de ilustrarlos y quieren independerse de los dos poderes á los cuales hasta hoy han obedecido: el Clero y el Gobierno. Desconocen toda autoridad; ya se ha querido tratar con ellos y piden imposibles. ¡Hay que acabar de una vez con ellos!

En aquel momento, Cuca, una mujer gorda y risueña, de ojos negros y brillantes, llevó á Miguel y á Gerardo, dos platos de humeante y sabroso caldo, el que al momento empezaron á tomar con sorbos estrepitosos. Cuando terminaron con él, esperaron con paciencia los demás platillos, escuchando las palabras del Mayor, que seguía disertando sobre los enemigos á quienes iban á combatir.

A Miguel le gustó mucho la manera razonable como se expresaba aquél; sin embargo, no se daba cuenta aún de la cuestión, no podía penetrar la causa del alzamiento obstinado de un pueblo ignorante, y su espíritu malicioso y desconfiado, entreveía algo tenebroso en todo aquello.

Castorena, con el rostro enrojecido, escurriéndole la cerveza por el chaquetín empolvado, tomó un vaso lleno, y gritó poniéndose en pie:

—Sí, señor, hay que acabar
Con el fanatismo necio,
Vamos á bailar de recio
¡A Tomochic á triunfar!

Aquel brindis chabacano entusiasmó á todos, menos á Mercado, á quien los chistes del guasón de Castorena *no le caían bien*, como éste decía cínicamente.

Después se brindó por los que iban como valientes á defender al Gobierno.

El Mayor brindó respetuosamente por el general Porfirio Diaz.

Miguel seguía escuchando, silencioso, comiendo ávidamente un trozo sanguinolento de carne asada.

Aun no se acostumbraba á aquellas reuniones alegres tan frecuentes entre aquellos soldados, arrojados allí repentinamente por el destino, tal vez en vísperas de una catástrofe.

Hacia sólo dos meses que estaba en el 9.º batallón, al que pasó del Colegio Militar en donde cursaba su tercer año de estudios, á causa de un drama de familia que lo había conmovido hondamente.

Episodio sencillo y cruel, que había truncado para siempre todo un hermoso porvenir.

Helo aquí:

Su madre, casada en segundas nupcias, se había separado bruscamente del esposo que la maltrataba; enferma y sin recursos, iba á entrar al hospital. Miguel lo impidió saliendo voluntariamente al Ejército, ayudándola con su reducido sueldo. Quería continuar sus estudios en el cuartel en las horas *francas*; pero fue imposible.

Sufrió el contagio mal sano de la pereza, que engendra la vida rutinaria y monótona de una guarnición, y no pudo abrir un libro en mucho tiempo. Sintió decaer su espíritu elevado y de altas concepciones, ante la rudeza de la disciplina; sin embargo, era preciso resignarse.

Todo lo que tenía de apto en las especulaciones de la inteligencia, tenía de inútil en las cuestiones triviales de la vida práctica. El que resolvía con la mayor facilidad problemas, cálculo infinitesimal ó debatía sobre derecho de la guerra, no podía mandar sin embarazo un pelotón de soldados, por lo que en realidad era un mal oficial. Además, su constitución física era muy delicada.

Extremadamente flaco, pálido y nervioso, á pesar de sus veinte años, con su cara larga de viejo y sus verdes ojos tristes, inspiraba lástima.

Era una planta exótica, con su eterna tristeza, entre la alegre oficialidad del batallón, compuesta de muchachos bulliciosos y *paseadores*; pero en general, cumplidos en el servicio.

En vano intentaba ser chancista y expansivo con ellos, que en el fondo no le apreciaban. No podía congeniar con seres que lo satirizaban cruelmente y cuyas conversaciones banales despreciaba, aun reconociendo su inferioridad como soldado, respecto de ellos.

Así es que, mientras la francachela subía de punto entre las detonaciones de los cascos de cerveza al destaparse, él contemplaba en silencio su plato ya vacío. Le pasaron un vaso, lleno del líquido color de oro, y tuvo que brindar poniéndose en pie, diciendo tímidamente con el vaso en la mano:

—¡Brindo, señores, por el triunfo de las armas del Gobierno; la derrota de los revoltosos y por el orden, que es la paz y el progreso!

Todos chocaron los vasos salpicando el blanco mantel.

En ese instante, entró á la fonda una jovencita alta, delgada y ligera, de enaguas de lana guinda y *tápalo* á cuadros rojos y negros, cayéndole de sus hombros á guisa de *plaid*. Sus cabellos negros formaban una gruesa trenza.

No pudo Miguel ver su rostro, porque con paso rápido cruzó la estancia y penetró en la cocina.

Una criada retiró el plato vacío del oficial, poniendo en su lugar otro con los frijoles, diciéndole al oído:

—Esa muchacha es de Tomochic, y dicen que es hija de San José.

Cuando Mercado iba á preguntar más, dijo un oficial de Estado Mayor que charlaba cerca de la puerta con la fondera Cuca:

— Están tocando *llamada de honor* en el cuartel General: ¡vámonos!

Hubo un gran movimiento de sillas, y todos se levantaron limpiándose la boca con el mantel, después de echar el último trago de cerveza, pagando cada uno, tres reales á Cuca.

Miguel, que fué el último, se acercó á la puerta de la cocina, mientras esperaba la vuelta de un billete de cincuenta centavos (1). Pudo oír una voz de un timbre

(1) En el Estado de Chihuahua, circulan billetes de 25 y 50 centavos, de diversos Bancos.

dulce y de inflexiones cariñosas, y llegaron á sus oídos estas palabras, entre el ruido de los platos y cubiertos.

—Sí, don Bernardo dice que pasado mañana nos iremos á Tomóchic, ¡María Santísima nos valga!

Y Mercado, *corriendo un punto*, — es decir alargando el *ajuste*, — el cinturón de su espada, fuese llevando la impresión agradable y melancólica de la jovencita de figura airosa y ligera, de la hija de San José, que debía marchar también á Tomóchic.



III

HABÍA sucedido que el día 3 de Octubre de 1892, en la tarde, Mercado, terminaba, después de comer, una carta á su madre, en una fonda del barrio de Peralvillo, escribiendo sobre el mantel de pobre mesa.

Aquella á quien tanto quería y por la que abandonaba sus estudios en el Colegio Militar, pasaba una temporada en Tacubaya, en casa de una amiga suya. Su segundo marido, que vivía perpetuamente borracho, estaba entonces entregado al juego, arrastrando una vida de aventurero soez y cínico.

Así es que el subteniente estaba triste y como siempre pálido... y en un prelude de llanto húmedos sus ojos.

Dobló la carta, puso la dirección y después de pegarle un timbre, permaneció — cruzados los brazos sobre la mesa — absorto en vaga meditación. Llegó un

dulce y de inflexiones cariñosas, y llegaron á sus oídos estas palabras, entre el ruido de los platos y cubiertos.

—Sí, don Bernardo dice que pasado mañana nos iremos á Tomóchic, ¡María Santísima nos valga!

Y Mercado, *corriendo un punto*, — es decir alargando el *ajuste*, — el cinturón de su espada, fuese llevando la impresión agradable y melancólica de la jovencita de figura airosa y ligera, de la hija de San José, que debía marchar también á Tomóchic.



III

HABÍA sucedido que el día 3 de Octubre de 1892, en la tarde, Mercado, terminaba, después de comer, una carta á su madre, en una fonda del barrio de Peralvillo, escribiendo sobre el mantel de pobre mesa.

Aquella á quien tanto quería y por la que abandonaba sus estudios en el Colegio Militar, pasaba una temporada en Tacubaya, en casa de una amiga suya. Su segundo marido, que vivía perpetuamente borracho, estaba entonces entregado al juego, arrastrando una vida de aventurero soez y cínico.

Así es que el subteniente estaba triste y como siempre pálido... y en un prelude de llanto húmedos sus ojos.

Dobló la carta, puso la dirección y después de pegarle un timbre, permaneció — cruzados los brazos sobre la mesa — absorto en vaga meditación. Llegó un

cabo de parte del ayudante del batallón, comunicándole que aquel le ordenaba se presentara al momento en el cuartel, que estaba casi enfrente de la fonda.

Cuando llegó, supo, estupefacto, que medio batallón partiría por el tren Central, esa noche, para Chihuahua. No indagó más, y algunas horas después, en un vagón atestado de soldados y maletas, caminaba á todo vapor, devorando kilómetros, escuchando atónito el trueno del rodaje sobre los rieles, cuando abrían la portezuela.

Nunca había viajado, y estaba contento de ser lanzado tan de improviso á nuevas sensaciones.

Llegado á Chihuahua, después de un camino de dos días con sus noches, la última de éstas, á las ocho, se encontró formado en unión de sus dos compañías por espacio de una hora frente á la estación.

Y luego, atravesando la ciudad, llegaron al cuartel que ocupaba el 11.º batallón, situado á media legua de aquélla.

Durmió tranquilo; y al día siguiente, en conversaciones con oficiales del otro cuerpo, pudo reflexionar acerca de lo que pasaba.

Se había sublevado contra el Gobierno un pueblo lejano, en el corazón de la Sierra Madre; se habían mandado por dos veces fuerzas y habían sido derrotadas, muertos muchos oficiales y prisionero el teniente coronel Ramírez del 11.º batallón. Aquello era muy serio.

Además, la causa de los insurrectos parecía ser sim-

pática, aunque nadie definía su bandera política. Su valor y destreza en el manejo de las armas de fuego, era proverbial en todo el Estado... ¡Eran admirables tiradores!

El pueblo chihuahuense, inculto, pero valiente y altanero, mostraba á los oficiales una antipatía sorda que se declaraba en elogios estupendos á los de Tomochic. No hablaban de otra cosa... eran unos semidioses, invencibles, denodados, heroicos; unos tigres de la sierra que derrotarían todas las fuerzas que se les enviara... ¡Oh! sí. ¡Ah! ¡cómo eran buenos!

Sabía, en efecto, que eran verdaderamente temerarios, hasta lo inconcebible; su táctica consistía en dirigirse exclusivamente á los oficiales y jefes. Sabían muy bien que muertos éstos, las tropas se desbandaban indefectiblemente, y ya se había visto en el combate del día 2 de Septiembre la verdad de ese principio. Aquel triunfo los había hecho más orgullosos.

Cruz Chaves, el cabecilla, les predicaba una extraña religión, especie de catolicismo cismático que desconocía al clero, mezclado con extravagantes ideas de santidad, propias de un estado inculto y de una ignorancia completa.

Eso fué lo que hasta entonces pudo saber Miguel, aunque su espíritu investigador intentaba profundizar la verdadera causa de aquel alzamiento nunca visto, estúpido y audáz.

¿Había algunos ambiciosos que explotasen el indomable valor de los serranos, protegiéndolos, para lan-

zarles luego contra las bayonetas federales?... ¡Demasiado se hablaba de ello y se mencionaban nombres!...

En Guerrero, cabecera del distrito del mismo nombre, debería efectuarse la concentración de las fuerzas, ya respetables, que tras la derrota enviaba el gobierno federal contra el pueblo de Tomochic, á sesenta leguas de Chihuahua.

Doscientos cincuenta hombres del 9.º se enviarían allí con los piquetes de seguridad pública del Estado, 5.º regimiento y una compañía del 11.º batallón que sobrevivía al desastre del 2 de Septiembre. Además, y por vía de ensayo, se había hecho venir de Méjico una piececita de montaña sistema Hoskiss, de pequeño calibre, municionada con cien granadas y cien botes de metralla, y dotada de seis artilleros al mando de un teniente. Tomaría el mando de esta pequeña brigada el general Rosendo Márquez, y como segundo jefe, el general coronel José María Rangel, jefe de la segunda zona militar cuyo cuartel general está en Chihuahua.

Ordenóse al coronel Gómez, jefe del 5.º regimiento que suministrase caballos ensillados á los oficiales del noveno, los que casi todos, recién salidos del Colegio Militar, no podrían por primera vez hacer las seis jornadas que hay de Chihuahua á Concepción Guerrero.

El día 10 se emprendió la marcha llegando las dos compañías á aquella ciudad el día 15, atravesando terrenos desiertos é incultos y lomas ásperas y pedregosas.

Tuvo que resentirse mucho la tropa, pues el 9.º ba-

tallón hacía más de ocho años se hallaba inmovilizado en la capital de la República, luciéndose en las formaciones de parada por su corrección en las marchas y alineamientos, y los uniformes nuevos y aseados.

Y había que ver á aquellos oficiales, que en los pasillos de palacio y en las banquetas de Plateros, siempre abrochada la levita, acicalados y severos, lucían los dorados del uniforme, suspendida del cinturón la flameante espada; había que verlos por el árido y duro camino, empolvados y sucios, ennegrecidos por el sol, á caballo, al lado de los soldados que á *paso de camino*, calzados con gruesos *huaraches*, remangado el pantalón debajo del que flotaban los extremos de los calzoncillos, la mochila á la espalda, al aire el paño de sol y el fusil *suspendido del hombro*, marchaban entre el polvo del camino, que se extendía hacia el ocaso, interminable y accidentado.

¡Ni un solo árbol en aquellas vastas soledades; sólo las moles inmóviles y escuetas de los cerros perfilaban el horizonte vasto, recortando con sus curvas el azul intensísimo del cielo...y tras aquellas ciclópeas gradas, la formidable, la intrincada Sierra Madre!

Después de *rendir la jornada* en rancherías pobres y escasas de recursos y víveres, se nombraba una guardia y se procedía á hacer el *rancho* para la tropa, la que se tendía en el suelo, feliz, con la fruición voluptuosa de estirar los miembros fatigados y sudorosos. Los oficiales se dispersaban en busca de alimentos que se los

vendían de mala gana con frias reservas y á precios bastante elevados.

A veces volvían con las manos y el estómago vacíos, mal humorados y frenéticos contra aquella gente, inhospitalaria en verdad, pero que había adquirido en otras ocasiones, alguna experiencia con los abusos que siempre é inevitablemente comete la soldadesca hambrienta y cansada.

Miguel observaba que mientras más se acercaban á la sierra, más se reconcentraba aquella odiosidad y aquel acaloramiento con que exaltaban á los «Tomoches» como les decían los campesinos.

Las mujeres, que heroicamente seguían á «sus viejos» y luego avanzaban para proveerse de comestibles, relataban á los soldados cosas maravillosísimas.

Aquellas hembras sucias, empolvadas, con las enaguas hechas girones, calzadas también con *huaraches*, llevando á cuestras grandes canastas repletas de ollas y cazuelas, adelantándose mucho á la columna, parecían más bien caníbales de alguna tribu de la Oceanía emigrando en bandadas.

Y sin embargo, en ellas, por miserables y degradadas que fueran, se advertía el heroísmo y sufrimiento que caracteriza á nuestros soldados, de los que comparten la suerte, sin resistencia ni protestas, de frente á la miseria y la muerte.

Eran también estas *soldaderas*, una horda devastadora, y al pasar cerca de las milpas, arrancaban mazor-

cas y elotes, dejándolas como si hubiese pasado una nube de langostas hambrientas.

En el camino, daban gran quehacer á los oficiales que impedían que diesen agua á los soldados; pero no obedecían y obstinadas y tercas, burlaban su vigilancia, llevando á la tropa las ánforas llenas, las que los pobres hombres bebían sudorosos y jadeantes, con gran envidia de los que no conseguían tan rico tesoro.

Ellos protestaban en sus conversaciones íntimas, ignorantes, al grado de que algunos decían:—*que si á la misma máquina le daban agua para que siguiera andando, á ellos ¿por qué se les prohibía?*”...

Las *viejas* estaban azoradas con lo que en los ranchos las decían, y relataban las cosas estupendas á sus *juanes*.

—*Afigúrese* usted, don Chema, decía una tarde, una vieja alta y flaca, á un mocetón de cara ancha y bronceada que engullía como un idiota, enormes *gordas*, que ella le había traído por todo alimento,—*afigúrese* *quesque* Teresita *mesma* bendice las carabinas, y cada tiro que *avientan* es un muerto, y que los *gringos* han *regalao* muchísima artillería... ¡muchísima! ¡Ay, mi alma!...

Don Chema dejó de mascar y reflexionó un rato sobre la gravedad de aquello; pero después continuó comiendo melancólicamente como un fatalista.—Claro... *¿paqué* hemos de ir?... nos matarán de una vez... no que, anda y anda... ¡y luego á morir como chivos! Pero otros se las echaban de incrédulos ¡protesta-

ban y mentían! habían derrotado el 11.º ¡pero al 9.º era muy diferente! no se dejarían agarrar en el río bañándose, ¡ya verían si *defeccionaban* los del 9.º batallón!

Al bajar una cuesta que serpenteaba penosamente por la falda de la montaña, en un marcado ángulo agudo, cuyo vértice era el fondo de un barranco, supo Miguel, que allí, hacía dos meses, que estando parte del 11.º en Guerrero y creyéndose necesarias más municiones, se pidieron á la matriz del batallón, la cual las remitió con una reducidísima escolta. Los «*Tomoches*» lo supieron y en aquel mismo punto, cuatro ó cinco de ellos, pusieron en fuga á la escolta apoderándose de las municiones.

Más tarde, en el cuartel del 11.º, se recibían, dirigidas al coronel, las cajas con los cartuchos... vacíos.

Muchas veces en el camino, Miguel recordó esta anécdota, cuando se retrasaba la piececita que venía á retaguardía de la columna. Dada la audacia de los montañeses, era en efecto, de temer un golpe semejante.

En Guerrero acamparon las dos compañías del noveno batallón, en la Alameda, prontas para internarse, á la primera orden, en la Sierra Madre, cuya oscura silueta, desde allí, descubre sus ondulaciones gigantescas.

IV

CUANDO salió de la fonda, de prisa atravesó Miguel la plaza desierta, para incorporarse á su campamento, en el extremo del pueblo, en la Alameda, donde se habían hecho pabellones de armas, formando un cuadro dentro del que la tropa comía y descansaba.

Aquella alameda, poblada de unos cuantos pinos viejos y melancólicos, surcada por algunos caños de agua sucia, con bancas de piedra en su perímetro rectangular, estaba rodeada de algunas casuchas bajas y su aspecto era triste y desolado en extremo.

Los vientos fríos de la sierra doblaban las vetustas ramas que se lamentaban constantemente con sempiterno y monótono quejido.

Sólo la llegada de las fuerzas federales había animado el desierto lugar, y cerca de los pabellones de armas

el cuadro del campamento había afluído una multitud de vendedores de carne, pan, tortillas de harina (*tortias* les decían) gordas, duraznos, manzanas y dulces.

En la noche, cuando todos los oficiales reunidos llegaron á cenar á la fonda, tuvieron una noticia de sensación: el teniente coronel José M. Ramírez, del 11.º batallón, que en el combate del día 2 fué herido y hecho prisionero en Tomochic, había sido puesto en libertad, incondicionalmente por los valientes serranos.

Aquello era estapendo, inverosímil, ¿qué significaba esa acción en los momentos en que se les preparaba un serio ataque? ¿No podía serles muy útil como rehenes en caso de derrota? ¿Era debilidad ó cobardía?

¡Eso no! pensaban cuantos conocían el valor de aquella gente indomable.

Las noticias que traía el mismo jefe demostraban que estaban más decididos que nunca á esperar el ataque, bien armados y aumentados su número cada día con los descontentos de los pueblos de la sierra y los perseguidos por las autoridades políticas; y aun los bandidos que, como Pedro Chaparro, se incorporaban con gente y dinero, á la sola perspectiva del botín. Entonces, no podía ser otra cosa que una manera muy noble y muy digna de arrojar el guante y citar al adversario cual paladines de la edad media.

Los detalles del suceso se comentaban de muy diversas maneras; unos decían que por promesas de dinero, otros que Ramírez había hablado á Cruz arrodillándose ante la imagen de la Santa de Cahora, permaneciendo

en oración días enteros; que hizo creer milagro de ella su conversión y que fué puesto en libertad para que pregonase el hecho.

La versión oficial era que, no pudiendo resistir el trato que se le daba, ni alimentarse con maiz tostado y agua, había llamado á Cruz y le había dicho que lo fusilara y no le matase así, y que Cruz admirado, le había dado víveres y cuatro hombres armados que lo escoltaron hasta la entrada de Guerrero.

El hecho era que se encontraba allí, viniendo á confirmar las noticias que corrían respecto al aumento de los sublevados á los que hacían subir á más de trescientos; pero que todo el mundo convenía en que, sin ninguna exageración, cada uno valía por diez.

Una corriente de aire helado pasó por aquella atmósfera ardiente de alientos varoniles; algunos palidieron levemente; la conversación decayó; pero lo que más hizo aumentar el desaliento fué que Rendón, teniente de Estado Mayor, contó que el general Márquez no tomaría el mando de la fuerza sino que lo cedería al general Rangel, el cual solo llevaba instrucciones vagas de aquel, quien permanecería en Guerrero á la expectativa, á veinte leguas del teatro de los sucesos.

De suerte que era un general en Jefe honorario, un nombre decorativo en los partes de campaña y nada más.

Y en verdad que era inútil la presencia de aquel jefe frente á Tomochic. El telégrafo funcionando hasta la capital de la República, permitiría al mismo general

Díaz ordenar desde su gabinete las operaciones de la pequeña campaña.

—¿A qué, pues, mandar encumbrados generales al combate?...

Con el general Rangel, que ya conoce bien el terreno, basta para que dirija en jefe, llevando precisas instrucciones superiores.

Así se explicaba aquel Mayor que en la comida razonaba sobre los *tomoches*.

—Además,—agregó,—Guerrero es el centro de una base de operaciones, en caso de una campaña formal, si se sublevasen, secundando el movimiento de Tomochic, algunos otros pueblos y minerales de la sierra, entonces la presencia aquí del general Márquez defendiendo con la fuerza que le quede la plaza, mientras llegan refuerzos de Chihuahua, sería utilísima... ¡Abandonar Guerrero sería imperdonable!

—¡Pero qué, mi Mayor!—preguntó con aire de desdén el teniente Torrea, que era un altivo mocetón, leal y simpático, oficial del 9.º batallón, ¿qué sería posible que llegaran á tomar Guerrero?

—Teniendo al frente una persona inteligente, y uniéndose todos esos malditos, ¿por qué no? Lo bueno es que como no tienen planes, ni instrucción, se les destroza en un momento, aunque costando muy caro, porque son valientes *como todos los diablos*.

Mientras Cuca muy atareada llevaba platos á los oficiales, que ya aseados y cepillados cenaban con más calma, la conversación seguía un curso serio y tranqui-

lo, sostenida por los más instruidos, mientras los demás escuchaban en silencio.

Castorena, el subteniente chaparro y fornido, de rostro y pelo azafranado, siempre de buen humor, el que bebía botellas de *tequila* con la misma facilidad que improvisaba malas cuartetos que le valían aplausos y copas, echó todo á la broma y comunicó alegría á la reunión.

Era un calavera de veinte años; de una alegría á prueba de *arrestos*, fatigas y hambres; mordaz en las *chulas* y *raspas* oficialescas en cuyas *chorchas* y *parrandas* era indispensable; bebiendo constantemente, aunque pocas veces se emborrachaba porque, como él decía, *tenía sesos de bronce*. Total: un muchacho desbarajustado, satírico y pendenciero; un enamorado terrible y un paseador alegre; guitarrista regular, cantante insufrible y poetastro endemoniado... un oficial excelente si no tuviese empeñado siempre el uniforme de gala, la pistola y la espada.

¡Cáiganse muertos con sus *jolas*... (1) ahora verán si nos damos gusto... ¿con cuánto se cuotiza usted, mi teniente?... ¡Magnífico!... A ver tú, Mercado... Cuquita, ¿en cuánto nos alquila su guitarra?

Señores, el frío os agarra...

No estará el alma tranquila,

Si no bebemos *tequila*,

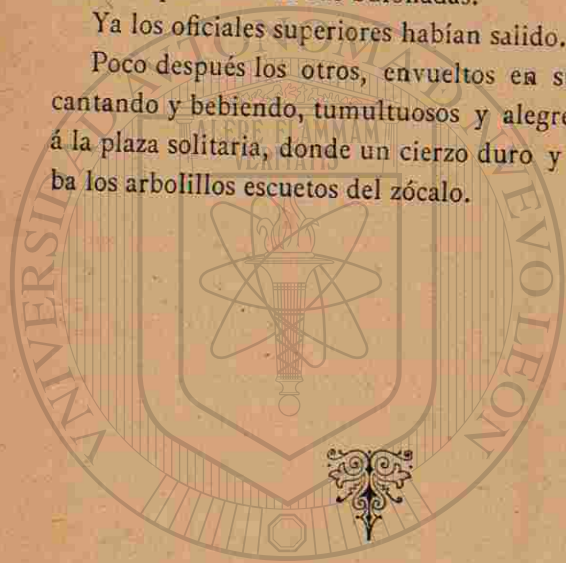
Y tocamos la guitarra...

(1) Moneja de 1 y medio centavo. *Las jolas*: quiere decir el dinero.

Y Castorena, el oficial chaparrón *de sesos* de bronce, se puso en pie y fué recto á descolgar la vieja guitarra de la fondera, ante la admiración y regocijo de sus compañeros que reían de sus bufonadas.

Ya los oficiales superiores habían salido.

Poco después los otros, envueltos en sus capotes, cantando y bebiendo, tumultuosos y alegres, salieron á la plaza solitaria, donde un cierzo duro y frío doblaba los arbolillos escuetos del zócalo.



V

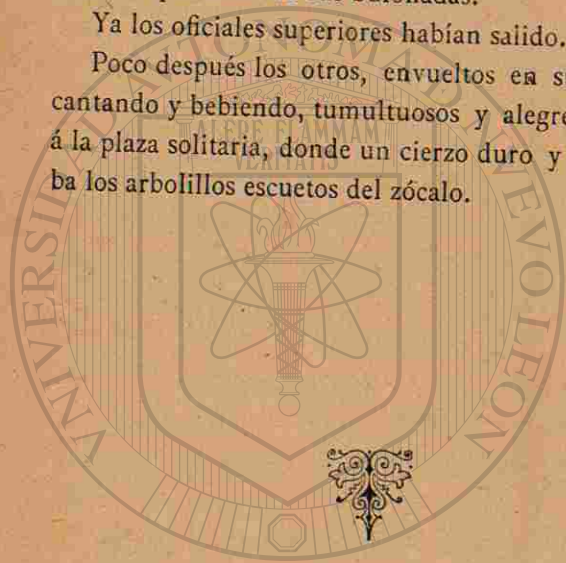
Al día siguiente, 16 de Octubre, después de la diana, siempre alegre y entusiasta, y que comunica al soldado algo como una fuerza galvánica que le electriza y anima en el despertar alborozado del día; luego que se repartió el café caliente, que constituía el primer alimento de la tropa, desfilaron las compañías del 9.º batallón sin armas, al río, á bañarse y á lavar la ropa interior.

Previamente se había repartido un jabón á cada individuo, y cuando marcharon *por el flanco derecho doblando* iban muy contentos, haciendo encargos en voz alta á sus *viejás*, conversando y cantando, entre la bruma espesa de la mañana, mientras los oficiales á los *flancos* encapotados, enrolladas al cuello las bufandas

Y Castorena, el oficial chaparrón *de sesos* de bronce, se puso en pie y fué recto á descolgar la vieja guitarra de la fondera, ante la admiración y regocijo de sus compañeros que reían de sus bufonadas.

Ya los oficiales superiores habían salido.

Poco después los otros, envueltos en sus capotes, cantando y bebiendo, tumultuosos y alegres, salieron á la plaza solitaria, donde un cierzo duro y frío doblaba los arbolillos escuetos del zócalo.



V

Al día siguiente, 16 de Octubre, después de la diana, siempre alegre y entusiasta, y que comunica al soldado algo como una fuerza galvánica que le electriza y anima en el despertar alborozado del día; luego que se repartió el café caliente, que constituía el primer alimento de la tropa, desfilaron las compañías del 9.º batallón sin armas, al río, á bañarse y á lavar la ropa interior.

Previamente se había repartido un jabón á cada individuo, y cuando marcharon *por el flanco derecho* doblando iban muy contentos, haciendo encargos en voz alta á sus *viejás*, conversando y cantando, entre la bruma espesa de la mañana, mientras los oficiales á los *flancos* encapotados, enrolladas al cuello las bufandas

compradas en Chihuahua, y caladas las capuchas, cuidaban del orden de la marcha.

Ya ante el río, poco ancho y nada profundo, que pasa al Oeste de la ciudad, se mandó *romper filas* y los soldados se desbandaron buscando piedras a propósito para lavar la ropa, sobre ellas.

Hacia un frío intentísimo y Miguel experimentó la imperiosa necesidad de tomar algo que calentase su estómago, un tanto irritado por el alcohol que había tomado en la noche: tenía además un vago dolor de cabeza, y sintió desvanecerse al contemplar la corriente enturbiada por la espuma del jabón; así es que cuando un *paisano* que fué á dar agua á su caballo, le indicó á lo lejos una casucha de adobes, aislada del pueblo y en la margen del río, pidió permiso á su capitán Molina para separarse un momento de la margen y, tiritando, envuelto en su amplio capote, calada la capucha hasta cubrir la frente, Miguel llegó al umbral de la choza, cuyo interior apenas vislumbrara. Desde allí preguntó á una vieja que molía en un *metate* y *echaba gordas* junto á un gran fuego, en medio del humo, si le podían hacer una taza de café que pagaría á cualquier precio. Una voz áspera y ronca de borracho le contestó precipitadamente:

—¡Cómo no! á ver, Julia, ¡un jarro de café, mucho café, bien caliente!... pero... ¡volando! ¡volando como un... demonio!—y una frase cruda y obscena terminó el mandato.

Entonces, ya más acostumbrado á la obscuridad de

la tosca estancia, pudo distinguir Miguel, sobre una ancha cama de madera, entre varios zarapes, una melena enrespada y una larguísima barba gris que circundaban en sucios mechones, un rostro cachetón, de nariz curva y ojos enrojecidos y brillantes; en tanto que la figura de una mujercita limpia y airosa, se alzaba subitamente del rincón opuesto. Atravesó ella el cuarto; pasó junto á él, temblando, con los ojos bajos, y cerca de la chimenea tomó un jarro que llenó de agua y puso á la lumbre, ante cuyo rojizo fulgor se iluminó su perfil de niña.

El hombre se incorporó señalando con una mano un taburete.

—Siéntese, mi jefe—le dijo al oficial,—y mientras está el café dele á esa para el *sotol*.—Pero como á Mercado no le agradaba este aguardiente de Chihuahua, respondió:

—Mejor *tequila*, no me gusta el *sotol*—y dió un billete de veinticinco centavos á Julia, que se acercó con timidez. Se fijó en ella por la gracia irresistible de la doncellita tan bruscamente maltratada por el viejo. Adivinó vagamente el sufrimiento hondo que albergaba aquella guarida de oso que apestaba á tabaco y *sotol*.

Luego recordó con sorpresa y hasta con delicia la joven que viera en la fonda, la víspera, y que tanto le había interesado. Era la misma, no le cabía duda ¡qué coincidencia!... ¡y qué linda era con su enaguilla corta!

La vieja, de aspecto estúpido, que molía con regularidad la máquina, preguntó al temible ogro:

—¿Ya se levanta, don Bernardo? ¿Le llevo las *teguas*?

Sin esperar la contestación le llevó el burdo calzado, aproximándose al lecho con la cabeza baja... y arrodillóse ante el hombre aquel, que extendió á ella las piernas para que le calzara las *teguas* en los pies negros y velludos... Y ella, humilde como una esclava, se las ajustó lentamente.

Miguel desde su asiento miraba, sin decir una palabra, todo aquello.

Julia llegó con la botella del *tequila*, y en una taza de *peltre* sirvió el café, presentándosela á Miguel con el azúcar y la botella.

Sirvió él algo de *tequila* en la taza, muy pensativo, contemplando con un estremecimiento extraño aquella mujer de catorce años, tan ruborosa y tan linda; pero se quedó estupefacto cuando oyó su voz candenciosa, con ese acento tan dulce de la mujer chihuahuense, preguntar:

—Tía, ¿no ha visto usted mi pañuelo? ¿siempre lo pongo al acostarme debajo de la almohada?... hoy no lo hallo... ¡Ah! ¡Cómo soy tonta yo! (1)

Y ella, rápida y airosa fué hacia el lecho revuelto de donde se había levantado el viejazo hirsuto, y allí, re-

(1) En Chihuahua, son muy comunes estas construcciones en el lenguaje vulgar.

volviendo zarapes y cobertores, tornó á decir con argentino lamento:

—¡Pero si anoche, al acostarme, lo puse aquí! ¡Ah! Cómo soy yo tonta!...

Y... ¡Cosa estupenda! levantaba la almohada, la misma almohada que recibía la sucia melena de aquel osol... ¡aquella niña tan dulce, la hermosa criatura, tan buena, tan casta y graciosa virgen, mujer de un monstruo y obsceno corsario de lengua y sucia barba!

Pero era indudable... reconocía sobre el colchón la huella de las formas redondas y proporcionadas, de la gentil mujercita... Miguel estaba atónito... Experimentaba el golpe brusco de una realidad amarga que le hacía sufrir.

Contempló tristemente á Julia y luego á don Bernardo, que bebía con sorbos estrepitosos su café fuerte cargado de *tequila*.

En esos momentos ella levantó sus ojos grandes y negros, y su mirada parecía expresar melancolía y resignación, como comprendiendo la fatalidad de un destino formado para hacer de ella una víctima.

Miguel, no era un gallardo mozo; pero era joven, y los movimientos nerviosos de su cuerpo, y la manera activa con que alzaba su frente espaciosa y blanca, produjeron agrado, atracción y vagos deseos en aquel sér sufrido y callado, en aquella melancólica y adorable Julia. ¡No lo pudo ocultar! Soñó tal vez con placeres nunca experimentados á la vista de aquel oficial que venía de tan lejos, que hablaba palabras cariñosas y

que la miraba con ternura, como nadie la había mirado nunca.

Don Bernardo había salido á calentarse al sol, á la puerta y contemplaba con mucha curiosidad y con un gesto de desprecio á la tropa que blanqueaba en la orilla del río.

—¿No quiere otra taza? Hay más café; todavía hay en el jarro,—dijo Julia llevándole al oficial una taza que él tomó de sus manos temblorosas.

—¿Es su mamá la señora que está moliendo?—preguntó.—Ella movió tristemente la cabeza, y dijo bajando la vista:

—Mi madrastra, señor.

—Ah... yo creía... ¿entonces, don Bernardo será su padre?

—Es mi tío,—dijo suspirando y encendiéndosele el rostro intensamente.—Pero—y añadió muy quedo;—es también... es decir... no estamos casados... porque ella es su mujer...—Y no pudo decir más sofocada, al relatar con cierta ingenuidad, tanta abominación.

¿Qué enredo repugnante es este?—se preguntó Miguel—¿aquella víctima soportando su desgracia en silencio, la pobrecita entregándose pasiva y sumisa, sin goce alguno, al hombre que la maltrataba con despotismo de corsario musulmán?... ¿Aquello podía ser cierto?...

—¡Oh infame! ¿El la pega á usted, verdad? Por qué no se separa usted de él... ¿por qué no habla al jefe político?

Ella se aterrorizó ante la indignación que fulguraron los ojos de Miguel.

—No, señor... no; mi padre lo manda... y mi padre es santo... Teresita le hizo santo... le fusilaron y resucitó como Nuestro Señor; ¡figúrese! por eso, no vaya... no, porque les matan... si van... ¡Cruz va á acabar con todos!... rece mucho...

—Cómo, ¿pues de dónde es usted... de dónde son?...

—Mi tío .. es de .. ¡quién sabel... pero yo soy de Tomochic.



VI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1075, 1625 MONTERREY, MEXICO

Los pueblecillos de la Sierra Madre, al Oeste de Chihuahua, vivían en constante alarma por las excursiones bárbaras de los apachas y sosteniendo entre los montes y en el fondo de las selvas una constante guerra.

Todo el mundo tenía su carabina ó su fusil, que los montañeses descolgaban á cada paso para organizar batidas y arrancar á viva fuerza las reses robadas por los feroces indios que tuvieron que ir cediendo lentamente hasta ganar el Norte.

Los de Tomochic, caserío situado en el fondo de un valle de unos trescientos habitantes, se señalaron por su valor y su audacia y por ello bien pronto se hicieron célebres.

Pasado el peligro, volvieron á arar la tierra, á cuidar sus ganados y á tomar patriarcalmente el sol, á la

33383

puerta de sus casas, limpiando sus carabinas y engrasando los cartuchos.

Los ricachos del lugar eran enterrados en el atrio de la única iglesia, la que á su lado tenía un convento fundado durante el gobierno colonial por los misioneros jesuitas que se establecieron en esa parte de la sierra, cuando se empezaron á explotar sus ricos minerales.

Aquel pueblo perdido en la República, ignorado y obscuro, fué abandonado por su aparente insignificancia por el gobierno del Estado de Chihuahua y por el eclesiástico, sin que ni uno ni otro, sin ilustrarlo, dejase de cobrar los impuestos.

De repente sopla una ráfaga de fanatismo religioso y el nombre de la Santa de Cabora es pronunciado con veneración, y sus milagros narrados de mil maneras con una exageración medioeval.

Los viajeros que de Sonora pasaban por Tomochic contaron maravillas y los mismos tomochitecos, que con sus *recuas* se dirigían á ese Estado, volvían como de una venerada Meca.

Entonces la efervescencia comprimida de aquel pueblo se resolvió en fervor religioso y político, que mal dirigido y sin cauce alguno, se desbordó y estalló en explosión de volcán.

Un incidente aumentó el disgusto contra el Gobierno.

Habiendo el Gobernador, Lauro Carrillo, pasado por Tomochic, visitó la iglesia, y enamorado de la

magnificencia y real mérito de algunos cuadros trató de llevárselos para Chihuahua; pero aquella gente altanera y valiente, al saberlo se indignó á tal punto que el Gobernador tuvo que dejar los cuadros en sus sitios.

Desde entonces el Gobierno y sus empleados fueron considerados como enemigos, por impíos é hijos de Lucifer.

Para colmo de males y para precipitar los acontecimientos, cierta autoridad de Guerrero al verificar una diligencia judicial en el pueblo, aprovechando algunas circunstancias, abusó del candor de una joven serrana, dejándola en cinta.

La mina estaba llena de pólvora y la mecha preparada; no tardó en llegar la chispa.

Se supo que en los pueblos vecinos se había declarado santo á José Carranza, nacido en Tomochic, el cual pensaba residir en el pueblo natal para hacerlo feliz.

Naturalmente los ánimos se excitaron y el entusiasmo fué general, esperándose con impaciencia la llegada de San José.

La más notable familia era la de los Chavez, que en realidad eran los que dominaban el pueblo por ese ascendiente irresistible que en todas partes tienen el talento y la fuerza, unidos á la ambición de mando.

Los tres Chavez salieron á recibir al San José un sábado.

El viejo llegó con Mariana, su mujer, acompañado

de su hermano Bernardo, que con carabina á la espalda, le seguía proclamándose *soldado de Jesucristo*.

Al día siguiente, domingo, hubo misa, y se llevó al San José á la iglesia en devota procesión.

Terminada la ceremonia, el cura, que traía instrucciones de arrojar al santo y prohibir á aquellas gentes seguir en tan extrañas ideas, les exhortó, á abandonar el fanatismo, regañándoles con dureza y echándoles en cara su estupidez.

Aquel pueblo, orgulloso por naturaleza, protestó escandalosamente, y Cruz Chavez, muy popular y muy querido, y que hasta entonces les reprochaba sus exaltaciones místicas, tuvo un arranque que nadie esperaba y llegando hasta el púlpito gritó al sacerdote:

—En el nombre del Gran Poder de Dios, yo, que soy *policía* de su Divina Magestad, te echo!

—¡Que muera!—vociferó un fanático.

—Sí, sí... ¡fuera! gritaron todos, contaminados y exasperados por la rudísima alocución del cura.

Tenía entonces cerca de cuarenta años de edad y era alto y fornido; su rostro largo y varonil estaba encuadrado en espesa barba negra; sus ojos grandes, negros también, miraban siempre con dureza y tenacidad, denunciando un espíritu audaz y obstinado.

Se imponía por su palabra de mando, serena, enérgica y clara.

Bernardo, á los diez y ocho años había desaparecido del pueblo robando algunos pesos á los Medrano, rica-

chos del lugar. Había vuelto varias veces, pero no era aceptado por sus incorregibles borracheras.

Su hermano José, un hombre bonachón y estúpido, que tenía algunos terrenitos, le daba siempre hospitalidad, la que pagaba robándole algo. Julia, hija de éste, había sido mandada á Chihuahua con su padrino, de quien él fué peón cerca de Cusihuiachic, en una hacienda de la propiedad del padrino.

En la crisis de aquella exaltación religiosa fué contagiado el viejo en Cusihuiachic, abandonó sus tierras y su mujer y se lanzó á Cabora, donde Teresa le curó de un tumor y le dijo sonriendo que se parecía á San José. Una criada de la casa de Urrea, padre de aquélla, que oyó algunas palabras, pregonó que era el mismo San José, y algunos días más tarde, el viejo estúpido, convencido ingenuamente de que no era otra persona sino el santo, resucitado por Dios, y que debía predicar y hacer feliz al mundo, se puso en oración y en penitencia constantemente, ayunó y, cosa increíble mandó llamar á Bernardo y le entregó sus terrenos de Tomochic y...su mujer, con quien había casado en segundas nupcias y la que pasó á serlo de su hermano.

Este y Cruz, aquel domingo memorable, convinieron hacer en Tomochic la nueva reforma, un lugar sagrado adonde todo el mundo peregrinase; se haría de su sobrina Julia, una virgen milagrosísima y enarbolarian este «*¡Viva el poder de Dios y mueran los hijos de Lucifer!*»

Tendrían santos vivos y carabina en mano, pasearían por todo Chihuahua su doctrina, sin más gobierno que el de Dios, ni más leyes que las de su Divina Magestad!

Corrieron los días y ni un espíritu sereno llevó la luz, ni un maestro ilustró, ni un misionero de la religión predicó á los ilusos; mientras que las autoridades políticas también se ausentaban. La pequeña Julia también fué devuelta á su padre, en tanto que los Chavez, que habían fletado mulas, viajaban por Sonora, vendían cargamento y acémilas, y compraban en la frontera carabinas Winchester, de á doce y dieciocho tiros.

El encargado de la *conducta* del mineral de «Pinos Altos» á Chihuahua, cuyo camino pasa por Tomochic, temió por su seguridad y comunicó seriamente al gobierno la actitud belicosa del pueblo, y mientras tanto evitó pasar por él dando un gran rodeo por la sierra. Pero aquellos altivos montañeses no eran bandidos vulgares y requirieron al conductor asegurándole que no temiese nada.

Se envió al fin un destacamento del 11.º batallón para que estuviese á la expectativa y contuviese cualquiera intentona, en tanto que se trataba de calmarles. Pero los abusos de aquella fuerza les irritaron, y en definitiva no hubo más que sorda cólera que estallaría en cuando se creyesen fuertes. Calmados aparentemente los ánimos, se retiró el destacamento sin que se arreglase nada en definitiva. Y los Chavez regresan, proveen de municiones, carabinas y ropa, al pueblo, se

apoderan del maíz y reses de un rico hacendado á quien todos odiaban; excitan y proclaman el augusto lema de religión é independenciam, y electrizan de nuevo á los sencillos habitantes, resolviendo oficialmente que no reconocerían más amo que Dios quienes dejaron en Tomochic, al viejo San José, embrutecido cada día más, por el abuso del *sotol*.

El envió á Guerrero de Bernardo, fué con el objeto de que allí viviendo con las dos mujeres, espíase las disposiciones militares del gobierno en aquel punto situado en la entrada de la sierra, base necesarísima de toda operación militar seria.

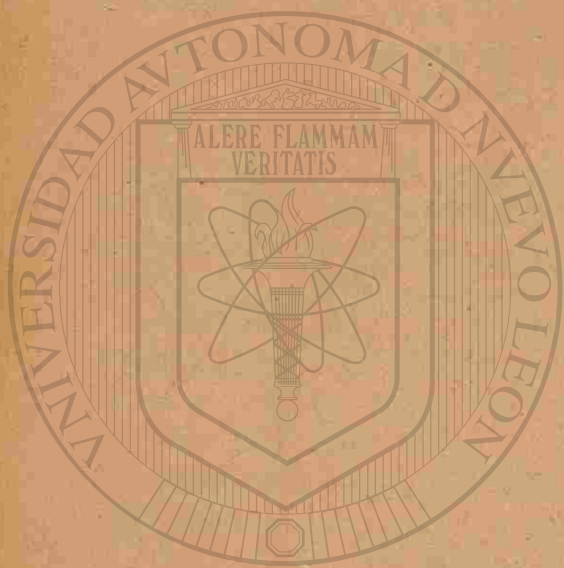
La noche, víspera de la partida, Cruz dispuso una peregrinación de los suyos, escoltando al nuevo San José por los pueblecitos cercanos, mientras varios soldados de Dios recibían á los filiados á última hora.

El viejo idiota, sujestionado por su hermano, llamó á su mujer y á su hija, les habló de Dios su hijo, y de la otra vida.

—Ya no son mi familia; mi mujer es la virgen María, les dijo; pero obedecerán á mi hermano; los tres serán esposos para que yo sea el Padre de la Santísima Trinidad, tú el Padre (y señaló á Bernardo;) tú la hija y tú el Espíritu Santo (é indicó á las dos mujeres). (1)

Fué aquella noche, la noche lúgubre del atentado salvaje, del atropello de la virgen tierna; la caída del ángel, la inmolación de la niña en aras del estúpido fanatismo... ¡nupcias trágicas del ogro y la doncella!...

(1) Rigorosamente histórico.



VII

JULIA tenía entonces eatorce años; pero había adquirido como todas las mujeres del campo un gran desarrollo, y ya era por su cuerpo una mujercita hecha y derecha, limpia y hacendosa, que desempeñaba todas las faenas domésticas en la casa de su padre y de su tío.

Ella molía, lavaba, remendaba los burdos pantalones de los dos hombres, daba agua á las bestias y hasta en las noches glaciales del duro invierno de la sierra, *najaba la leña* y encendía trabajosamente el fuego de la chimenea, donde asaba la carne de la cena y hervía el café para que su padre no se durmiera cuando Cruz convocaba á los principales vecinos á rezar el rosario fantástico, donde aquella gente intercalaba oraciones extrañas, letanias estupendas, gritos de odio y bélicas proclamas imprecando al gran poder de Dios.

En verdad que casi todas las mujeres del pueblo hacían lo mismo; pero aquellas lo verificaban con la inconsciencia pasiva de las bestias de carga; ella no, porque era soñadora y había conocido algo de la vida civilizada en Chihuahua, en la casa de su padrino, donde contrajo estrecha amistad con la hija de éste, una señorita, que la había hablado de cosas encantadoras.

—Mira, Julia,—le dijo una voz—tú eres muy bonita; las muchachas como tú, pueden ser reinas. Y nunca olvidó la frase...

En las noches en que había serenata en el jardín de la Plaza de Armas, cuando tocaba allí la música del 5.º regimiento ó del 11.º batallón, ella, niña aún, llevada por lástima, había entrevisto la sociedad aristocrática, lujosa y altiva de Chihuahua, le habían deslumbrado los trajes de las mujeres hermosas y le había fascinado la armonía de los vales, nunca hasta entonces escuchados por ella!

Vagos anhelos se despertaron en su ser y su curiosidad infantil, no satisfecha, se enardeció ante el espectáculo de la vida confortable de una ciudad.

Había conocido al novio de su amiga, que era un capitán 2.º del 5.º regimiento, un gentil mozo de bigotes retorcidos á lo mosquetero, de *dormán* ajustado, luciendo marcialmente el brillo de plata de los botones y el acero del sable, y los relucientes y argentinos acicates... ¡Oh! ¡Así debían ser los príncipes de los cuentos!

Y ella, la soñadora niña de catorce años, ya se había

visto al espejo, preguntándose si podía merecer un hombre así.

Después, en Tomochic, lloró y suspiró por las ho-



Julia Tomochic

ras tranquilas que había pasado y que nunca volverían. Comprendió vagamente que aquellos hombres estaban locos, pero se resignó y soportó sus dolores con heroísmo de mártir.

Al día siguiente de la noche de aquel domingo, tuvo fiebre y sin saber cómo, desvanecida, delirante, ligada fuertemente al asno que la llevaba, después de tres días de marcha, llegó á Guerrero.

Quedó anonadada bajo el peso de su desgracia, y lentamente una sombra de melancolía inmensa oscureció su cerebro donde llegaron á dormir por fin todos sus sueños y todas sus aspiraciones.

Convirtiósese en bestia, como su madrastra, y vegetó.

Allí, en la vieja casucha, edificada con adobes en la margen del río, Julia pasaba tristemente su vida minada por las brutalidades de su tío y dueño, soportando con angelical resignación el tormento diario de acostar su cuerpecito, ya adolescente, al lado del velludo y nauseabundo cuerpazo de aquella bestia que en las noches, cuando regresaba borracha, con pasos de hipopótamo, osaba acercar al rostro melancólico de la linda esclava, los mechones sucios de su barba, al estrecharla sobre el mismo lecho, con un abrazo espantoso!...

¡Oh! ¡Confunción monstruosa y abominable!



VIII

BERNARDO, lejos del yugo de Cruz, se entregó á su vicio favorito; fué haciendo vender sus vacas, una á una, para pasar la vida, al par que cumplía su misión espiando las fuerzas que el Gobierno en el mes de Agosto envió decididamente á Guerrero para atacar la población.

Componíanse dichas fuerzas de un piquete de veinticinco hombres de Seguridad Pública del Estado, al mando del capitán Antonio Vergara; otro del 5.º regimiento, de treinta hombres, al mando del capitán segundo Lino Camacho, y 65 hombres del 11.º batallón.

Como fuerzas auxiliares se reclutaron como voluntarios 60 hombres de los pueblos de aquel rumbo, conocedores expertos del terreno y valientes á toda prueba, encomendándose su mando á Santa Ana Pérez,

Al día siguiente de la noche de aquel domingo, tuvo fiebre y sin saber cómo, desvanecida, delirante, ligada fuertemente al asno que la llevaba, después de tres días de marcha, llegó á Guerrero.

Quedó anonadada bajo el peso de su desgracia, y lentamente una sombra de melancolía inmensa oscureció su cerebro donde llegaron á dormir por fin todos sus sueños y todas sus aspiraciones.

Convirtiósese en bestia, como su madrastra, y vegetó.

Allí, en la vieja casucha, edificada con adobes en la margen del río, Julia pasaba tristemente su vida minada por las brutalidades de su tío y dueño, soportando con angelical resignación el tormento diario de acostar su cuerpecito, ya adolescente, al lado del velludo y nauseabundo cuerpazo de aquella bestia que en las noches, cuando regresaba borracha, con pasos de hipopótamo, osaba acercar al rostro melancólico de la linda esclava, los mechones sucios de su barba, al estrecharla sobre el mismo lecho, con un abrazo espantoso!...

¡Oh! ¡Confunción monstruosa y abominable!



VIII

BERNARDO, lejos del yugo de Cruz, se entregó á su vicio favorito; fué haciendo vender sus vacas, una á una, para pasar la vida, al par que cumplía su misión espionando las fuerzas que el Gobierno en el mes de Agosto envió decididamente á Guerrero para atacar la población.

Componíanse dichas fuerzas de un piquete de veinticinco hombres de Seguridad Pública del Estado, al mando del capitán Antonio Vergara; otro del 5.º regimiento, de treinta hombres, al mando del capitán segundo Lino Camacho, y 65 hombres del 11.º batallón.

Como fuerzas auxiliares se reclutaron como voluntarios 60 hombres de los pueblos de aquel rumbo, conocedores expertos del terreno y valientes á toda prueba, encomendándose su mando á Santa Ana Pérez,

muy conocido por su temerario valor y su popularidad en todo el Estado. El mando en Jefe lo tuvo el general José M. Rangel, con tres oficiales de Estado Mayor, y acompañado del Mayor del cuerpo médico militar, Francisco Arellano. Total: ciento treinta hombres.

Bernardo avisó inmediatamente á Cruz, quien le envió un emisario, que habló largamente con él. Los dos se dirigieron á ver á Santa Ana Pérez. Este los filió y les dió armas y un grado nominal.

El 15 de Agosto partió una columna de ataque internándose en la sierra, y avistando á Tomochic el día dos de Septiembre.

Cruz se aprestó á la defensa con cerca de sesenta y ocho hombres, en su mayor parte armados de carabinas, apostándoles en las cinco casas que limitaban al pueblo al Este; les mandó aspillerasen de tal manera las paredes para que pudieran converger sus fuegos sobre el camino angosto, accidentado y duro que baja al valle, en el cerro del Cordón de Lino; ordenando que al escuchar un silbido agudo, tomaran los de la derecha por una ladera, remontándose hasta la cima, para allí cortar al enemigo su única retirada, descendiendo después sobre él, para aniquilarlo y dispersarlo en el monte.

Bendijo las carabinas y aconsejó apuntar sobre los oficiales y jefes exclusivamente.

El general Rangel fraccionó su fuerza en dos columnas; una que debía bajar por el cerro de Cordón y atacar la iglesia, y otra por un cerro que forma con

aquel un ángulo agudo bajo cuyo vértice se halla el cementerio. Esta fuerza lo debía ocupar y tomar después la casa de los Medrano, que se hallaba en la orilla del camino real.

Mientras se avistaban los contrarios, los rebeldes oraron con devoción y serenidad admirables, seguros de la victoria.

Bajan las columnas, entre los pinos y las fragosidades de los cerros, dispersos los soldados en *tiradores*, son recibidos en la falda con certeros tiros. Trábase el combate á fuego nutrido.

Pero cosa imprevista; Santa Ana Pérez, con sus *auxiliares* en el *Cordón*, permaneció sin recibir ni lanzar un tiro, en tanto que el general, en lo alto, se volvía loco de indignación y de rabia al ver que la confusión y el pánico lanzaban el desorden hacia el ala derecha de la segunda columna que se refugió en el cementerio. Entonces Cruz y los suyos, por la espalda, llegaron como tigres é hicieron prisioneros á los que ocupaban aquel punto, entre ellos el teniente coronel José M. Ramirez, que había sido herido en un brazo.

Cayeron muertos el capitán Vergara, el Mayor Prieto y el teniente Manzano, y derribado del caballo Vespaciano Guerrero, teniente de Estado Mayor, que bajaba á transmitir una orden.

La derrota fué completa y la catástrofe irremediable. El general se retiraba, pero sereno, con ese valor admirable, no desmentido nunca en todas sus heroicas campañas desde la invasión francesa, se refugió audaz-

mente en una de las casas desalojadas por el enemigo.

En la noche, acompañado por algunos dispersos, atravesaba, jadeante, el monte negro y silencioso.

Recogió el vencedor un gran botín, pero sólo los caballos, armas y muaciones se utilizaron; lo demás fué guardado sin tocarlo, hasta un pequeño barril de *tequila* y algunos de harina.

Ese mismo día: cediendo á un impulso de abnegación y deber, el doctor Francisco Arellano, sin armas, sólo con su botiquín, entró resueltamente en Tomochic, con el humanitario espíritu de curar los heridos propios y extraños.

En vano se le advirtieron los peligros que correría en tan temeraria empresa ¡todo fué inútil!

¡Bien conocías, doctor, que aquellos valientes hijos de Tomochic, no podían ser felones!

Santa Ana Pérez había desaparecido y sólo Bernardo se presentó en Guerrero al general, diciéndole que aquél, herido en una pierna, huía al Norte del Estado.

Más tarde el gobierno federal encomendó el mando de una segunda expedición al general Felipe Cruz y lo que pasó fué increíble, inverosímil.

Poco antes de llegar á Guerrero las fuerzas del quinto regimiento cargaron por orden suya sable en mano, sobre una milpa. El destrozo fué horrible; las débiles cañas hechas pedazos al filo de los machetes cubrieron el suelo de despojos.

En Guerrero, á un teniente del 22.º batallón se le ordenó posesionarse del cerro de la Generala á diez y

ocho leguas de Tomochic, lo que hizo sin encontrar resistencia.

El punto estaba desierto y el general telegrafió á Méjico, dando parte de haber atacado al pueblo, triunfando tras sangriento combate, haciendo veinticinco prisioneros.

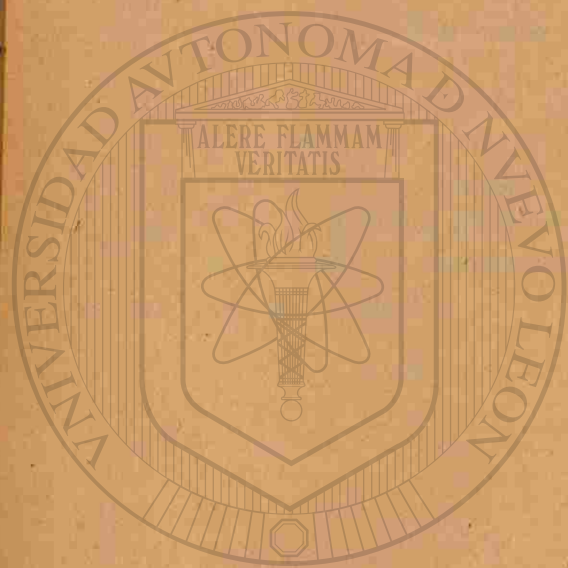
Legados estos hechos y otros por el estilo, á conocimiento del presidente de la República, hizo llamar al general Cruz, y según se dijo le reprendió muy severamente, como era de esperarse de un hombre en cuya historia militar no hay una mancha.

¡Terrible debió ser la indignación del general Díaz!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS





MIGUEL se sentía profundamente atraído hacia Julia; su infortunio la idealizaba á tal punto á sus ojos, que pensó seriamente en arrancarla de aquel hombre cuya historia no conocía, pero que adivinaba no ser muy limpia. Sin embargo, el porvenir le inquietaba; era probable que partiesen al día siguiente....¿y si no volvía?....

Le había dejado dicho que regresaría; que dejaba le hiciesen de comer porque en la fonda del pueblo le daban todo muy escaso, y no le atendían, por preferir á los oficiales superiores.

Bernardo acogió esto con muestras de placer, y ordenó imperiosamente que matasen una gallina para obsequiar á su jefe: le dijo que mientras llegaba la hora, le suplicaba que llevara, él que podía, á ver la pieza de

que le habían hablado; tenía esa curiosidad porque la verdad *ya mero* se decidía á acompañarles para acabar con los fanáticos.

Miguel le contestó ingenuamente que fuese á las once del día á la alameda y lo llevaría para que la viera, aunque de lejos.

Volvió á su aposento en el río, muy silencioso, pensando en aquel golpe del destino que lo arrojaba tan lejos, enfrente de terribles acontecimientos; la víspera tal vez de su muerte.

Pensó en su padre, humilde y honrado escribiente que pasó veinticinco años de su vida en una notaría, consagrando toda su actividad en hacer ricos sucesivamente á tres hombres que le abandonaron cuando fué inútil... ¡su pobre madre, viuda, aun bella, vuelta á casar é infamemente maltratada!... luego el escándalo horrible, la separación en que intervino la policía... ¡y su salida del Colegio Militar para ser un oscuro subteniente que algunos días más tarde estaría en algún punto perdido en los desiertos de Chihuahua á quinientas leguas de Méjico!... ¡Qué vida la suya!...

Meditó en el encuentro, no con una virgen ideal y romántica,—sino con una pobre muchacha infamada vilmente, manceba de un bandido; sér desgraciado y candoroso, que lo había visto con sus hermosos ojos negros, como demandándole auxilio y brindándole un amor sencillo como su alma pura y casta!

Y Miguel, en el fondo de su alma juró protegerla y aun amarla.

Él, espíritu nada vulgar y eminentemente serio, sintió nacer una afección por aquella mujer que se le presentaba con el prestigio de su inocencia y su infortunio.

No, y Miguel no era poeta, ¡penetraba demasiado al fondo real de las sombrías cosas de esta vida miserable y dolorosa para muchos!... Y sin embargo, con raro enternecimiento y con extraña simpatía pensaba en Julia...

Y en tanto así discurría, sentado en una gran piedra, la tropa desbandada en la orilla del río, elevaba entre un clamoreo alegre de chanzonetas, ternos, risas y gritos bajo el sol que libre de las brumas esplendía en el azul del cielo, haciendo secar con sus rayos, los lienzos, cuya blancura resplandecía entre los matorrales. A trechos, los oficiales formando corrillos, fumaban charlando.

Y el agua del río, fría y lenta, iba deslizándose ante los ojos absortos de Miguel, enturbiada por el jabón.

Cuando regresó al campamento tuvo que tomar su carabina é ir como los demás oficiales, al ejercicio del tiro al blanco que el general había ordenado para que conociesen sus armas.

A la lista de las doce, cuando él cepillaba el capote empolvado en que había dormido, fueron á avisarle que le buscaban.

Era Bernardo que venía á recordarle su promesa. Tuvo que acceder y lo llevó á ver la pieccecita desde el viejo zaguán de la casa habilitada del Cuartel General.

Se separó del bandido, evitando su compañía; pero quedando con él de verse en su casa, donde había mandado hacer una comida *como pá su jefe-cito*.

Cuando estuvo solo, vaciló en ir, considerando una estupidez tomar una mala comida en el *covachón* de don Bernardo, y respecto á Julia ¿no era atormentarse á sí mismo á la vista de una juventud desgraciada, que sólo honda amargura podía inspirarle?

Se encaminó lentamente á la plaza, resuelto á comer en la fonda; pero encontró á Castore a que venía de aquélla, donde supo que la oficialidad había dado fin con todo, y nada quedaba para nadie, pero que en revancha, iba á beberse media botella de *tequila* y á comer una libra de queso, únicos viveres que pudo encontrar, amén de un montón de *gordas* de harina.

Invitó á Miguel á tomar una copa, que éste rehusó, y puesto que en la fonda no había que comer ya, tomó rumbo hacia al río después de haber conversado un rato con el poetastro.

Julia había improvisado una mesa, con dos bancos y una tabla vieja. Extendió sobre ésta una servilleta muy blanca con toscos dibujos, y colocó un plato de peltre y una cuchara.

En la chimenea, con un buen fuego, hervía en una olla, la gallina, mientras en una cazuelita, chillaban en un mar de manteca algunos trozos de tocino.

Mariana, de rodillas ante el *metate*, con la cabeza baja, molía el chile, con una regularidad de trabajo

mecánico, mientras Julia iba y venía, muy activa, poniendo todo en orden.

Dos gallos amarrados en un rincón del cuarto, cantaban alternativamente, en tanto que un perrazo amarillo, flaco y peludo, dormía con las patas estiradas, en el rectángulo de sol que entraba por la puerta.

Julia se conmovió mucho, cuando Miguel saludándola, le estrechó suavemente la mano; y no pudo pronunciar una palabra.

Al fin salió de su turbación; se excusó porque aun no estaba la comida y mirándole con atrevimiento, añadió que quería que no se enojara con ella, que *á ver si otra vez no sucedía lo mismo*.

—Don Bernardo no tardará mucho, ¿verdad?—le dijo cariñosamente el oficial.

—Sí, señor, no ha *de dilatar*; siempre come á estas horas; ahora verá usted como me regaña porque no está el almuerzo... ¡Es muy malo, señor!...

Había un acento tal de amargura en estas palabras, que el joven volvió á experimentar un sentimiento de atracción irresistible hacia ella. Sobre todo, lo que más le cautivaba eran sus miradas francas, ingenuas; de una dulzura encantadora, desprendida como por arte mágico, de la aterciopelada sombra de sus ojos negros.

—Pero... ¿cómo lo quiere usted?... oiga, Julia...

—¡Calle!... ¡Mire!...—Y no pudo seguir la pobre-cita.—Le indicó con un movimiento de cabeza á la vieja Mariana que de espaldas á ellas vertía el chile molido en una cazuela.

El subteniente comprendiendo todo permaneció silencioso y luego manifestó querer obsequiar á don Bernardo con una lata de sardinas y un buen trago.

—¿No vá doña Mariana, mientras hago la sopa?... ¡ah! también trae el amasijo (1) porque con eso no alcanza.

Mariana alzó lentamente la cabeza y con sus ojos vidriosos contempló un momento á los jóvenes, luego lentamente, sin decir una palabra, tomó un desgarrado chal de sobre de un baul, así como el billete que le alargó Mercado con un gesto de desprecio.

Salió como una sonámbula, sin hacer ruido; sin la menor manifestación de voluntad propia.

Cuando quedaron solos, Miguel se puso de pie y se acercó á Julia que bajó la cabeza y dejó de cortar un pedazo de queso, que tenía en sus manos.

—Mire usted, Julia, Dios es bueno y no quiere, no puede tolerar esas cosas; usted tan bonita... tan niña... con él... eso es malo... No está bien... no.

Hubo un momento de silencio; él no se sentía capaz de continuar expresando su pensamiento atrevido, y ella... la pobre... advirtiéndolo todo con su instinto de mujer, no era posible que contestase, así es que hasta después de unos momentos balbuceó:

—No, no... yo también digo eso... pero ¿qué hago?... ¿quién me va á creer á mí?... me mataría... si... y se puso á sollozar.

(1) Pan.

—No llore... ándele... no sea tonta... cuando volvamos se viene conmigo... que me ha de hacer... en Chihuahua ya veremos.

—¡Si pudiera ir á Chihuahua ó escribir á mi padrino! puede que hasta me haya olvidado de hacer las letras...pero no...no, déjame, ¡déjame!...¿ve...? también es usted así...¡no!

Miguel, enternecido, arrebatado, la había tomado del talle y trataba de besarla en la frente, en un arrebato impulsivo.

Ella, encarnada de rubor, sorprendida por la audacia del oficial, temblorosa, extendía en el vacío sus manos, retrocediendo hasta la pared del fondo; allí, Miguel rápidamente acercó su rostro al suyo, besándola en la mejilla; sin ningún ardor sensual, como hubiera podido besar á una hermana.

Julia, dió un ligero grito cubriéndose el rostro con el delantal, mientras Miguel, algo arrepentido, la contemplaba en silencio y melancólicamente.

En aquel momento, agitando estrepitosamente las alas y abrigando su cuello orlado de plumas de moro rojizo, uno de los gallos cantó; el perro abrió los ojos, mirando perezosamente en torno suyo, mientras el otro gallo, completamente blanco y con enorme cresta encarnada, cantaba también.

—¡Cómo te quiero, Julia!—le dijo al oído el joven enternecido, en pie, cerca de ella, aproximando á su rostro enrojecido, sus labios candentes aún, por el beso con que la había súbitamente asaltado.

Aquel beso ardiente de Miguel la hizo estremecer inundando todo su ser con una alegría extraña hasta entonces para ella, despertando en su carne sensaciones dormidas por la misma brutalidad del hombre con quien vivía.

El se apartó y le dijo con dulzura y muy quedo:

—No, Julia, yo la quiero... es muy diferente... oiga usted.

En aquel momento el perro gruñó, estirándose y moviendo la cola; ella palideció y volvió á tomar el queso, diciéndole:

—Es que allí viene... ¡síntese, por Dios!

Tuvo que sentarse: una oleada de sangre llevó la ira á su cabeza; pero después se serenó y esperó tranquilo á Bernardo que llegaba como siempre, borracho, y que le dijo alargándole una botella á medio llenar:

—¡Ah!... ¡cómo es usted bueno, mi jefe!... ¡mire, no mas que tequila le traigo!... ¡Hepa! Julia un vaso!.. ¡pronto, condenada de Lucifer!

Julia, humilde y atontada aún, se acercó temblando, con un vaso.

Miguel lo tomó apretándole amorosamente la mano; ella abrió los párpados y sus negras pupilas fulguraron una mirada impregnada de gratitud, amor y ternura, mientras el salvajón don Bernardo, apoyándose en la pared tosía fatigosamente, con el rostro congestionado.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
X "ALFONSO REYES"
Apt. 1626 MONTERREY, MEXICO

Qué inusitada algarabía, qué alegre actividad y efervescencia hubo la noche del 16 de Octubre en la vieja y triste alameda de Guerrero, donde se hallaban acampadas las dos compañías del 9.º batallón!

Aquel parage, antes desierto, estaba completamente trasfigurado; los vendedores hacían su agosto; el oficial de la guardia, que era el teniente Torrea, enérgicamente presenciaba el registro de las viejas, no dándose punto de reposo para vigilar el orden del campamento.

Las cincuenta y sesenta mujeres con sus fogatas en que guisaban, sus gritos y algazara, daban un colorido pintoresco al cuadro de armas en que se encerraba la tropa al rendir las jornadas.

¡Bien se habían portado con sus juanes las valientes soldaderas!

Mientras el soldado tendido en su zarape descansaba de la ruda marcha, ellas acarreaban leña, robaban gallinas, compraban pan, queso ó lo que había, y á los diez minutos se elevaban del campo] espesas columnas de humo que envolvían todo en una bruma azulada, á través de la que se veían los pabellones de armas alineados, los grupos confusos de hombres y mujeres, las maletas regadas y los montones de leña empezando á arder, rodeados de hambrientos que soplaban con los carrillos hinchados... y entre esta confusión y desorden, los oficiales atravesando en todas direcciones, dando órdenes á gritos, en medio del barullo universal.

Las *chimoleras*, vendedoras de comida barata—platicillos de á uno, dos ó tres centavos,—andrajosas y sucias, despeinadas y con los brazos desnudos, ante las enormes cazuelas y las negras ollas, tosían gravemente, gritando y gesticulando, disputando con gran lujo de obscenidades, con las compañeras.

Pero esa noche había aún más motivos para la animación. La tropa estaba descansada y relativamente había comido bien, por lo que estaba alegre.

Las mujeres habían hallado carne y manteca barata, y no pedían más.

Algunas, las ricachonas, habían comprado sotol, con lo que más que suficiente era para que reinase un rebumbio endemoniado.

Todas y todos, sabiendo que la partida era al día siguiente, habían reforzado con suela nueva sus *huara-*

ches, y ya frescos, se sentían dispuestos á atravesar el mundo si así lo ordenaban.

Aquellos pobres diablos que conducían allá, al fondo de la sierra, á morir como ovejas ó á matarse como leones, estaban muy tranquilos, algunos hasta amorosamente recostados junto á sus mujeres, las cuales charlaban sempiternamente.

Y allá, á algunos pasos del campamento, en una casa aislada en la oscuridad de la noche, en un cuarto por cuya puerta rojizo cuadro de luz se percibía, dos hombres paseaban hablando lentamente, acalorándose á veces ó á veces guardando silencio.

Eran el teniente coronel Florencio Villedas y el capitán Eduardo Molina que hablaban de las disposiciones que tomarían, según el plan concebido por el general en Jefe.

Y en tanto que el campamento se animaba más y más, y que los dos comandantes de la fuerza, conversando fríamente pensaban en sus responsabilidades, en una tienda amplia, en los portalitos de la plaza, toda la oficialidad, jovial y expansiva á fuerza de beber, se mofaba del porvenir y entonaba un canto de triunfo anticipado.

Las tandas de copas de *tequila* se sucedían como descargas cerradas, en medio de aplausos y brindis.

Castorena, el poeta oficial, que por cada copa blasfemaba una estrofa, estaba en su elemento y completamente roja, la cara, revuelto y erizado el cabello, con frases candenciosas y retumbantes, lanzaba décimas y

cuartetos á diestra y siniestra, tronando en aquella apo-
teosis de su genio.

—¡Que hable en verso Castorena! ¡Que brinde Cas-
torena!

—¡Silencio! va á hablar el vate.... ¡que le den otra
copa y brindel!—aullaban algunos.

—¡Ahora, *Sesos de Bronce!*....

—¡Que le traigan un tonel para que brindel!

—¡Andale, cabeza de plumero colorado!

—¡Silencio!... ¡Déjenle hablar!

Retemblaba la tienda con aquel vocerío de borra-
chera. Castorena estaba en su elemento.

Tomó la copa con mano temblorosa, vertiendo par-
te del líquido y vociferó, para dominar el tumulto que
acrecía:

Aunque ahora es ya de noche,
La palabra humilde pido
Para brindar sin reproche,
¡Porque pronto sea destruído
El vil pueblo de Tomoche!

—¡Bravo, bravo!.... ¡Bien por el poeta!—y una tem-
pestad de aplausos se desencadenó; mientras afuera, en
el portal, algunos *paisanos* envueltos en gruesos cober-
tores rojos, miraban taciturnos al interior de la tienda
llena de humo de cigarro, donde aquella oficialidad
bisoña se alegraba con *tequila*.

Rayó en delirio el entusiasmo, fué demencia aque-

llo... un capitán auguró espléndido porvenir al que
hacía quintillas semejantes, y mientras un nuevo
brindis preparaba el bardo y los demás conversaban
cada uno de diferente cosa y un hombre de inmensa
barba y descomunal cabellera roncaba completamente
ébrio, Miguel, sugestionado por la frénetica y galváni-
ca alegría de la reunión, bebía también, y ya excitado
su cerebro débil, llevado por la avalancha aquella, tra-
taba en vano de demostrar que todo era estúpido y que
la poesía debía desterrarse del mundo donde la reali-
dad era horrible.

Por supuesto nadie le escuchaba y su disertación
pesimista pasó desapercibida.

Le habían obligado á beber; y el alcohol le enloque-
cía, despertando en él recuerdos amargos, después una
alegría extraña, y en el tercer grado, apetitos brutales,
que le transformaban en fiera.

En aquel instante estaba en el periodo de la melan-
colía y filosofaba silenciosamente entre el fragor de
aquella bacanal.

—Pero, después de todo,—decía,—¿por qué no be-
bes?... para aniquilar la pena... ¡eh Martínez! yo no he
bebido, yo también quiero brindar!... ¡una copa! ¡den-
me una!

—El fraile Mercado quiere beber, ¡una copa para el
filósofo!—aulló Castorena.

—¡Que repitan las copas por mi cuenta!—dijo el
teniente Ramírez—y que brinde Mercado.

Cuando el tendero colocó las copas en *línea desple-*

gada como decía Castorena, sobre el mostrador, Ramírez, que era el obsequiante, fué dando á cada uno la suya, y todos, habituados á las formaciones en orden, hicieron un círculo en cuyo centro se colocó Miguel, quien, cuando se restableció el silencio, comenzó un brindis disparatado é incoherente.

—No vengo como Castorena—decía—á improvisar cuartetos... yo desprecio el verso, y la poesía también... porque es mentira y todo lo falso es despreciable...

Yo vengo, lo mismo que mis superiores y compañeros, á demostraros lo noble de nuestra misión; somos las víctimas expiatorias de los extravíos sociales; somos los inmolados por el destino ó la casualidad en nuestra misión de soldados....cumplamos con ella....brin...brin....¡brindo por el deber y la milicia mejicana!

Nadie, ni aun él mismo, comprendió lo que había dicho; pero le aplaudieron, creyendo que decía muchas preciosidades.

La francachela seguía, y la luz de las tres lámparas que colgaban del techo de la tienda, alumbraba con reflejos amarillos los uniformes de dril de los oficiales gesticulando excitadísimos en aquel ambiente impregnado de alcohol.

Castorena, que tenía nombrado en el campamento un *rondin*, de nueve á once de la noche, se retiró, gritando á Miguel:

—¡No se te olvide, Mercado, que tu estás de *rondin* de once á una!

...Sentado en una banca, en un rincón de la tienda, Bernardo roncaba, con la cabeza reclinada sobre la pared y la boca abierta. El sombrero se le había caído á un lado y la sucia y alborotada melena de feroz bandido le daba un aspecto asaz repugnante.

Miguel bebió otra copa con verdadero furor de mente.

Al dejarla sobre el mostrador se fijó en el oso de la casa del río, y por su cerebro excitado pasó entonces una idea que le hizo erguirse y meditar. Después ya no vaciló y escapando de la tienda, atravesó corriendo la plaza, silenciosa y oscura; tomó por callejas desiertas, hasta llegar al río y después de muchos rodeos y algunas caídas, llegó hasta la puertecita baja de la casucha de Julia y allí tocó. Ladró el perro, pero fué acallado prontamente, luego sin preguntar, abrieron.

No eran aún las nueve de la noche, pero todo estaba ya en el más profundo silencio. Violentas ráfagas de cierzo glacial doblaban los arbustos de la orilla.

Miguel, aterido, al abrirse la puerta, entró precipitadamente; una lámpara que ardía en un rincón se apagó al instante; pero dejándole tiempo para distinguir como á la luz de un relámpago, una visión mágica.

Julia, con los pies descalzos y una enaguilla corta, con su camisa blanca mostrando su seno y brazos desnudos; Julia en actitud de salir de la cama semi-revuelta, apareció tiritando á sus ojos deslumbrados...

Después la obscuridad irritante arrebatándosela, la sombra negra interponiéndose, en tanto que ella se re-

tiraba al fondo del aposento, asustada ante la aparición de un hombre que no era su amo.

—Soy yo, Julia, ¿dónde está usted?... no tenga miedo... yo, Miguel.

Al fin comprendió ella, y balbuceó con expresión de sumo terror:

—¿Usted, señor?... pero... ¡cállese!... mire... pero dígame por Dios dónde está don Bernardo, va á venir... ¿qué?... ¿qué quiere usted?...

Miguel no escuchaba, ni atendía nada; sentía un arrebato salvaje, y dominado por el vértigo extraño de su embriaguez, la buscaba á tientas, tropezando con miles de objetos y más excitado cuanto menos la encontraba.

En vano ella trataba de inquirir, de saber ante todo de Bernardo... por fin, él la tomó de un brazo y la besó con frenesí.

Suplicante, con las lágrimas en los ojos, la infeliz, palpitando también de emoción cerca de él, que la acariciaba, le contó que debían partir á la mañana siguiente antes que las fuerzas, para Tomochic, que no fuera también él malo, que comprendiera que no tardaría en venir y les mataría!



XI

Al día siguiente, el toque de diana le despertó de un sueño inquieto y malsano; sentía horrible pesadez en su cerebro y su cuerpo todo dolorido, en tanto que á su garganta la abrasaba una sed angustiosa.

Al incorporarse, aquella sensación insoportable se acentuó notablemente; pero el corneta, que ya tocaba *listu*, le hizo comprender que era preciso ir á pasarla como todos, al frente de su compañía.

Había dormido sobre su capote, en un suelo frío y duro, al pie de un árbol, cuyas raíces salientes le habían maltratado mucho; apenas pudo estirar las piernas, hizo á un lado el cobertor y como estaba vestido, se puso violentamente el capote y el képis, y corrió á colocarse al frente de su compañía, en el momento en que

el sargento primero daba parte á los oficiales, de las novedades ocurridas.

—¿Y el subteniente Miguel Mercado, no puede venir todavía?—preguntó el capitán impaciente y cólerico á un teniente.

—Presente, mi capitán, contestó Miguel acercándose.

—¡Sí, á buena hora llega usted amigo, ya que se pasó lista!

Quedó aterrado, y viendo á todos sus compañeros muy cumplidos levantarse, se asombró que fuesen los que en la noche hubiera visto en el desenfreno de la orgía, porque ya iba recordando todo lo que había pasado.

Después de la *lista*, desfiló su compañía al *ranchito*, ante el caldero de café humeante. Los oficiales al lado del capitán observaban el reparto.

Mercado se puso sus guantes de lana, se caló la capucha y aterido por el frío de la madrugada, reflexionó, en pie, apoyado en su carabina.

Se acordó de Julia, desconfiada, abriéndole la puerta, semidesnuda: luego ella suplicante, él brutal y... ¡oh menguado!... ¡miserable, recordaba aquella posesión por la fuerza, la pobre con lágrimas en los ojos, cediendo á su infortunio de mujer!

Le había dicho que saldrían á las cinco de la mañana para Tomochic y con ese motivo, con voz débil para no despertar á la vieja Mariana, le había contado su historia, la abyección y embrutecimiento de su pa-

dre proclamado santo por un cabecilla audaz y ambicioso, fanatizando un pueblo ignorante, pero altanero y noble, que desafiaba obstinado á las fuerzas federales.

Cuando se dieron el último abrazo y el último beso, el más dulce y el más amargo, se citaron para el pueblo, fuera cual fuese el resultado de la campaña....

¡Ah! y aquella escena extraña de amor en la obscuridad de la guarida del oso; la posesión de su hembra en el mismo lecho del monstruo, volvía á surgir en su cerebro, con detalles precisos, en tanto que presenciaba el reparto del café á la tropa que desfilaba lentamente ante los calderos.

¿Sería cierto? ¿aquél hombre terrible habría podido emprender la marcha tan temprano después de aquella noche báquica?

Fué lo que quiso saber, y cuando se dió permiso á los oficiales francos para retirarse, se lanzó á la casucha. La encontró cerrada.

De los animales que había en el corralito que quedaba á un lado, sólo encontró una burra vieja y flaca, con la cabeza gacha, inmóvil y tristonosa.

Volvió al campamento, triste y aniquilado por el horrible malestar que sucede á las noches de crápula. Trató de tomar algún alimento y no pudo. Sintió náuseas atroces, y desfallecido, fué á sentarse en un extremo solitario de la alameda, evocando obstinadamente la noche anterior, estremeciéndose cada vez que pensaba en Julia, primera mujer casta que había poseído.

Gran movimiento reinaba, en torno suyo, las mujeres de prisa, iban y venían cargadas de tortillas, pan, queso, carne y chorizos; y otras, las que no se atrevían á seguir la marcha hacia el enemigo, se retiraban tristes y llorosas, con la incertidumbre de la suerte de sus hombres.

La marcha debía emprenderse á las tres de la tarde. A las doce y media se dió el primer toque.

Los soldados uniformados de paño azul, hicieron sus maletas, en tanto que también los oficiales sujetaban á los kúpis los paños de sol, ó empacaban sus provisiones de boca, sabiendo que en todo el trayecto de la sierra no hallarían ningún alimento.

Algunos soldados del 5.º regimiento llevaron á la alameda, los flacos y mustios caballos de los oficiales, quienes empezaron á colocar sus maletas y carabinas, fajándose las cananas que contenían 100 cartuchos cada una.

Por fin, á las tres de la tarde, con un magnífico sol, desfilaron las compañías; los soldados atravesaron el río con los pantalones arremangados, y en la ribera opuesta, *haciendo por el flanco izquierdo, alto*, esperaron el resto de la fuerza que se les incorporó á poco, fraccionándose todo en tres columnas.

La primera estaba compuesta de la segunda compañía del 9.º y una sección de «Seguridad Pública del Estado»; la segunda, de la cuarta de ese batallón y una sección del 11.º; y la tercera de 20 jinetes del 5.º regimiento y de los auxiliares reclutados accidentalmente

de los pueblos de la comarca, los cuales iban con trajes de paisano, debiendo llevar como distintivo una ancha cinta roja.

Entre la primera y segunda columna marchaba la pieza sobre dos mulas. En suma: 500 hombres.

El general José María Rangel seguido de su Estado Mayor y de algunos amigos de confianza de ese jefe, pasó á caballo ante la fuerza que le hizo los honores de ordenanza.

Después hubo que esperar que viniese el general en Jefe Rosendo Márquez, quien ordenó inmediatamente se rompiese la marcha por el orden de las columnas.

...Y principió la ascensión lenta hacia el Oeste, trepando las primeras lomas de la sierra, dejando en el fondo á Guerrero, cuyas casas blanqueaban á la orilla del río que serpenteaba incendiado por los últimos rayos del sol.

Era aquella, en verdad, una tarde espléndida, empapada en luz; al Este el río reverberaba, y al Oeste el camino subía entre un terreno rojizo cubierto de espesísimas malezas.

Una nube de polvo circuía á la columna á cuyo frente empezaron á alzarse los inmensos bosques de la Sierra Madre.

Miguel se puso en pie sobre los estribos de su montura y miró hacia atrás. Aun se veía la casa de Julia.

Luego todo desapareció tras las primeras asperezas del monte que al fin mostró sus grandezas graníticas vestidas soberbiamente con la regia majestad de la sel-

va, cuyos pinares inmensos, al sentir las ráfagas frías de la noche que ascendía, entonaban el himno melancólico del crepúsculo.

El joven subteniente quedó absorto ante la belleza de paisajes grandiosos nunca vistos por él, y muchas veces tuvo que ser reprendido por adelantarse á su puesto, abandonando la brida al caballo que subía tropezando por el sendero áspero y pedregoso.

El viento fresco de la tarde le reanimó, y ya sereno se entregó á la voluptuosidad de una marcha lenta, al borde de los precipicios por donde trabajosamente y en cierto natural desorden, pasaba la columna.

La enorme masa de las rocas inclinadas sobre profundos abismos y cubiertas de gigantescos pinos, en las estrechas veredas por las que se avanzaba, inspirábale una admiración terrorífica.

Se acampó en el punto «La Generala» á solo tres leguas de Guerrero, en un terreno á propósito para la instalación de la fuerza.

Esa noche aún hubo alguna animación; se encendieron las fogatas cuyas rojas llamaradas iluminaron á trechos las tinieblas, y haciendo proyectar á los enormes pinos, sombras extrañas, dieron un aspecto muy pintoresco al campamento.

El 18 de Octubre la marcha tuvo que principiar muy entrado el día, á causa de un incidente curioso.

La caballada del 5.º regimiento, relativamente cercana á sus cuadras en Guerrero, burlando la vigilancia de la tropa, en tropel y á galope, la emprendió por el

camino recorrido en el día, hasta llegar á inmediaciones del pueblo, de donde la hicieron volver.

Ese fué un día alegre para el espíritu regularmente triste del joven oficial, y era que encontraba verdadera fruición en aquella naturaleza ruda y vigorosa, de la sierra.

Se abandonó á una meditación dulce y tranquila que le quitó los temores del porvenir en el que tuvo confianza.

¿Por qué había de morir tan joven, cuando aún podía hacer mucho y ser útil y luchar por la existencia y experimentar los goces supremos del triunfo?

Saludable reacción se verificaba en él. Tenía el presentimiento de asistir á un drama terrible que templaríá su ser con sus escenas conmovedoras que no olvidaría jamás, y cuyo recuerdo le fortalecería en las horas críticas de la vida.

El prodigioso espectáculo de la Sierra Madre se desarrollaba lentamente: á veces era la subida penosísima por agrias cuestas, dejando á los flancos negros abismos que causaban vértigo; á veces el descenso atrevido por pendientes cortadas casi á pico; ó sino, la marcha en una fila, soldado tras soldado; por desfiladeros estrechísimos, largos cañones en el fondo de dos formidables paredes

Miguel, aterrado, se preguntaba ¿por qué no los aniquilaba el enemigo en aquellos lugares donde diez hombres podrían destrozár y una división hasta un cuerpo de ejército?...

En efecto, el enemigo que iban á combatir, conōcedor perfecto de aquellas montañas, ¿porqué no los sorprendía, cuando diseminados hasta en un espacio de una legua se arrastraban en el fondo de los barrancos, en un terreno guijarroso y abrupto?

No se necesitaba mucha audacia para eso. Pero se sabía de fijo que los valientes de Tomochic, esperaban en su propia casa la agresión, repugnándoles salir de su sagrada tierra, donde tenían la conciencia de ser invencibles.

Por lo tanto muy pocas precauciones se tomaban.

A veces los nacionales eran destacados á los flancos, por donde trepaban con facilidad, para explorar el terreno; pero era evidente que en caso de ataque solo habrían sido los fatídicos anunciadores de la catástrofe.

A la una de la tarde se hizo alto en «Peña Agujerada» donde, matada una res, se repartió carne y harina por todo alimento del día, á la tropa.

A las cuatro la columna prosiguió la jornada que no se pudo rendir, sino hasta las once de la noche, atravesando varias veces el río.

Aquella caminata nocturna tan atrevida, en las tinieblas, produjo terrible impresión en el ánimo de Miguel.

Había que marchar casi á tientas entre los pinos y las rocas ajigantadas por la sombra.

Los soldados, agobiados de fatiga, cargando la maleta y municiones, destrozados los pies por la viva roca

por la que caminaban, seguían silenciosamente en las tinieblas pavorosas, tropezando y cayendo.

El fondo de los precipicios tomaba en la sombra proporciones ingerentes, cuando se escuchaba el ruidoso rumor del agua de los ríos ó arroyos.

Los caballos del 5.º regimiento y de los oficiales avanzaban con los ojos fosforescentes, espantados, marchando abandonados á su propio instinto, resistiéndose á pasar el río, resoplando ruidosamente y produciendo bajo sus cascos, una explosión de chispas.

Llegaron á Río Verde, donde se instaló con grandes precauciones el campamento.

Se había recorrido más de la mitad del camino y se dictaron más serias providencias, estableciéndose algunas avanzadas, en una de las cuales fué nombrado de guardia Miguel, por lo que le fué imposible dormir.

Sobresaltado, estuvo paseando toda la noche, carbina en mano, recorriendo los puestos, temiendo una sorpresa, y abriendo los ojos, espantado ante la negrura de la noche.

Al día siguiente, todos los paisanos ó militares no uniformados, ataron por orden del general, grandes cintas rojas á sus sombreros, para no ser confundidos en el combate.

A los oficiales se les obligó á quitar la espiguillas é insignias de sus uniformes.

Se trataba de esta manera de evitar ser los principales blancos del enemigo, el que, como ya sabían,

cazaba inexorablemente á los oficiales y jefes, distinguiéndoles perfectamente entre la tropa.

La jornada del 19 fué muy corta, de «Río Verde» á «Las Juntas» tres horas de marcha, á dos leguas solamente de Tomochic, frente al enemigo.

Esa jornada, muy breve en verdad, pero pesadísima por ser toda una gran ascensión en caminata, por no encontrarse agua en todo el trayecto y no haber los alimentos suficientes, fatigó demasiado á la fuerza, la víspera del ataque.

¡Al fin llegaban!...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
XII BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1525 MONTERREY, MEXICO

DESPUÉS de que se repartieron á la tropa y oficialidad las raciones de carne y harina del pobre rancho, hubo en el campamento, situado en una alta meseta desde cuyos bordes podrían dominarse facilmente todos los alrededores, una gran calma sorda que encubría la excitación de los ánimos, á la expectativa de la batalla.

Se hablaba quedo y se conversaba poco. Los rostros pálidos por la fatiga y el escaso alimento, miraban con ojos inquietos el horizonte limitado por las rocas y los pinos.

El general Rangel, en persona, que era el primer jefe (pues Márquez había regresado á Guerrero antes de llegar á la Generala), ordenó y vigiló el servicio de avanzadas.

A las ocho de la noche se apagaron las fogatas y

cazaba inexorablemente á los oficiales y jefes, distinguiéndoles perfectamente entre la tropa.

La jornada del 19 fué muy corta, de «Río Verde» á «Las Juntas» tres horas de marcha, á dos leguas solamente de Tomochic, frente al enemigo.

Esa jornada, muy breve en verdad, pero pesadísima por ser toda una gran ascensión en caminata, por no encontrarse agua en todo el trayecto y no haber los alimentos suficientes, fatigó demasiado á la fuerza, la víspera del ataque.

¡Al fin llegaban!...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
XII BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1525 MONTERREY, MEXICO

DESPUÉS de que se repartieron á la tropa y oficialidad las raciones de carne y harina del pobre rancho, hubo en el campamento, situado en una alta meseta desde cuyos bordes podrían dominarse facilmente todos los alrededores, una gran calma sorda que encubría la excitación de los ánimos, á la expectativa de la batalla.

Se hablaba quedo y se conversaba poco. Los rostros pálidos por la fatiga y el escaso alimento, miraban con ojos inquietos el horizonte limitado por las rocas y los pinos.

El general Rangel, en persona, que era el primer jefe (pues Márquez había regresado á Guerrero antes de llegar á la Generala), ordenó y vigiló el servicio de avanzadas.

A las ocho de la noche se apagaron las fogatas y

reinó el más profundo silencio. Solamente allá á lo lejos una gran luminaria lanzaba fantásticamente resplandores rojizos; de allí partía un incesante murmullo. Era el cuartel General.

—Se conoce que cenan y que aun beben algo,—decía Castorena, sentado á lo turco, con su carabina á un lado, á otros oficiales tendidos sobre la yerba.

—Pero tú, ya cenaste, lo que te preocupa es beber, borrachón, contestó el teniente Torrea, que procuraba colocar cómodamente su cabeza en una almohada de piedra.

—A mí, sí; de veras me preocupa beber; algo diera por un trago de agua,—dijo Miguel, al cual la carne asada, único alimento que probaba hacía dos días, le producía una sed insaciable y más cuando había escaseado tanto ese día el agua.

—Yo diera un poco más por un trago de sotol, hasta un verso,—agregó Castorena.

—Hombre... ¡á ver si ahora puede hacer versos el poeta!—dijo Torrea, ya acostado.

—Mañana los haremos todos cuando nos chamusquen los *tomoches*.

Un silencio helado siguió á esta conversación que en un ángulo del campamento, tenían los oficiales *francos*, después de una frugal cena de carne asada.

Charlaban lentamente, esperando la hora del *rondín*.

—Bueno... y ¿por fin como entraremos?—preguntó Miguel,—¿cuál es el plan? ¿Vendrá el coronel Torres ó es una *papa* nada más?

—Creo,—explicó el capitán Servín,—que la primera columna bajará por el Cordón, mientras nosotros entramos por el camino real y el coronel Torres ataca por el otro lado. El Hoskiss va á hacer primero, pedazos la iglesia, y ahora verán cómo salen las mujeres y se vuelven *bola* y... sí... cuestión cuando menos... cuando menos, de un par de horas... Ya los veremos... ¡los veremos!

—Al fin... siquiera que comamos gallina al medio día.

—¡Oh! quién sabe... quién sabe, muchachos... no sea que...

—Pero... y qué, mi capitán; si nos matan, siquiera comamos bien antes.

En aquel momento, entre la sombra, avanzó envuelto en su capote el capitán 1.º de la segunda compañía, quien con voz firme y serena, les saludó dándoles las buenas noches. Charló, animándoles con su conversación y les recordó que eran oficiales salidos del Colegio Militar, que tenían que demostrar que tan bien sabían estudiar, como batirse.

—Hasta mañana, señores... mucho cuidado... voy á dar una vuelta... ¡muy bien hechitos esos rondines! ¡eh!...

Se alejó con pasos mesurados, alta como siempre su pequeña cabeza, mirando á iodos lados con suma escrupulosidad.

Era el capitán Eduardo Molina. Todos en el fondo le querían por su buen corazón, siempre dispuesto á

salvar de cualquier apuro á sus oficiales; pero era muy severo y por esto solían sus inferiores motejarle; y como cuando daba la academia á estos, se complacía en explicar toda clase de combates á fuego ó bayoneta, le llamaban NAPOLEONCITO, porque como el Grande, era bajo de cuerpo y amaba la guerra. ¡Era un esclavo del deber y un leal amigo!

—Ya veremos mañana *de qué cuero salen más correas*, —dijo el poetastro— y como nadie le contestó, fastidiado y sin sueño, se puso de pie, con el propósito de ver si *echaba la sierra* á algún oficial de Estado Mayor.

A las cuatro de la madrugada del día siguiente, 20 de Octubre, se hizo levantar á la tropa en silencio.

En la sierra, á esa hora y en esa época del año, la obscuridad es profunda y el frío intenso.

Los sargentos primeros de las compañías no pasaron lista, sino contaron simplemente las *hileras*; los puestos avanzados se incorporaron á su fuerza.

Llevaban los soldados puestos sus capotes y sobre ellos cruzadas sus cananas y las bolsas de combate.

Media hora estuvieron todos en pie, impacientes, esperando la hora de marcha; media hora y sin que el alba asomase tras las agudas copas de los pinos que limitaban la meseta del campamento.

El general recorrió varias veces las columnas, hasta que al fin los *nacionales* se desprendieron entre las sombras para formar los exploradores de la vanguardia.

Un oficial de Estado Mayor previno á los jefes que se iba á principiar la marcha; los oficiales montaron en

sus caballos y ocuparon sus puestos; hubo un murmullo de voces y choque de cascos contra las piedras... de repente se empezó á marchar á través de la sombra espesa, bajo un cielo negro constelado de brillantísimas estrellas.

Al principio fué penosísimo, casi pavoroso, el descenso... ¡la tropa creía encontrar en lo bajo de la plataforma por la que descendía, el pueblo de Tomochic, y creía batirse allí en plenas tinieblas!... Bajaban lentamente hacia un valle que no parecía tener fondo!... bajaban tropezando... y se oía el ruido metálico de los cañones de los fusiles chocando con las ánforas... los caballos de los oficiales resoplaban y sus cascos hacían saltar chispas contra la roca dura.

Al fin llegaron á un terreno plano por el cual siguieron, *oblicuando* ligeramente á la izquierda: atravesaron un arroyo casi seco, y cuando la columna remontaba otro cerro, blanqueóse el cielo y palidieron las estrellas, y al encontrarse después de hora y media en la nueva cima... la aurora esplendía anaranjada y roja, tras los picachos de los cerros que á su espalda dejaban.

Entonces los oficiales echaron pie á tierra, dejando los caballos á soldados de «Seguridad Pública.»

¿A qué horas llegaban? ¿Dónde estaba Tomochic? Después de descender iba á principiar el ascenso á otro cerro... mas repentinamente la columna se detuvo... después hubo una evolución que equivalía á contra-marchar, y la fuerza se dirigió sobre su *flanco derecho*;

mas como por allí las rocas se alzaban cortadas á pico, se hizo más á la derecha y se remontó el mismo cerro por el cual habían descendido.

—¡Con un caramba!—gritó Castorena,—¿estamos jugando?

—No, mi capitán, *habrán* equivocado el camino.

Y se continuó la marcha; el sol empezó á calentar y el cansancio hizo cojear á algunos soldados, á causa de que el terreno se hacía asperísimo y se marchaba en la viva roca... no había ni un solo árbol...

—¡Entren! ¡Entren!—gritaban como siempre los oficiales, aun cuando ya ellos iban jadeantes. Mercado, que iba en la primera columna, cerca de una sección del 11.º, sentía una fatiga atroz. De repente vió correr en diferentes direcciones á los *nacionales*... la vanguardia se replegó á la columna...

En aquel momento se escuchó lejano, muy lejano, á través de las montañas, el toque de *atención, parte y rancho*,—la contraseña de la columna del coronel Torres que venía por el camino de Pinos Altos y que debía estar frente á Tomochic, al par que la fuerza del general Rangel.

A toda carrera siguió luego la columna hasta llegar á un claro en el monte... se escuchó un rumor lejano, algo como un desgranamiento traqueteante.

—¡El coronel Torres se está batiendo ya!... ¡muchachos, *nos quedamos sin tajada!*—gritó un oficial del 11.º batallón.

A cada momento el tiroteo se acentuaba más y

más... algunos soldados se aproximaron al borde de unas rocas entre las que había pinos y arbustos pequeños.

En las lejanías del horizonte se veía el extremo de un valle, vasto como un colosal anfiteatro.

—¡Allí está, allí está!—murmuraron señalando con el dedo un punto lejano, algunos soldados.

Se acercaron otros al borde de la cuesta; pero los oficiales les obligaron á volver á sus puestos.

Los artilleros llegaron á aquel lugar y mientras descargaban de las mulas el cañón, el teniente Méndez bajó por una pendiente abrupta con el objeto de dominar el valle, y con su carabina hizo fuego sobre él para calcular la distancia.

Todos siguieron aquella operación con mucho interés.

Ajustado el cañón sobre su montaje de cuatro patas, el oficial de artilleros apuntó minuciosamente, é hizo fuego. Sonó una gran detonación y el proyectil partió silbando en el espacio, describiendo una gran parábola. Segundos después se oyó la explosión de la granada.

Una gritería de entusiasmo acogió en las filas el primer cañonazo asestado á Tomochic.

—¡Viva Méjico, viva el general Díaz!—gritaron algunos, creyendo que aquel cañón era el triunfo de ellos y la derrota del pueblo.

—¡Viva!... ¡Viva!... ¡Viva el general Díaz!

—A las filas... ¡á sus puestos!... ¡Ella!

La pieza siempre apuntada por el teniente, conti-

nuó sus disparos, mientras las columnas esperaban órdenes y se oía más vivo el tiroteo, allá en el otro lado, donde el coronel Torres se batía, y su corneta de órdenes tocaba cada dos minutos, *atención, parte y rancho*, toque repercutido entre el lejano fragor de las detonaciones, por los múltiples ecos de las montañas de la sierra.



XIII

El sol á través de las altas ramazones de los pinos, bajaba ya caluroso y claro sobre la muchedumbre ordenada de aquella tropa inquieta, á la expectativa del combate.

La ansiedad había llegado al paroxismo, el terreno accidentado no permitía un orden correcto en las *columnas de compañía* que se habían formado, como si se tratase de maniobrar en terreno plano, por lo que era imposible que hubiese entre las fracciones, las *distancias é intervalos* que para este orden de formación previene la táctica.

Así es que Mercado en lo alto del cerro, tras la segunda sección de la segunda compañía (primera columna), sofocado tras del súbito *alto*, tuvo la idea vaga de lo inconveniente de esta disposición, considerando que

el enemigo, en *guerrillas*, los podía batir muy ventajosamente.

Los oficiales de Estado Mayor vestidos como paisanos, flotándoles tras el ancho sombrero la cinta roja, atravesaban entre las filas, apartando bruscamente á los soldados, llevando órdenes del general en Jefe, quien cerca de la pieza que cada dos minutos hacia fuego, rodeado de *nacionales* y soldados del 5.º regimiento, se instalaba á retaguardia.

—¡Que avance la primera columna!—gritó un ayudante, al teniente coronel Gallardo que la mandaba.

La columna se puso en marcha, desplegando su primera sección en tiradores y cargando las armas.

El joven se estremeció, sintiendo una poderosa impresión de frío por todo su cuerpo.

—¿Estaré pálido?—se preguntó; mientras descendía á saltos por la falda rocallosa, detrás de su sección.

¿Me verán los soldados?... ¿Tendré miedo?... ¡Mejor que me maten sin que lo sienta!.. pero de una vez... ¿qué sucederá?... ¡Mejor que me muera... ¡Maldita bola que tengo en el estómago!... ¡Qué frío!... ¡Si me vieran por dentro!... ¿Qué importa la vida?...

Poco más ó menos así pensaba Miguel, al ir descendiendo... Llevaba la cabeza erguida y los ojos muy abiertos.

Y continuaron bajando lentamente, guardando un silencio absoluto. Allá á lo lejos continuaban las detonaciones.

La segunda sección esperó en lo alto, para tener la

distancia reglamentaria, porque seguían ajustándose abiertamente á los principios de la táctica.

En cuanto á la segunda columna, desplegó sobre la izquierda, mandada por el teniente coronel Florencio Villedas.

La tercera quedó como reserva y escolta de la pieza, que empezaba al fin á regularizar sus fuegos.

Al frente de esta fuerza se destacaron los *voluntarios* de la cinta roja, quienes cautelosamente y con la carabina preparada, se adelantaron, para explorar el terreno abrupto y boscoso, que mientras más descendía, más dificultades presentaba.

¡Y era aquella la parte más practicable!

El *cordón* ó vereda que descende á Tomochic, no fué ocupado, pues allí harían al enemigo, un buen blanco las tropas.

El cerro por donde bajaban era el famoso del «Cordón del Lino,» donde se verificó la derrota el 2 de Septiembre.

Los soldados, diseminados, bajaban con desconfianza, con el oído atento y los ojos explorando á través de los árboles y las rocas; los oficiales se habían intercalado en la línea de tiradores y avanzaban resueltos, pero muy pálidos.

Ya habían cesado de oír el tiroteo que se escuchaba del otro lado del valle.

De repente, á poca distancia, claras, y con admirable precisión, y con estruendo que á todos hizo estremecer, se oyeron precipitadamente algunas detonaciones.

Entonces algunos de los *nacionales* regresaron corriendo, al puesto de la primera sección, que se detuvo repentinamente.

—¡Ahí vienen! ¡ahí vienen!—gritaban aquellos *nacionales*.

Las detonaciones se multiplicaron al frente de la primera sección.

Los soldados de ésta, esparcidos en un gran espacio sinuoso tras de los pinos y de los pedruzcos, llevaron las culatas de los fusiles, al hombro.

—¡Muy buena puntería y mucha calma! ¡cuidado con desperdiciar el parque!—gritó el capitán Alcérreca.

Empezóse á escuchar á lo lejos un gran murmullo en el que dominaban gritos ininteligibles.

Sin embargo, aun no se veía nada, y nadie disparaba, permaneciendo la sección á la expectativa. Es decir, tomaban la defensa pasiva en un terreno desconocido para ellos y conocidísimo del enemigo que debía avanzar velozmente sobre ellos. Luego los gritos pudieron al fin distinguirse.

—¡Viva el Gran Poder de Dios!... ¡Viva María Santísima!

Al fin se rompió el fuego al frente, aun sin ver á nadie, sin apuntar, sino hacia allá, de donde venía el griterío.

—¡Con que aquí va á ser el combate, como quien dice, en medio del bosque, en la falda de un cerro!—pensó Miguel, aterrado, comprendiendo lo grande del peligro y lo difícil de la situación...

...Y las primeras balas enemigas empezaron á silbar por entre los árboles. El combate principiaba.

Preparó su arma muy pálido, esperando sobresaltado ver al enemigo que se sentía oculto y que contestaba el fuego. Sus gritos redoblaban, gritos salvajes que aterrorizaban á la tropa desesperada de no ver á los contrarios, sin poder avanzar ni retroceder, obligados á aceptar el combate en tan desfavorables circunstancias.

—Esto va á terminar mal... continuó pensándose.

A cada momento los gritos se multiplicaban, acentuándose más, y las balas enemigas con mayor puntería, tenían silbidos más agudos, empezando á pasar á la altura de los képis.

—¡Viva el Gran Poder de Dios! ¡Viva la Santísima Trinidad!—eran las voces y alaridos que las ráfagas llevaban á los soldados, á veces muy distintamente.

Uno, herido mortalmente en el pecho, abrió los brazos, dejó caer el *remington* y murmurando dolorosamente un *¡ay Jesús!* cayó muerto boca abajo. Era la primera víctima.

Y entonces, un cabo joven que se inclinó para levantarlo, dió un grito, cayendo á su lado, herido en una rodilla.

Primero, los cercanos á este grupo quedaron consternados; pero un grito del teniente Torrea les reanimó y furiosos, siguieron haciendo fuego, hacia abajo, sin apuntar.

Miguel vió, entre la espesura, un hombre alto, de gran barba, con blusa blanca y pantalones oscuros; en su sombrero de palma flotaba un pañuelo blanco. El montañés levantó su carabina y gritó desafortadamente, al tiempo que casi sin apuntar hacía fuego:

—¡Viva el Poder de Dios! ¡Mueran los hijos de Lucifer!

—¡A ese!... ¡Allí, allí... cácenlo!—gritó un sargento.

A la derecha de Miguel, un cabo herido en una mano, empezó á quejarse.

Muchos apuntaron hacia el claro en que el *tomoche* de rodillas, estúpidamente heroico, hacía fuego y acababa de atravesar con una bala la boca de un corneta, cuyo instrumento, rebotó entre las piedras. Un momento después, se desplomó aquel valiente enemigo, cayendo de costado.

Ya la pólvora de los disparos había enturbiado la atmósfera con una nube blanca y espesa, y su olor acre y excitante llenaba el espacio donde resonaban desordenadamente las detonaciones, entre los gritos del enemigo que subía el cerro y las voces de mando de los oficiales.

—¡Viva la santa de Cabora! ¡Muera Lucifer!—y nutridas descargas acompañaban á estas extrañas palabras.

El capitán Molina iba de un lado á otro, animando, animando á todos; y gritaba enronquecido para contestar dignamente:

—¡Viva el supremo Gobierno! ¡Viva la República Mejicana!

—¡Adelante, muchachos! ¡Adelante! ¡Viva el 9.º batallón!—rugía Torrea.

Un momento de ánimo hizo avanzar atrevidamente las secciones; todos se entusiasmaron.

—Sí, sí, adelante para que vean que el 9.º nunca pierde!... ¡Viva el general Díaz!

Hubo un momento de calma, los soldados recordando su sangre fría después del primer estupor, bajaban agazapados, sudorosos y jadeantes; deteniéndose instintivamente ante los grupos de árboles y las altas rocas.

Un soldado, que iba á hacer fuego tras de una de ellas, soltó repentinamente su arma, rodando él, completamente ensangrentado. Era que el proyectil enemigo diera con el borde granítico de la piedra, hiriéndole el cráneo las astillas que hizo saltar.

El fuego enemigo menguó un poco, y al fin, encontraron el primer cadáver tomochiteco con dos anchas heridas en el vientre y la cabeza, la boca entreabierta, mostrando fuerte y blanca dentadura, sujetando nerviosamente la carabina.

—¡Viva el 9.º batallón!... ¡Viva el Gobierno!

Sin embargo, el enemigo no se dejaba ver y sus balas hacían horribles destrozos y sucedió que el relativo alineamiento que al principio llevaban las secciones, se perdió por completo en las asperezas del terreno; los soldados ya sin ninguna cohesión, demasiado sepa-

rados, se hallaron abandonados á sí mismos, y en vano algunos oficiales, también contagiados, intentaban ordenar otro avance.

Lo peor fué que á sus espaldas sonaron descargas. Aquello heló de pavor á todos. ¿Qué sucedía?

Les tomaban por la retaguardia. ¿Pero cómo se había verificado aquello?... Se encontraron entre dos fuegos y un soldado herido en la espalda cayó muerto.

Hubo un terrible instante de indecisión y algunos intentaron retroceder.

En vano los oficiales se esforzaban conteniendo el principio de la desbandada; pero también á ellos se comunicó el pánico.

—¡No corran, no corran!..... ¡Cobardes, á dónde van!—les gritaban.

A su retaguardia el fuego aumentó. Algunos, volviendo la espalda, contestaron; pero Castorena, que venía á todo correr, bajando á saltos, les gritó:

—¡No tiren atrás, no tiren para allá; son los nuestros, es la segunda compañía que no sabe dónde estamos! ¡Que no tiren!

Pero como muy pocos oían sus palabras, perdidas en el estruendo precipitado de las detonaciones y los gritos, nadie atendió, y se empezó á tirar en todas direcciones, como si súbita locura hubiérase apoderado de aquellos hombres, combatiendo contra los enemigos invisibles de la Selva-Montaña.

Ah! lo que más angustiaba en aquella terrible situación, más que la atroz incertidumbre del enemigo,

respecto á su fuerza y número, era la falta de dirección y de órdenes superiores, por lo que la vacilación aumentó, y un verdadero pánico reinó, cuando se oyeron á la espalda aquellas malditas descargas que acabaron con el resto de moral que quedaba!

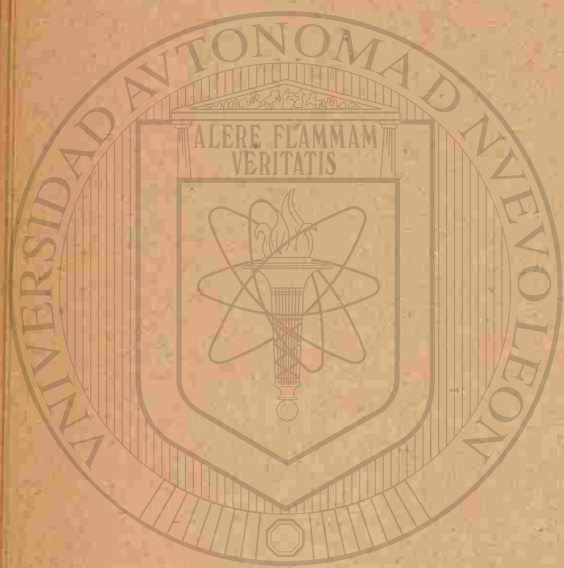
El humo de la pólvora, el estruendo de las descargas, el silbido de las balas y los alaridos feroces del enemigo, que por todas partes los rodeaban, hicieron de aquel rincón de la montaña el país del vértigo en un momento de pánico!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES" ®

Ed. 1925 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XIV

Con razón Miguel estaba festupegado!... Creyó volverse loco ante aquel suceso inaudito, inverosímil.

Cada soldado, oyendo silbar las balas en torno suyo y viendo caer compañeros á su lado, disparaba su arma sin saber adonde, creyendo tener al enemigo á su alrededor, en todas partes; y lo peor era, que no había ni por donde huir, perdidos como estaban en el fondo de la selva.

En tanto, á su frente, reaparecía el enemigo y tornaban á alzarse feroces y terribles aquellos extraños gritos de guerra:

—¡Viva el Gran Poder de Dios! ¡El Poder de Dios nos valga!

Un joven recluta, apenas de dieciocho años, aga-

zapado tras de un árbol, se batía y gritaba también furioso y heroico:

—¡Viva el 9.º batallón! ¡A nosotros que nos valga nuestra Señora de Guadalupe!

El enemigo, oculto perfectamente tras de los pinares, prosiguió avanzando de árbol en árbol y de roca en roca, saltando con una agilidad prodigiosa, precipitándose como tigres en medio de la granizada que tronchaba las ramas y hacía saltar en astillas las piedras.

Ya se empezaba á ver aquellos hombres altos y melnudos, de pantalones remangados, blusas blancas cruzadas por cananas, y sombreros de paja con lienzos blancos también.

Se les descubría al frente, saltando de un lado á otro; á veces solo se veían asomar entre el ramaje, los cañones de acero de las carabinas que envolvían el árbol en una nube de pólvora.

Aquel heroico soldadito apuntó á un hombre que á unos ocho pasos de él, hacía fuego; pero éste, de un gran salto, quedó á su frente, y allí á boca de jarro, le disparó en el pecho la carabina. Cayó el soldado de espaldas, y en ese instante, una bala rompiendo la rodilla de su enemigo le hizo caer á su lado; inmediatamente se incorporó éste preparando su arma; pero al ver que el moribundo, haciendo el último esfuerzo, le apuntaba aún vagamente, sin poder tirar del llamador, le apuntó á su vez, descargando de nuevo sobre él su carabina en el instante en que el otro lograba disparar también su fusil.

Los dos valientes quedaron muertos instantáneamente, uno al lado del otro.

Si hubiesen entonces seguido el movimiento de avance, los combates cuerpo á cuerpo hubieran seguido, con ventaja de los federales; pero ya la desorganización era completa.

Las tres secciones de la primera columna estaban mezcladas y ocupaban un gran espacio, por lo que no escuchaban las órdenes, sino unos cuantos.

Era imposible verdaderamente seguir adelante en aquel desorden, aunque se conocía que el enemigo, escasísimo en número, podía ser arrollado si se intentase un empuje; pero el desaliento y el cansancio eran inmensos, y sobre todo, hacían fuego sobre las secciones, á su retaguardia y las balas en todas direcciones silbaban.

En el momento en que el capitán Molina, jadeante de fatiga, con el rostro enrojecido; con voz apenas inteligible por la cólera, gritaba dando órdenes, un sargento le comunicó muy conmovido, que el teniente Pablo Yepes que mandaba la primera sección, estaba herido de muerte.

Casi al mismo tiempo se retiraba del combate el subteniente Delgadillo, con una pierna atravesada por una bala.

Este valiente oficial, heroicamente animaba á su sección, cuando fué herido al lado del cadáver de un sargento segundo.

Castorena, enfurecido, corría de un lado á otro,

haciendo volver á su puesto á los que lo abandonaban, multiplicándose en medio del desorden, sublime verdaderamente en la ira noble que manifestaba.

—¡Pero con una *caramba*, que no nos sigan tirando aquellos brutos!

— Oh! nos estamos fusilando nosotros mismos! ¡Qué sucede pues!—le contestó Miguel admirado de aquel valor que no le suponía.

Y era, en efecto, que aquello se convertía en una catástrofe espantosa.

El fuego á retaguardia aumentó, y como caían heridos y cadáveres, y como no se obedecía á nada ni á nadie, se hizo sentir un terror pánico.

Los soldados en dispersión, principiaron á huir arrojando las maletas.

¡Era el sálvese el que pueda!... ¡la derrota!

La consternación contagiando á los más animosos, hizo retroceder á toda carrera y sin rumbo fijo á los soldados, que se reunían temblando y azorados, en los sitios más lejanos del cruce de las balas.

Miguel en aquel instante crítico sintió un arranque de suprema indignación y suprema cólera.—¡Ah! con que así se perdían las batallas y era la explicación de las hecatombes! ¡No era esa la guerra con que había soñado al leer la historia de las grandes campañas históricas!

Tuvo al fin que retroceder, él también, contaminado por el temor, en tanto que allá en lo alto, la sección

que les hacía fuego se retiraba en desorden, suspendiéndolo.

Castorena, de pie sobre una roca, sin kúpis, agotados sus cien cartuchos disparados pródigamente, blandiendo feroz su carabina, loco, amenazaba *romperles el alma* á los que corrían, los que no le hacían caso, perdida toda moral y disciplina en el vértigo de la derrota.

—¡No corran, no corran! ¡Media vuelta y á ellos! ¡Viva el noveno!

Miguel, enternecido y avergonzado, pasó junto á él abrigándose tras de la peña que le servía de pedestal, tratando de convencerle de su inútil temeridad.

El no le hizo caso y llorando de rabia:

—Vengan, vengan acá, en campo raso, ¡cobardes!—repetía, completamente ronco.

¡Había que ver á aquel bravo muchacho desgarrado y polvoroso, de pie sobre su roca, erizados los rojos cabellos, con las lágrimas en los ojos, haciendo molinete con su carabina, entre espesísima nube de pólvora!... ¡Había que verle!...

El capitán Molina había logrado reunir entre los que retrocedían, algunos valientes que formaban tras compacto grupo de arbustos, un núcleo de defensa, una fortaleza heroica que acogía á los que quisiesen resistir.

—¡Eh! ¡Castorena, Mercado, por aquí, *agáchense, agáchense!*—les gritó.

Y al fin los dos, uno tras otro, con la carabina en la mano, corriendo de abrigo en abrigo, remontaron el

cerro, oyendo los gritos salvajes de ¡Viva Nuestro Señor Jesucristo! ¡Viva María Santísima!

En el improvisado reducto en que se defendía aquel pelotón de soldados, se hacía con ventaja muy dura resistencia. Cerca de él había tres cadáveres de *tomoches*.

Por entre las piedras y rocas, amontonadas naturalmente entre los troncos de los pinos que se elevaban rectamente hacia el cielo, se veían los képis y los cañones de los fusiles que centelleaban á los rayos del sol que penetraba á través del alto ramaje, cuyas hojas descendían despedazadas por las balas enemigas.

Al fin lograron llegar y Miguel, extenuado, se echó en el suelo, decidido á que le mataran allí, pero descargando un poco.

Sentía un calor de infierno y sudaba á chorros. Hubiera dado su porvenir en ese instante por un trago de agua.

Eran las once del día.

Allí, arrodillados ó *pecho á tierra*, quince ó veinte soldados, cuatro oficiales y el capitán, hacían fuego, cazando á los enemigos que podían ver; pero estos ó habían retrocedido, ó cargaban sobre la 2.^a columna que debía estar á un costado, pues hacia ese rumbo, el traqueteo de las detonaciones redoblaba.

Un grupo de hombres de aquella, pasó á lo lejos, huyendo entre los árboles; un oficial á la cabeza gritaba en el estruendo de las descargas:

—¡Viva el once fino!... ¡viva el once fino!

—¿A dónde va usted, compañero?—le gritó el capitán, corriendo á él, para ir á cortarle el paso.

—Señor, á tomar mejor posición posible á retaguardia, porque...

—¡Vaya usted á su puesto inmediatamente!

El oficial, avergonzado, regresó lentamente, agazapándose entre los árboles.

¡Era el que en la mañana se lamentaba de *quedarse sin tajada!*



La segunda columna que quedó á retaguardia de la primera avanzó tomando la izquierda de ésta, dejando entre ambas un intervalo considerable. Recibió orden de desplegar en tiradores *únicamente* su primera sección; sus otras dos secciones permanecieron en lo alto, mientras aquélla adelantaba sus alas para proteger un ataque de flanco.

Y en efecto, mientras la primera columna era asaltada de frente, la segunda lo fué por la izquierda.

Los mismos accidentes del terreno, la misma naturaleza del suelo, salvaje y abrupto, dió á este combate el mismo aspecto del que se librara á la derecha.

Aquellos valientes montañeses lanzaban sus gritos terribles, y con certeza prodigiosa repartían la muerte.

—¡Mueran los pelones! (1) ¡Viva María Santísima!— también gritaban por aquel lado.

Las dos columnas, paralelamente, debían descender por el cerro y desde la base de éste dirigirse á tomar las primeras casas del pueblo, llevando como reserva la tercera columna, protegidos todos por los fuegos de cañón.

Los tenientes coroneles que mandaban cada una de aquéllas, daban órdenes á retaguardia, recibéndolas á su vez, del general en Jefe por conducto de los *nacionales*.

Pero el intervalo entre las dos primeras columnas fué demasiado grande, por lo que sucedió que un pelotón de audaces tomochtecos logró intercalarse en el intervalo haciendo fuego sobre sus flancos y tomando en parte la retaguardia de la sección desplegada, la que al verse batida por tres fuegos, desesperada, contestó en la angustia de su situación en el bosque, haciendo fuego á todos lados.

Las secciones de retaguardia sintiendo llegar á través de la espesura, un huracán silbante de balas, desplegaron en desorden, y en desorden dispararon hacia abajo, aniquilando las secciones de frente.

¡Aquello fué el caos de la muerte, el momento de una desesperación inmensa! Ni una voz de mando que se escuchara, nadie que se comprendiese... Todos hacían fuego de una manera estúpida.

(1) Así suelen llamar en los pueblos de la sierra de Chihuahua á los soldados federales.

Había heridos en la espalda, muertos con las sienas atravesadas, cadáveres con las frentes hechas pedazos...

La confusión era espantosa, la pólvora cegaba por completo y los hombres rodaban entre las piedras; mientras los enemigos, sin llevar las carabinas al hombro, sino colocándolas bajo el brazo rápidamente, descargaban.

Mandaba la primera sección de esta columna, el capitán 2.º Emilio Servín, joven delgado, de rostro huesoso, bigotito castaño y ojos pequeños y brillantes, sumamente bilioso y colérico... Estaba literalmente loco de rabia.

Al ver aquel gran desorden y á su gente corriendo en todas direcciones, sin saber á punto fijo por donde estaba el verdadero enemigo, aullaba renegando y golpeando con su carabina á los que huían.

—¡Entren, cobardes!... ¡Viva el Gobierno!... ¡No corran ca...nallas!—vociferaba, rojo de cólera y con los ojos saliéndose de las orbitas...

—¡Siganme, no sean cobardes!—y sin reflexionar, impulsado por una desesperación inaudita, saltó temerariamente por entre los matorrales; llegó á un gran claro que se hacía en el monte, sin que nadie se atreviera á seguirlo, y allí, solo, y á descubierto, soberbio, hizo fuego sobre uno de los enemigos que saltaba hacia lo alto del monte.

No tuvo éxito y cayó atravesado de una bala en el pecho, y como al pasar junto á él, aun moribundo,

les lanzara una blasfemia, le dispararon otro tiro que le atravesó una pierna.

Algunos soldados, tras de los árboles y rocas, vieron cómo, por último, el joven capitán levantó la carabina, tratando de incorporarse para hacer fuego; pero se desplomó boca abajo, muerto, con la boca abierta y espumeante, mordiendo los guijarros de la sierra, á la que con los brazos abiertos parecía abrazar en la última convulsión trágica...

¡Fatal coincidencia! Domingo Alcérreca, capitán 2.º de la primera columna, lanzado por el huracán de dispersión que en ese momento también soplaba sobre ella, había llegado al mismo punto, y allí junto á su infortunado compañero cayó con el cráneo hecho pedazos por tres proyectiles.

También los tenientes coroneles de las columnas, Gallardo y Villedas eran casi al mismo tiempo y en diferentes puntos, el uno atacado ferozmente de cerca y salvado por su asistente, y el otro herido en la cabeza, en la región frontal.

La dispersión fué inevitable entonces. Cada uno escapaba por donde podía, sin rumbo fijo, sin dirección alguna, saltando por entre los cadáveres y abandonando los heridos, que retorcían los brazos, incorporándose, desesperados, en las más lamentables posturas.

El campo erizado de rocas enormes, poblado de altos pinos, quedó regado de armas, cadáveres, heridos y maletas.

Un guiñon yaciente cerca del cabo que lo portaba, semejaba con su lienzo rojo, un gran charco de sangre escarlata, que hacía aún más pálido el rostro del cadáver que yacía á su lado, con la boca abierta y los ojos mirando inmóviles el cielo resplandeciente y hermoso.

Cesó el estruendo de las descargas; solamente uno que otro tiro que repercutían los ecos de la sierra ó la detonación tremenda del cañón que aun vomitaba proyectiles sobre el pueblo, se escuchaban.

Había terminado el combate.



les lanzara una blasfemia, le dispararon otro tiro que le atravesó una pierna.

Algunos soldados, tras de los árboles y rocas, vieron cómo, por último, el joven capitán levantó la carabina, tratando de incorporarse para hacer fuego; pero se desplomó boca abajo, muerto, con la boca abierta y espumeante, mordiendo los guijarros de la sierra, á la que con los brazos abiertos parecía abrazar en la última convulsión trágica...

¡Fatal coincidencia! Domingo Alcérreca, capitán 2.º de la primera columna, lanzado por el huracán de dispersión que en ese momento también soplaba sobre ella, había llegado al mismo punto, y allí junto á su infortunado compañero cayó con el cráneo hecho pedazos por tres proyectiles.

También los tenientes coroneles de las columnas, Gallardo y Villedas eran casi al mismo tiempo y en diferentes puntos, el uno atacado ferozmente de cerca y salvado por su asistente, y el otro herido en la cabeza, en la región frontal.

La dispersión fué inevitable entonces. Cada uno escapaba por donde podía, sin rumbo fijo, sin dirección alguna, saltando por entre los cadáveres y abandonando los heridos, que retorcían los brazos, incorporándose, desesperados, en las más lamentables posturas.

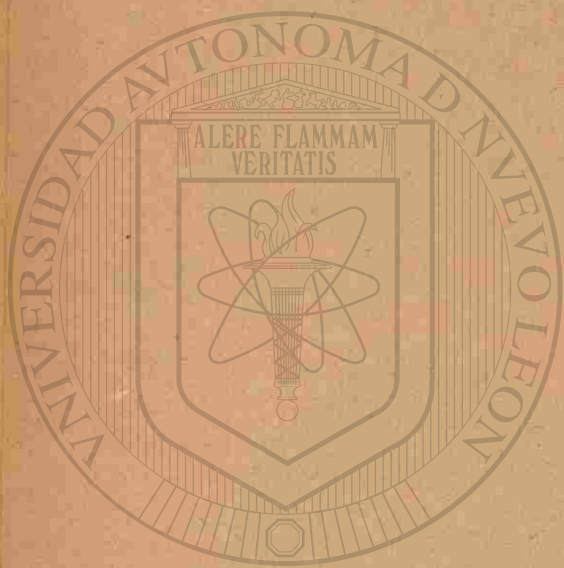
El campo erizado de rocas enormes, poblado de altos pinos, quedó regado de armas, cadáveres, heridos y maletas.

Un guiñon yaciente cerca del cabo que lo portaba, semejaba con su lienzo rojo, un gran charco de sangre escarlata, que hacía aún más pálido el rostro del cadáver que yacía á su lado, con la boca abierta y los ojos mirando inmóviles el cielo resplandeciente y hermoso.

Cesó el estruendo de las descargas; solamente uno que otro tiro que repercutían los ecos de la sierra ó la detonación tremenda del cañón que aun vomitaba proyectiles sobre el pueblo, se escuchaban.

Había terminado el combate.





CUANDO aquella noche del 16 de Octubre, salió Miguel dando el último beso á Julia, prometiendo verse allá en Tomochic, ella temblando se echó en la amplia cama y allí, bien arropada, esperó temerosa la llegada de Bernardo.

Sentía la candente impresión de las caricias de Miguel y le parecía un sueño aquella hora de delicias supremas, aquel despertamiento de su sér á las primeras impresiones del amor. El recuerdo de todo eso fué una delicada fruición, un tanto amargada por el temor de su partida para el pueblo, en donde tanto había sufrido.

Inquieta y febril, dió vueltas en el lecho, sobresaltada á cada momento por los ladridos lejanos de los perros, que llegaban hasta ella como fatidicos rumores.

La pobre muchacha en su cerebro inculto é igno-

rante, pero vasto y sólido, intentaba resolver el problema de su vida y meditaba sobre el porvenir, ya formando cuadros risueños de amor y de ventura, ó pintándose con negros colores panoramas sangrientos, escenas trágicas y cuadros de muerte.

Amaba ya con todo su corazón juvenil y virginal, á Miguel, á aquel joven que se le presentaba hablándola de amor y de ternura, realizando el mejor de los sueños de su vida y arrojando en la noche de su infortunio un rayo esplendoroso de esperanza. Pero... y precisamente por eso, también pensaba con terror en que ella iría á Tomochic con su padre, con Bernardo, con Cruz, quienes combatirían contra él; que le matarían indudablemente y que acaso á la puerta misma de su casa, vería su cadáver ensangrentado, con los ojos abiertos ligeramente como para mirar por última vez á la mujer amada!

Y en vano en aquella hora de fiebre y de espera trataba de dormir... ¡imposible! con tenaz obstinación tornaban á su mente las imágenes halagüeñas ó fatídicas que le presentaban y le volvían á presentar, arcángeles de gloria protegiendo sus amores ó espectros monstruosos señalándole cadáveres.

Por fin, á las tres de la mañana empujó Bernado brutalmente la puerta; había desaparecido en él la embriaguez que le había postrado en la noche y venía á preparar la partida hacia el pueblo, para avisar la llegada de las fuerzas con un día de anticipación, pues

sabía que hasta en la tarde emprenderían éstas su marcha.

—¡Eh! ¡levántese, amiga, á qué hora piensa que nos vamos!

—Ahorita; mande, señor.

Julia se levantó precipitadamente, tiritando un poco con el frío duro de la madrugada, se puso las enaguas y el saco, y empezó á ayudar á empacar la ropa, mientras él iba al corral á sacar las bestias y á amarrar las gallinas y gallos, que empezaron á alborotarse.

Mariana, como siempre, mecánicamente, hacía los trabajos más duros, yendo y viniendo con una vela en la mano.

Después, cuando estuvo ya todo listo, los dos asnos cargados con ropa, ollas, algunos envoltorios de café *torrificado*, unas botellas de *sotol*, las gallinas sujetas de las patas y algunos cachivaches más. Bernardo mandó hacer fuego, quemando una tabla vieja, y todos tomaron café hirviendo, con unos tragos de aquel aguardiente.

A las cinco de la mañana emprendieron la marcha, él en una mula y las dos mujeres en fuertes asnos.

Durante el camino, Julia, sumamente excitada, no pronunció una sola palabra, sometida como siempre á su destino de víctima.

Bernardo, que conocía perfectamente todos los caminos de la sierra, atravesó con audacia montes, tomando uno apenas transitable, bordeando los precipi-

cios, silencioso en su mula, empujando cada cuarto de hora la botella de *sotol* sin volver el rostro hacia las dos mujeres que le seguían, sentadas en los jumentos, los que con los cascos herrados, hollaban con firmeza las gigantes asperezas de aquellos montes que se suceden unos á otros con la misma fiera majestad.

La infeliz muchacha, envuelta en un grueso *poncho* americano á causa del viento glacial de la sierra, sentada habilmente en su cabalgadura, abiertos y sin fijeza sus grandes ojos negros, suspiraba de cuando en cuando, saltándosele gruesas lágrimas que no enjugaba.

Ahl aquella criatura de precoz inteligencia, natural vivacidad y sensibilidad exquisita, no debía haber nacido en aquel medio ambiente en que se agitaba un pueblo semisalvaje del que no tenía sino el supremo heroísmo y el raro valor de saber soportar dignamente la adversidad.

El día 18, á las tres de la tarde, llegaron á Tomochic, adelantados una jornada á las fuerzas que al día siguiente intentarían el ataque.

Encontraron el pueblo en la mejor actitud de defensa; claraboyadas las casas de los extremos, lo mismo que las paredes de la torre, vetusta y de un solo cuerpo, que se erguía al pie del Cerro de la Cueva, el que á su vez la domina situada como está, á pico sobre el valle.

Tomochic en realidad, pequeño en población, era sumamente extenso, por hallarse sus casas disemina-

das, ligadas sólo por veredas que serpenteaban á través de las milpas y terrenos donde pastaban los ganados.

Quince ó veinte familias, desde hacía algunos días habían huído hacia los otros pueblos de la sierra, lo mismo que los raros hombres que no quisieron tomar las armas.

La casa de Cruz Chavez, sobre todo, era una verdadera fortaleza, perfectamente atrincherada y con tres líneas de aspilleras.

En ella vivían también sus hermanos José y Manuel, con sus mujeres y cuatro niños.

Un gran cerco de empalizadas solidamente revestidas de alambres con púas, encerraba dos grandes jacalones de adobe durísimo: en el intermedio de éstos había un horno, y á su lado sobre un pedestal blanqueado, una alta cruz de madera de cuyos brazos pendían listones blancos.

Uno de los jacalones contenía cincuenta y uno de los prisioneros hechos en el combate del día 2 de Septiembre.

El otro, más grande y más sólido, era la casa propiamente dicha, compuesta de tres cuartos unidos entre sí. Una sola puerta daba entrada al del centro, por el que se pasaba á los dos de los extremos.

En aquel vivían las familias de los tres hermanos, y de los otros, uno servía de bodega y depósito de municiones, y el otro, de oratorio particular de aquel nuevo pontífice del desierto, *Sancta Sanctorum* á la

que raros penetraban, al que era también, gabinete de trabajo del caudillo y alcoba del jefe de la familia.

Bernardo contó á Cruz todo lo que sabía de las fuerzas que en la mañana del día siguiente atacarían el pueblo, bajando por el Camposanto ó tomando el cerro de la Cueva que dominaba todo el valle.

Cruz, sentado cerca de la chimenea donde hervía una gran olla de café, meditó bajando sobre el pecho su cabeza melenuda; después la levantó con fiereza digna y con los labios plegados por leve sonrisa, contestó:

—No importa!... los soldados de Jesucristo no pierden... las derrotamos de nuevo. Mira, hoy nos llegaron de Yopomare seis más, de suerte que tenemos, contando á los muchachos, 113. He formado cinco guerrillas; le he mandado matar su última res á Reyes Domínguez, y las mujeres ya están cociendo gallinas y maíz. Dios nos protege. ¡Vamos á la bendición! —y saliendo de la casa, se dirigieron por una vereda á la iglesia, cuyo atrio cercado de paredes, estaba completamente lleno de hombres que lo esperaban, todos con sus carabinas y con sus cananas provistas de cartuchos.

Los que estaban sentados en las gradas que servían de pedestal á una gran cruz que se hallaba en el centro, se pusieron en pié, respetuosamente, á la llegada del caudillo. En el atrio cubierto de lápidas fúnebres y algunas cruces pequeñas, había más de noventa hombres, vestidos con blusas blancas ó azules, pantalones de piel ó de pana y *teguas* altas, hasta las rodillas; una *canana* cubierta de cartuchos engrasados, les atravesaba

ba diagonalmente el fornido busto, y otra les ceñía la cintura.

A los sombreros de palma, de alas recogidas, estaban atados pañuelos ó lienzos blancos, que caían sobre las cabelleras incultas, sombreando rostros barbudos de ojos negros y centelleantes.

La alta estatura de Cruz, sus anchas espaldas, y barba espesa, negra y encrespada encuadrando su rostro varonil de frente espaciosa, no obstante los mechones de pelo que caían sobre ella, le daban un aire de majestad imponente y salvaje.

Los grupos se abrieron pasando él entre ellos. Entró en la vieja iglesia, sin quitarse el sombrero; subió al altar donde había un gran crucifijo; le volvió la espalda, y allí, en pie, esperó que entrase su gente.

Cuando todos estuvieron dentro, apoyando en las losas las culatas de sus carabinas, en actitud de escucharle, Chavez con voz sonora, clara y limpia, dijo:

—Hermanos, hijos de Jesucristo y de Nuestra Santa Madre María, prepárense mañana confiados siempre en *el gran poder de Dios*, á destruir y mandar á los infiernos á los impíos hijos de Lucifer que quieren gobernarnos con sus leyes y quitarnos nuestra libertad!

Nos tratan como á bestias; nos quitan nuestros santos: nos quitan el dinero y el Gobierno nos manda soldados que nos maten... ¡Pero nosotros peleamos por el Reino de Dios!... María Santísima nos ayudará.

Nosotros no moriremos porque los que llevan la Cruz no pueden morir, si caemos heridos y al parecer

muertos, resucitaremos como Nuestro Señor, al tercer día, para poder acabar con los enemigos de Jesucristo.

¡Venceremos gritando: viva el Gran Poder de Dios!

Después sacó de la bolsa de su blusa, unos papeles, los desdobló y continuó en un tono familiar:

—He dispuesto cinco guerrillas, la primera la mando yo y se quedará aquí, en la iglesia; la segunda la manda Manuel, aquí está la lista,—se la alargó á su hermano que estaba á su izquierda,—y se vá con la tercera y cuarta que mandan ustedes (señalando á Carlos y Víctor Medrano, tendiéndoles las listas que éstos tomaron) al Camposanto; la quinta la mandan Pedro Chaparro y tú,—y señaló á Bernardo,—y va al cerro de la Cueva. Ahora ¡á hincarse!

Todos se arrodillaron bajando las cabezas; él se irguió, puso el brazo izquierdo en jarra, echando hacia atrás con un movimiento de hombros el *poncho* á cuadros negros y rojos que llevaba como un manto y que cayó á sus pies, y contempló á todos con esa mirada irresistible, acerada y dura, que caracteriza las grandes figuras militares de la historia.

Estaba impotente con su aire de conquistador y pontífice, excitando á los suyos al combate en el nombre de Dios y sus santos; resplandeciendo deslumbrante ante el fanatismo de aquella gente heroica, formidablemente armada con aquellas carabinas Winchester, en sus manos tan terribles.

Solo Bernardo permaneció en pie, sonriéndole maliciosamente; pero el pliegue que se formó en el entre-

cejo de Cruz, acentuó de tal manera la dureza de su mirada, que palideciendo ligeramente se arrodilló y bajó también la cabeza.

Y entonces, el caudillo extendió majestuosamente la mano derecha y las bendijo en el nombre de Dios y de la Santísima Trinidad!

Todos salieron á hacer sus últimos preparativos, quedándose él solamente con los jefes designados, para explicarles su plan y darles instrucciones.

Este estaba hábilmente basado en la táctica que conocía por intuición. El fraccionamiento en guerrillas lo imponía la naturaleza del terreno: Cruz comprendía que el enemigo bajaría al pueblo por el cerro del Cordón de Lino y se apoderaría del Camposanto, ó tomaría el cerro de la Cueva, llave de la posición, para dominar la iglesia y el núcleo de las casas en cuyo centro se hallaba la de Cruz que estaba convertida en arsenal y en depósito de víveres, dos únicos reductos que en caso apurado podrían tener. Así es que por eso guarneció el Camposanto con tres guerrillas que destacarían algunos hombres inteligentes, en el cerro, para anunciar la aproximación del enemigo, al cual en extensa línea de tiradores batirían en la espesura del monte, en tanto que la quinta guerrilla, establecida en el cerro de la Cueva, á la izquierda del de Lino, mandada por Pedro Chaparro, atacaría al enemigo de flanco, mientras este se batía al frente.

La primera guerrilla, compuesta de veinticuatro hombres, se fraccionaría en dos, una en su casa y otra

en la torre, desde donde él observaría las fases del combate, transmitiendo sus órdenes por medio de un Estado Mayor de quince ó veinte muchachos, vivos, audaces y agilísimos en correr y trepar por los montes.

Previno, que en cuanto el enemigo se encontrase en la difícil bajada del cerro, se tomara la ofensiva, demostrando en esto una intuición maravillosa del moderno arte de la guerra.

Comprendía perfectamente que allí podría aniquilarlos.

Encareció la importancia trascendentalísima de suprimir los oficiales y jefes, enseñando cómo debían reconocerse estos.

A las mujeres impuso la dura faena de practicar aspilleras, moler el maíz, hacer *tasajos* de carne, preparar hilas para los heridos y otros trabajos de esta índole.

A las seis de la tarde, se reunieron todos los hombres, en el patio de su casa, dentro de la empalizada; allí se cercioró de que todos estaban listos, bien municionados y provistos de *pinole* (maíz molido) gordas y *tasajo*; reconoció los escapularios é imágenes de la Santa de Cabora, y después cada jefe seguido de su guerrilla, marchó á su puesto.

Entonces, las mujeres, algunos niños y siete ancianos enfermos y achacosos, se trasladaron á la iglesia, donde debían pasar toda la noche rezando. Solamente la familia con la mitad de su guerrilla, quedó en su casa, convertida en cuartel general.

Visitó á los prisioneros, escogiendo entre ellos á cinco de los que manifestaron querer tomar las armas para defender su causa; á los demás hizo que se les llevase carne, harina y tinajas con agua. Después entró en su casa yéndose á sentar muy pensativo cerca de la chimenea donde ardía un fuego que su mujer atizaba en silencio, sin atreverse á mirar el rostro sombrío y hurraño de su marido.

Sus cuñadas la contemplaban tristemente, sentadas en el borde de sus camas.

—¡Faltan tres minutos para las ocho!—dijo Cruz de repente, viendo la carátula de su viejo reloj de plata que llevaba en la bolsa de su blusa—rezaremos el rosario.

Se arrodillaron delante de una sucia imagen de papel, clavada en la pared, y allí murmuraron un extraño rezo, compuesto por Cruz.

Cuando éste terminó, sin decir una palabra, pasó á su cuarto cerrando tras sí la puerta, dejando á las mujeres inmóviles y absortas, contemplando vagamente el fuego chisporroteante de la chimenea.





XVII

SENTADA en un cajón forrado de cuero, estaba Julia, abrumada por la fatiga de una larga y dura jornada por el recio camino de la sierra.

Se hallaba muy pálida y solo sus hermosos ojos negros reflejaban los rojizos resplandores de la chimenea; tenía las manos caídas con abandono y la boca contraída por un gesto nervioso.

Mariana dormitaba acurrucada en un rincón sobre una piel de venado, en tanto que las otras cuatro mujeres, las tres de los Chavez y la hija de Cruz, sentadas en cada cama, intentaban contener los sollozos que les arrancaba secreta angustia.

Había un silencio profundo, ese silencio enorme que precede á las grandes catástrofes y que prepara el desenlace de todas las tragedias. Ni siquiera los perros

ladraban, habiendo cesado ya todo movimiento nocturno.

—Tú estás cansada, hija, acuéstate,—dijo á Julia la mujer de Cruz, compadecida del dolor que la niña manifestaba; pero ésta contestó vivamente:

—No, señora, tenemos que velar, así lo quiere el Señor—y después de suspirar, añadió:

—Tengo mucho que rezar á la Virgen,—y sus ojos preñados de lágrimas se dirigieron al cielo como demandando misericordia.

Y de nuevo el silencio volvió á pasar fatídicamente sobre tanta amargura.

De pronto llegó de afuera un gran murmullo y vagos rumores mezclados con detonaciones que prolongó el eco de las montañas. Luego todo cesó, y pasados algunos minutos llamaron á la puerta. Julia abrió, entrando un hombre envuelto en un gran cobertor rojo.

—¡El poder de Dios nos valga! ¿Está Cruz?—preguntó descubriéndose y descubriendo su carabina cuyo cañón brilló á los reflejos de la chimenea.

Entonces Cruz, sereno y tranquilo, se asomó á su puerta y con voz firme dijo al recién llegado.

—Entra, Pablo.—y éste pasó tras él, al oratorio.

Era Pablo Calderón, que venía de Pinos Altos, donde se hallaba en observación de un destacamento del 11.º que guarnecía ese punto, cerca de la frontera de Sonora; traía terribles noticias.

De aquel Estado venía una fuerte columna de más de quinientos hombres, al mando del coronel Torres;

traía más de 200 hombres de Guaymas y Navajoa, terribles indios de la sierra de Taruhumara, y de las tribus ópatas, muy temibles por su arrojo y su audacia; una sección del 12.º batallón; otra del 24.º y el destacamento del 11.º que se le incorporó.

Debían atacar el pueblo á las siete de la mañana del día 20 de Octubre, bajando camino de Pinos Altos.

Pero lo más alarmante era que *San José* había sido hecho prisionero y fusilado acaso en aquellos momentos.

Después que Pablo hubo enterado de esto á Cruz, éste le ordenó que de tales noticias guardase un absoluto silencio.

Y sin inmutarse, pues ya sabía la primera parte de las noticias aunque no que el coronel Torres atacase el mismo día, adivinando que el asalto sería simultáneo, cambió sus disposiciones y él mismo, fajándose una canana y tomando su carabina, seguido de Calderón, á pasos de lobo, se encaminó por las veredas sinuosas del valle, al Camposanto, en el extremo del pueblo, despertando los perros de las casas cuyos ladridos se multiplicaron á lo lejos en el silencio de la noche.

Allí comunicó á su hermano Manuel y á Jesús Medrano, que con sus dos guerrillas ocupasen en el extremo las casas, junto al río, poco ancho y profundo en aquella época, que pasa al Oeste del pueblo.

Así se hizo, quedando al pié del cerro del Cordón de Lino solo una guerrilla, y las otras dos tras el río,

cuyo paso debían defender de las fuerzas que venían por el lado del Oeste.

Al rayar el alba extendiéronse las dos guerrillas á lo largo del margen entre las milpas, hasta cubrir todo el frente de los cerros del Norte y N. O.

A retaguardia, Cruz, con la primera guerrilla, permaneció de reserva, dependiendo su actitud de las circunstancias en que se presentara el combate.

En tanto, los hombres acampados en el cementerio se desplegaron al pie del cerro del Cordón del Lino, mientras Pedro Chaparro disponía también en tiradores los suyos en el cerro de la Cueva, á derecha é izquierda de este, dispuesto á dar frente ó por su derecha al general Rangel, ó por su izquierda al coronel Torres.

A las seis de la mañana empezáronse á distinguir algunos hombres de las columnas que venían de Pinos Altos y ocupaban los cordones de los cerros. Después se detuvieron y esperaron sin duda la señal de las columnas que venían de Guerrero. Pero estas no llegaban aún y en vano se repetía por el corneta de órdenes del Coronel, la contraseña *atención, parte y rancho*, sin obtener al otro extremo del valle, más respuesta que el mismo toque contestado y multiplicado inmediatamente por el eco.

Cruz comprendió instantáneamente todas las ventajas que podía sacar de aquella situación, si se provocaba de cualquier manera el combate en aquel momento.

Así es que recorrió la dilatada línea de sus tiradores extendidos tras el río, en las milpas y tras una gran loma; les hizo avanzar ordenándoles que con el alza á 600 metros, apuntasen á los *cordones* ocupados por el enemigo, haciendo fuego con mucha calma, para obligarles á bajar, aniquilándoles en aquellos terrenos accidentados y cubiertos de sembrados y rastrojos, ó al pasar el río.

Principió un lento tiroteo, y media hora después, las columnas, ya casi en la falda, contestaban á los fuegos.

Al frente, al pie del cerro de la Cruz, los bravos *pimas* de Sonora armados de *remingtons*, apenas se podían contener, escuchando los gritos con que los tomochitecos los desafiaban enviándoles, de paso, algunas descargas.

Aquellos indios de Sonora, acostumbrados á la vida de la sierra, á la caza y la carrera entre sus asperezas, son terribles. Altos, fornidos y audaces, vestidos con blusas y pantalones azules y zapatones amarillos, se enardecían, dando también feroces gritos, haciendo fuego tras las rocas y los árboles.

Los de Tomochic, comprendiendo que eran los más temibles de sus enemigos, los excitaban á bajar y á trabar el combate en el llano, gritándoles:

—¡Bajen esos pimas! ¡Bajen esos valientes de Sonora! ¡Aquí estamos, aquí los esperamos! ¡Viva el Poder de Dios! ¡Muera el Gobierno!... ¡Muera Lucifer!

Sin embargo, había órdenes severísimas de no lle-

var aún un ataque á fondo sobre el pueblo hasta que contestasen las fuerzas de Chihahua, que con gran desesperación del valiente coronel Torres, que había sido puntual, no llegaban.

Pero el destacamento del 11.º que mandaba el capitán Castro y donde iba precisamente el mismo sargento Zabala que con aquel capitán había derrotado hacía un año á los montañeses aun débiles, había principiado, sobre la izquierda, el combate, atacando muy de cerca y ferozmente á los serranos. Los federales contestaron haciendo fuego, animados un tanto con los gritos de:

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el undécimo batallón.

Por fin, se escuchó ya en medio de las primeras descargas, la ansiada contraseña que del otro lado de los cerros, débilmente repetía el toque de *atención, parte y diana*.

A paso veloz y por tramos fueron avanzando las columnas de la sección del 24.º, pimas, y 11.º, en tanto que el 12.º subía el cerro de la Medrano que con su alta cima domina perfectamente el valle, como el de la Cueva.

Los del pueblo se retiraron lentamente haciendo un fuego vivo y certero que contenía á los asaltantes á buena distancia.

Sólo aquellos famosos indios de Sonora avanzaban audazmente como dignos adversarios de aquel terrible enemigo. Pero era desventajosisima la posición de

aquellos que á descubierto en lo alto de lomas pedregadas, eran cazados desde la torre de la iglesia ó por los tiradores ocultos en las milpas, enemigos que retrocedían por táctica, para anonadar al adversario ante las primeras casas.

Una vez en ellas, haciendo fuego por las claraboyas practicadas en las paredes, contuvieron á los asaltantes, que después de pasar el río, viendo más peligro en volver la espalda que en arrojarle hacia adelante, con ímpetu, jadeantes, arrodillándose á trechos para hacer fuego, y continuando después la carrera, tronchando las cañas y saltando por entre piedras, se estrellaron contra los fuegos certerísimos de las casas convertidas en *blockhouses*.

Un sargento primero del 11.º en el momento en que arrodillado apuntaba á una cabeza que á lo lejos sobresalía de una roca, cayó herido de muerte en la frente; y lo extraño fué que en la misma posición quedó, con el arma entre las dos manos, en actitud de apuntar, con las cuencas de los ojos, vacías; el cañón del fusil salpicado de sesos...

El combate generalizado ya en toda la línea, tomó en aquel momento un aspecto imponente. El humo de la pólvora excitaba, todos gritaban enronquecidos con gritos que dominaba el estruendo de las descargas; pero allá en el cuartel general del coronel Torres partió el toque siniestro de *media vuelta*, y hubo que retroceder, tras el heroico ataque.

El capitán segundo Francisco Corona, del 12.º bata-

llón, de bigotes grises de verdadero veterano, tronaba animando á su tropa al aproximarse á las casas.

—¡Adentro, muchachos!—les gritaba.—¡Adentro muchachitos! ¡El que se muere, se muere! ¡No hemos de morir de parto! ¡Viva el coronel Torres!... ¡Viva el 12.º batallón!

—Viva el Gran Poder de Dios! ¡Viva la Santísima



Trinidad!—contestaba el enemigo dentro de sus casuchas, cuyos adobes de un lodo duro como piedra, saltaban en pedazos al choque de las balas de los fusiles.

Cruz, seguido de la turba de muchachos que transmitía sus órdenes, iba y venía corriendo, agazapándose, gritando, dando órdenes, reanimando á todos y multiplicándose en todas partes.

Al amanecer, sus exploradores le avisaron que las

fuerzas que venían de Chihuahua estaban en marcha, por lo que la guerrilla que estaba al pie del cerro del Cordón de Lino seguía á la expectativa para actuar en cuanto intentasen bajar. Pedro Chaparro en el cerro de la Cueva cerraba el valle por el Sur.

Esperaba también al enemigo para flanquearlo entre el monte.

Replegáronse, pues, los tomoचितecos, que combatían con las fuerzas de Sonora, y tras las paredes de sus casas continuaron disparando y haciendo estragos en las filas enemigas.

Los apostados en lo alto de la torre no erraban tiro alguno y ya la carnicería era espantosa.

La sección del 12.º batallón que intentó llegar hasta la iglesia fué hecha pedazos y dispersada.

Los *pimas*, mas cautos, avanzaban á saltos trabando luchas terribles, cuerpo á cuerpo, dando salvajes alaridos, entre el estruendo fragoroso de las descargas crepitanes que se multiplicaban más y más.

El coronel Torres en la falda del cerro de la Cruz observaba con su antejo de campaña aquel desastroso combate, trémulo de cólera y de impaciencia.

Se repitió el toque de *media vuelta* y empezó una desastrosa retirada más peligrosa que el mismo ataque. Se dejó una huella de heridos y cadáveres...

El capitán primero Luis Telles cayó muerto; pocos momentos después el capitán Corona era herido en un brazo, y al poco tiempo lo fué en un pie.

Un subteniente era hecho prisionero, al mismo

tiempo que un cabo que corrió en su auxilio fué atravesado en el pecho por tres balas.

Un sargento segundo, llorando de rabia, loco de furor, con el fusil tomado con ambas manos por el cañón, gritaba, sin que nadie le hiciera caso, temblando su *piocha* cana de escasos pelos plateados:

—¡Viva el 12.º batallón, viva el coronel Torres, viva el general Rocha, los que estuvimos en la Bufo no corremos, viva el Gobierno!

Una bala le rompió la pierna y cayó de rodillas junto al cadáver de un corneta que tenía cuatro balazos en el pecho.

Dos soldados que volvían corriendo á incorporarse con el resto que se pasaba el río, bajo una lluvia de balas, trataron de llevárselo, y entonces él, frénético, dió un culatazo con su fusil en la cabeza de uno de ellos, gritándole enronquecido y ebrio de furor:

—¡Cobardes! los que estuvimos en la Bufo no *corremos*.... ¡Viva mi general Ro....—En aquel momento, y antes de que acabara la palabra, cayó de espaldas, atravesado el cráneo por una bala que debió de haber venido de lo alto de la torre.

Entre tanto el corneta de órdenes del general Torres continuaba tocando sin cesar, la contraseña convenida: *atención, parte y rancho*. Al fin se oyó en los cerros del Oriente la contestación, *atención parte y diána*. El General Rangel llegaba cuando las fuerzas de Sonora se retiraban diezmadas por completo.

A la sazón, allá de los montes del Cordón de Lino, se oía la furiosa detonación del cañoncito asestado sobre el pueblo.... pero.... la granada estallaba muy lejos. Después en su falda se oyó un vivísimo tiroteo que fué aumentando progresivamente.

Principiaban á batirse allá, al otro lado, en tanto que acá terminaban.





XVIII

MIGUEL siguió el grupo de valientes que encabezaba el capitán Eduardo Molina, recogiendo los dispersos que, anonadados por la fatiga descansaban al pie de los árboles, respirando ruidosamente, con los rostros congestionados.

Iban en dos filas, pensativos, silenciosos, mirándose tristemente como compañeros de infortunio encontrados por casualidad, después de ser barridos por la misma ola de catástrofe.

¡Tantos esfuerzos, tanta perseverancia en formar y educar un buen batallón ¿para qué?... Una orden mal dada ó mal entendida, y media hora de valor inútil, desparramando mucha sangre, y quemando mucha pólvora, y no quedaba sino un girón informe y sangriento del bien organizado batallón.

¡Ah! con que esa era la guerra? Necia, ciega, formi-

dable, inconcebiblemente trágica!... Y ¿quién tenía la culpa de aquella catástrofe? ¿Para quién las responsabilidades tremendas de la derrota?...

Así pensaba Miguel mientras marchaba maquinalmente, siguiendo las pedregosas veredas que faldean por aquellos cerros.

Regresaban al Cuartel General, que se había situado en lo alto del camino real de Guerrero, en un gran claro, una especie de alta meseta donde se podía acampar.

Allí estaba la pieza ya silenciosa y se había establecido la ambulancia.

El general Rangel con sus *nacionales* alrededor, con su antejo en una mano, miraba consternado, sin decir una palabra, los grupos de soldados que iban llegando poco a poco y que se echaban en el suelo al lado de sus compañeros.

Un oficial del 12.º con veinte hombres había llegado también, no habiendo podido retroceder con los suyos por haber sido cortado por el enemigo. Casi había tenido que atravesar el pueblo y se encontraba vivo como por milagro... ¡De veinticinco soldados de su sección, solo le quedaban siete!

Habían llegado ya los oficiales heridos, así como algunos empezaban á llevar soldados que chorreando sangre y quejándose lastimosamente, lograban acercarse.

El médico cirujano que llevaba el cuerpo expedicionario, iba y venía; daba órdenes; gritaba en medio

de los ayes de los heridos y de la sombría tristeza de aquel puerto, tras el naufragio.

Miguel sin esperar orden alguna, aniquilado, se echó en el suelo apoyando su cabeza sudorosa contra el tronco de un árbol, y hubiera dormido si no experimentase la sensación espantosa de una sed infernal.

Ya no pensó en otra cosa sino en beber un trago, aunque fuese del agua más inmunda que se le presentara.

Sentía fiebre intensísima y una cólera sorda le invadía y hacía crispár involuntariamente sus puños. Así permaneció durante una hora de angustia infinita hasta que se durmió. Le despertaron bruscamente cuando apenas acababa de cerrar los párpados.

—¡Eh, Mercado, levántese; vamos á pasar lista á la compañía!... ¡Arriba!...

Despertó sobresaltado, volviendo rudamente á la triste realidad de su situación. Miró en torno de sí y vió casi frente de él á lo que quedaba de su compañía. ¡Menos de la mitad!

Vió soldados en dos filas, casi sin alineamiento, desgarrados los uniformes azules, con rostros macilentos, ojos hundidos y miradas vagas.

Y entonces, á pesar de su debilidad, tuvo plena conciencia de lo enorme del desastre!

Apoyado en su carabina, que no había abandonado ni un instante, presenció la lista que pasaba el sargento primero, anotando á los que faltaban, que eran los

más. Pero todavía no podía saberse si eran muertos, heridos, dispersos ó desertores.

Aun no se levantaba, ni se podía levantar el campo ocupado por el enemigo.

Después supo Miguel que se habían mandado varias camillas escoltadas convenientemente, para recoger heridos; pero solo se habían traído los más cercanos al cuartel general, pues al intentar aproximarse al campo del combate, habían sido recibidos con nutridos tiroteos á los cuales contestaron por dignidad, pero retirándose prudentemente.

Entre aquellos heridos sólo recogieron dos del enemigo. Tenía uno el vientre atravesado, y sea que su gravedad no lo permitiese, ó que no quisiera, se negó obstinadamente á pronunciar una sola palabra. El otro expiró en el camino.

Al fin se les permitió penetrar en el campo á las mujeres, que estaban angustiadísimas, cargadas con ánforas con agua, gordas de harina y carne asada.

Levantóse un gran murmullo compuesto de gritos de alegría y de dolor, sollozos y juramentos y disputas por un trago de agua.

¡Agua, agua!... Miguel vió el agua y se precipitó sobre una vieja desarrapada que se defendía de un grupo de soldados que le pedían una poca, suplicantes unos y amenazadores los otros.

¡Oh, felicidad! llevaba una ánfora llena, y apartándolos con todas sus fuerzas, aulló desafortadamente:

—¡Abranse! ¡Abranse! ¡Qué canastos suceden! ¡Un

peso por la ánfora! Mira, aquí está;—y le enseñó cuatro billetitos de á peseta.

—¡Ay, mi subteniente... es para mi viejo que viene muy malo!

No hizo caso y se la arrebató ferozmente, dándole los papeles.

Soltó entonces la carabina que llevaba en la mano, apoyando la culata en el suelo, con el cañón contra sus piernas; y tembloroso, y agarrando la ánfora con las dos manos, echó la cabeza hacia atrás y bebió ansiosamente; y la hubiera vaciado si una mano vigorosa no la hubiese tomado por el asiento, impidiéndole beber.

—¡Hombre, Mercado, déjame una poca, te va á hacer daño!

Era Castorena. Miguel, satisfecha su sed, le dió el resto del agua, que éste sorbió de un enorme trago; y como la vieja había desaparecido y llamaban á formar, arrojó á lo lejos el ánfora, que rebotó ruidosamente entre las piedras.

La fuerza que quedaba del 9.º debía dar un puesto avanzado, de observación sobre el camino real que bajaba á Tomochic; una gran guardia y un número de parejas suficientes para rodear el campamento, protegiéndolo en la noche contra toda sorpresa.

A los oficiales francos se les nombraron rondines de una hora en la noche, á partir de las seis.

Se dió también una escolta para la pieza y otra para el parque.

Mientras tanto los *nacionales* destrozaban una res y se repartían harina.

Ya era necesario, pues hacía veinticuatro horas que no se daban provisiones.

Miguel, que debía cubrir al mando de un teniente la *avanzada* sobre el camino, mandó asar un gran trozo de carne que se pudo conseguir, y mientras esto se verificaba, fué á visitar los oficiales heridos, instalados bajo una gran tienda improvisada en el centro del campamento. Allí, recostados sobre unos zarapes, vió muchos soldados que se quejaban tristemente.

Saludó con respeto y muy conmovido al Teniente Villedas, cuya herida en el cráneo pudo haberle costado la vida (1), tenía además las manos ensangrentadas de la furiosa caída que aquel golpe le ocasionó, rodando sobre las piedras.

Charló un rato con el teniente y subteniente, surgiendo la conversación sobre los capitanes muertos uno al lado del otro, en circunstancias excepcionales.

Luego, fatigados, cesaron de hablar los heridos entrando en vaga somnolencia.

Les contempló silencioso un momento, y ya se marchaba, cuando se fijó en que el general, á algunos pasos de allí, interrogaba colérico á unos soldados de

(1) Meses más tarde murió este veterano á consecuencia de esa herida.

«Seguridad Pública» que acababan de llegar al campo en esos momentos.

Al instante se enteró de lo que pasaba. Un oficial de aquel cuerpo, incorporado á la segunda columna, había mandado dar *media vuelta* á su fuerza, separándose, no sólo del teatro del combate, sino abandonando decididamente el monte, consumado deserción al frente del enemigo y durante el combate.

Miguel se separó de la tienda del general para ir á recoger su carne, la que devoró con ansia, casi cruda y sin sal.

Y volvió después á atormentarle vivamente la sed, pero tuvo que soportarla, y fué á ver la fuerza que debía cubrir el punto. Después con el teniente á la cabeza, desfilaron por el camino real, hasta llegar á un lugar donde este descendía bruscamente.

A un lado, sobre un gran montón de piedras, había una cruz de madera. Fueron allí apostados tres centinelas al frente.

Obscurecía tras una tarde sin crepúsculo, y principiaba una noche fría y profundamente negra.

Allá, en lo alto del monte, en la meseta del campamento, se veían brillar las fogatas como rojas estrellas, mientras al frente alzaban gigantescos sus masas, como nubes negras, los cerros erizados de rocas y de pinos.

Subieron al montículo sobre el que estaban las piedras que servían de pedestal á la cruz, y desde allí, en la semi obscuridad de la tarde agonizante, contemplaron el vasto anfiteatro que forma el valle de Tomochic...

¡Ni una luz en el pueblo que se adivinaba en el fondo; nada que pudiera indicar la vida en aquel hueco, en aquel nido de águila colosal, en plena Sierra Madre!

El teniente, sin pronunciar una palabra, cansado de aquella terrible jornada, se sentó al pie de un árbol y al poco rato principió á dormitar, no obstante los esfuerzos que hacía por abrir los párpados que se obstinaban en cerrarse.

Miguel á su lado, apoyó la cabeza contra el tronco del enorme pino, abandonó la carabina entre sus piernas doloridas; aflojó un poco la canana que le ceñía sobre el capote la cintura, y con los brazos cruzados y los ojos abiertos en la sombra, meditó.

¡Ah! con que ya se encontraba frente al enemigo después de sangriento combate y tras no imaginada derrota. ¡Conque allí, perdido en el fondo de la sierra, á muchos centenares de leguas de su hogar querido, había encontrado como siempre, tras todos sus ensueños y ambiciones, la decepción de la amarga realidad! ¡Desvanecidos todos los ideales románticos de su vida, ni siquiera quedaba en pie la poesía elevada y grandiosa de la guerra! ¡La guerra como la comprendía, como la había leído; grande, noble, heroica, épica!

¡No... no! Aquello que había pasado no era ni una sombra, ni una parodia, no ya de los combates clásicos de la antigüedad, ni de las batallas legendarias de Europa, pero ni siquiera de las habidas recientemente en las revoluciones que ensangrentaron la patria! ¡Oh, y

sin embargo, reconocía toda la barbárie trágica de la catástrofe!

El número de muertos y heridos había sido relativamente enorme. Pensó en ellos, los pobres abandonados inicuaamente en el monte silencioso, retorciéndose, gritando, blasfemando en la sombra; contemplando, muertos de sed, con sus ojos de moribundo, cintilar las estrellas en la fría desnudez del cielo. Se estremeció de horror y trató de apartar de su mente la fatídica visión de aquellos infelices; pero no pudo; su cerebro calenturiento y excitado por la debilidad y la fatiga, le delineó en plena vigilia escenas sangrientas, con todo el horror negro de la pesadilla.

Formósele un nudo en la garganta y tuvo miedo. ¡Miedo de la sombra, de la noche, de los vagos rumores que ascendían del fondo del valle, de sus pensamientos, de su conciencia, de su mismo ser!... ¡miedo de todo! Era un principio de demencia en su organismo débil, un pavor invencible, algo como el *delirium tremens*.

Fué una hora de angustia mortal y de horrible congoja. Al fin la reacción le postró y durmió profundamente. Le despertó un rumor de voces á su lado. Eran el teniente y el cabo de cuarto que hablaban vivamente.

—Pero... ¿estás seguro? porque, creo que el miedo que tienes es más que otra cosa.

—No, mi teniente, ponga usted cuidado... ¿no oye usted?

El teniente calló, prestando el oído para distinguir

los lejanos rumores y sin duda oyó algo porque, conmovido, dijo á Miguel:

—Mire, Mercado, váyase con el cabo, allí junto á aquel centinela, á ver si distingue bultos... ya sabe; mucho cuidado, nada de *quien vive*, sino que hacerle fuego al momento.

El oficial siguió al cabo, tropezando con las piedras, sin ver adelante de sí más que las vagas sombras de los árboles y de las rocas. Cerca del centinela, trató de explorar con la vista el monte y contuvo el aliento para escuchar mejor, y con secreto espanto creyó oír rumores confusos como de pasos y voces.

Cerca de diez minutos permaneció allí, inmóvil, con los ojos fijos en las tinieblas, temblando involuntariamente á medida que aquel vago ruido aumentaba y se precisaba.

Y no le cupo duda, se acercaba gente porque no podía ser otra cosa.

Fué á *dar parte*, y su superior inmediatamente despertó á los soldados que dormían; les mandó cargar las armas, formádoles en una fila á través del camino; él se colocó en el lado derecho y Miguel en el izquierdo, dando orden á los tres centinelas avanzados, de que en el momento en que viesen al enemigo, se reuniesen á ellos.

Todos de pie, temblorosos, esperando con angustia en medio de las tinieblas el ataque nocturno de aquel enemigo audaz que revestía en esos instantes, á sus

ojos, formas titánicas, permanecieron mirando hacia atrás como para buscar el camino de la retirada.

De pronto se precisó de tal manera el ruido de los que se acercaban, que se reconocieron perfectamente, toses, risas y palabras sueltas.

...¡Aquello era inaudito! ¡Ni siquiera el honor les hacían de guardar silencio al aproximarseles! ¡Tan seguros estaban de su triunfo que se acercaban riendo y charlando como si fueran á un paseo!

—Apunten, apunten con cuidado! ¡Allí vienen, allí vienen!

Todos apuntaron sin ver nada, nerviosísimos é inquietos... algunas sombras aparecieron en la parte baja del camino... el teniente gritó:

—¡Fuego!—é hizo fuego con su carabina, oyéndose terriblemente en el inmenso silencio de la noche la dilatada detonación de una descarga cerrada.

Inmediatamente levantóse una gritería espantosa en los que venían, que retrocedieron.

—¡No tiren... no tiren! ¡Somos de Guaymas! ¡Del coronel Torres!

—Avance el coronel Torres ó volvemos á hacer fuego!

—Señor, viene á retaguardia de la columna.

En aquel momento se oyó el toque consolador de *atención, parte y rancho*, la contraseña de aquella columna, y ya se dejó avanzar á los recién llegados.



EL coronel Torres después del fracaso de su ataque sobre el pueblo, diezmadas sus fuerzas, comprendió que ya no tenía objeto su posición del otro lado del valle y determinó incorporarse con la fuerza del general Rangel, poniéndose á sus órdenes.

Sin pérdida de tiempo esa noche acometió la temeraria empresa, rodeando por los cerros, á riesgo de ser sentido y atacado en su peligrosa marcha por el enemigo que lo hubiera aniquilado en los cordones de la sierra.

Pero, ó los correos que en la tarde mandó al general no llegaron, ó este descuidó mandar advertir la llegada de esta fuerza, el caso fué que se le recibió á tiros por la avanzada que cubría el camino,

Allá en el campamento la alarma fué espantosa; todos se echaron sobre sus armas, levantándose precipitadamente en el mayor desorden y gritando por todas partes en medio de la confusión.

—¡Orden....! ¡Orden....! ¡A formarse! ¡Apaguen las fogatas!

Se apagaron instantáneamente; los heridos se incorporaron con los rostros lívidos; un oficial de 11.º, aquel de los bigotazos de corsario que decía que el ataque sería cuestión de dos horas, se levantó temblando ligeramente, pero dispuesto á todo.

—¡Nos dieron el *abaso*, compañero, prepare su arma! ¡Ca... nallas de tomochis!

Castorena que era el que estaba cenando cerca de él, tomó vivamente una botella á medio vaciar y se echó un gran trago; iba luego á preparar su arma, pero un capitán llegó diciendo:

—A sus puestos, á sus puestos; es la columna del coronel Torres.

Afortunadamente no produjo ningún efecto la descarga, y avanzó hasta el campamento la tropa de Torres.

Eran poco más de 200 hombres, pues el 24.º y el 11.º habían sido completamente destruídos.

Volvióse á restablecer la calma y Miguel ya tranquilo, tornó á su meditación, sentado al pie del árbol, y como el teniente habiendo agotado todos los medios posibles para no dormirse, determinó que vigilase media noche y la otra media lo haría él; mientras dormía,

se puso á pasear al par que continuaba en su imaginación el soliloquio.

Y hasta entonces pensó en Julia, con un sentimiento indefinible, vago, dulce y melancólico...

Se preguntó si era amor aquello y no pudo contestarse.

Espíritu vasto, había leído novelas románticas de Víctor Hugo y realistas de Zola, y no pudo clasificar su afección. En verdad que la había poseído brutalmente, cediendo él á no sabía qué feroces instintos que le despertaba la embriaguez; pero ahora que volvía á pensar en ella y se la representaba como era en efecto, hermosa y linda, aquella visión no le producía ni la menor sombra de un deseo. ¿La amaba con ese amor puro, ideal, conque aman á las vírgenes rubias y pálidas, los soñadores?...

No; tampoco, ¿ni cómo amarla así, si conocía la telaraña en que estaba envuelta?...

Sí; la pobrecita estaba maculada con la deyección lasciva del macho! ¡Oh!... ¡comprendía vagamente que su sentimiento por ella, era como esa tracción, esa afinidad que suelen tener los infortunados de la vida, las víctimas del destino, los desheredados de la suerte, los inmolados de la fatalidad!... ¡Todos los de la suerte negra!

Porque no cabía duda que había seres nacidos para el dolor. Sí; la teoría del sino, de la estrella, de los antiguos, desechable por completo en la forma, era una verdad amarga en el fondo,.

Y si no, allí estaban los principios de la ciencia, las últimas palabras de la medicina...

Pensó en Lombroso, en el atavismo, en el medio... sí... los seres débiles, los enfermos deben morir y si viven deben en el mundo desempeñar el triste papel de víctimas! ¡Eso era fatal!...

Había encontrado á Julia casualmente; y al momento, en su actitud, en sus palabras, en todo, había visto un desgraciado, un infeliz que sólo pedía un poco de ternura para su alma ardiente y amorosa, y la había amado con ese extraño amor que no podía definir.

Miguel permaneció cavilando hasta que le tocó á su vez dormir, en tanto que el teniente vigilaba.

El día 21 en la mañana debían ser transportados los heridos para Guerrero con una pequeña escolta del 5.º regimiento y con viveres para dos días.

Miguel se despidió de sus amigos, muy conmovido.

Vió que el capitán Molina estrechaba silenciosamente la mano del teniente coronel, á quien había entregado su reloj de oro y un paquete de billetes de Banco que debía remitir á su esposa en caso de que lo mataran.

Después hablaron algunos momentos lamentando la suerte del batallón, lanzado al combate con tan poco tino, diezmado después por la dispersión y la muerte, en el desquiciamiento de la derrota.

El capitán había hecho en ese cuerpo su humilde carrera, y como era soldado por vocación le dolía en el alma el inaudito desastre.

—Señor, á mí lo que más me preocupa es la desesperación del coronel, cuando sepa... porque tiene que saberlo al fin y al cabo...

—No,—le contestó Villedas—yo le pondré nada más en el telegrama: *encuentro el 20 con el enemigo, tantos muertos, tantos heridos, y nada más.*

Partió el convoy de heridos abandonando el campamento envuelto en una atmósfera de tristeza y abatimiento.

El general modificando su plan de ataque había decidido vivaquear con la fuerza sobre el cerro de La Medrano, que se alzaba casi á pico á la derecha del pueblo; desde su cima podría hostilizarse con un buen tiroteo al enemigo, impunemente. Además, para la pequeña pieza de artillería presentaba ese punto las mejores condiciones.

Lo grave era, que no formando parte de los que completaban la circunferencia del valle, se alzaba aislado de aquellos. Era, pues, preciso bajar y atrevesar la llanura para subir á él, y si el enemigo se apercibía de aquello podía muy fácilmente impedir su ejecución.

Se mandó formar á las diferentes fracciones con sus respectivos oficiales, refundiendo las dos compañías del 9.º en una sola, por lo mermadas que estaban.

Los *pimas* y *navojoas* constituyeron la vanguardia; después seguían el 9.º y el 11.º y los restos insignificantes del 12.º y el 24.º «Seguridad Pública», que sólo eran estorbo para todo, cerraban la retaguardia con algunos jinetes del 5.º y los auxiliares de Chihuahua.

La piezasita, como siempre, iba en el centro de una escolta del 9.º. Las municiones de boca y guerra con otra escolta de ese cuerpo, cerraban la columna.

Esta se puso en marcha tomando por los cerros de la derecha, hasta que el mismo de La Medrano ocultó á la vista el pueblo; entonces descendió al llano destacando al frente y flancos, tiradores que protegiesen la marcha; pero afortunadamente el enemigo encerrado en las casas no pudo ó no quiso, oponerse y se subió por la espalda al cerro, en cuya cima se acampó muy fácilmente, quedando á cubierto de todo ataque, y completamente invisible para los *tomoches*.

Era aquello como una fortaleza inexpugnable, desde donde se observaba el pueblo á menos de 600 metros.

Pecho á tierra, tras los árboles y las rocas se tendieron soldados que se relevaban durante el día, para que, apuntando con la mayor calma, hicieran fuego sobre los que se atreviesen á salir de las casas ó sobre los que se vieran en la torre de la iglesia.

Aquel sistema debía en efecto dar mejores resultados que un ataque decisivo. Así fué, que todo el día se escuchó sin interrupción un tiroteo lento pero molesto para los tomochtecos sitiados en sus mismas casas.

Allá, de la torre, se dignaba contestar de cuando en cuando la guerrilla establecida, comprendiéndose que trataba de economizar todo lo posible las municiones.

Del cerro de la cueva, que quedaba al frente y sobre la izquierda de la posición, al otro lado del valle, á poco más de 900 metros, partían también algunos proyecti-

les, que describiendo enorme parábola descendían silbando sobre el cerro.

El cañón establecido en lo más alto, tras un parapeto natural que protegía muy bien á los sirvientes, saludó cortesmente al enemigo, enviándole algunas granadas que estallaron en el fondo de las casas.

Vagaban por el llano y la falda del cerro algunas reses azoradas, pertenecientes al tomoche y se mataron algunas para la distribución de grandes raciones de carne, que con la harina que se repartía, formaba el único alimento.

Los oficiales, que también recibían carne y harina, mandaban hacer *tortillas* á las mujeres de la tropa, que nunca como entonces fueron tan útiles, pues ellas traían leña que por otra parte abundaba, y agua, operación fatigosísima, pues había que descender por las pendientes escabrosas de la derecha del cerro, al pie del cual por ese lado, pasaba el río; encendían el fuego, asaban ó freían la carne en su misma grasa y *echaban tortillas* con la masa de la harina.

Había que verlas desgarradas y sucias, subir jadeantes, hollando con sus *huaraches* la roca viva, agarrándose para no caer de las ramas de los pinos, jurando y maldiciendo de su perra vida, pero sometiéndose al fin á su condición de bestias.

Al caer la tarde, los oficiales del 9.º se reunieron para comer juntos, presidiendo los capitanes que quedaban, Tagle y Molina; éste como siempre, tratando de animar la conversación y dándole á los demás esperanzas de éxito y de revancha.

Le escuchaban atentamente devorando la carne asada y las blancas tortillas; y al fin, sucedía que la conversación recaía sobre los sucesos del día anterior.

Decían que el general estaba indignado por el comportamiento del 9.º del que no esperaba que retrocediese de la manera que lo había hecho; y Castorena aseguró que en la noche había oído por casualidad algo de una conversación de él con el coronel Torres, al que refiriéndole el suceso decíale el general:

—Pero, coronel, figúrese usted que no corrían como borregos, sino como borregas! ¡Los oficiales del colegio, muchachitos inexpertos... la tropa bisoña!... ¡Me...!

El capitán Molina frunció el entrecejo y temblando ligeramente por la cólera.

—Es preciso demostrar que valemos algo, muchachos,—dijo,—ya veremos... ¡ah! pero si alguno tuvo la culpa de la derrota no fuimos nosotros... aquí las responsabilidades son... pero comprendiendo que obraba mal con aquello que la ordenanza llama murmuración, guardó silencio.

—Pero aquí lo que nos *amueta* es el número tan grande de desertores que hemos tenido. Eso es muy grave,—dijo un teniente, poniéndose muy serio.

Miguel entonces tomó parte en la conversación exaltándose mucho.

—Aquí pasa una cosa,—dijo,—no son desertores los que así los juzga el general, sino dispersos. Hay mucha diferencia. Además, desertores ó dispersos, no hay tantos en realidad. Son más los muertos porque ¿qué sabemos de todos los que han muerto? En la lista de

ellos nada más se han apuntado los que hemos visto ó los que han visto algunos que han dado parte... pero, ¿no habiéndose levantado el campo, puede saberse á punto fijo cuántos fueron los muertos, cuántos los heridos, cuántos los dispersos y cuántos los desertores? ¡Ah! y estoy seguro que en el parte se asentarán con aplomo cosas como esas, muy falsas, sí, muy falsas...

En aquel momento el corneta de órdenes del general tocó *llamada de honor* para que se reuniesen los oficiales.

Era con objeto de nombrar los *rondines* que debían en la noche recorrer el campamento para vigilar los centinelas y las *parejas* avanzadas.

En la orden del día que se leyó después de la lista de retreta, á las seis de la tarde, se previno fuese hecho el servicio nocturno con la mayor exactitud.

De nueve á diez de la noche hizo Miguel el *rondín* que le correspondía, visitando pareja por pareja, teniendo á cada paso que tropezar con las piedras y las escabrosidades del cerro.

En el campamento de los *pimas* supo, oyendo por casualidad algunas palabras de una conversación, que en la mañana había sido fusilado el viejo que traían prisionero de Pinos Altos, el supuesto «San José».

El día 22 pasó sin que aconteciera ningún incidente notable. Los tiradores emprendieron su fuego lento desde la madrugada, impidiendo que en el pueblo nadie saliese.

El cañón de cuando en cuando y como por vía de distracción del general y del doctor de la brigada que era muy afecto al tiro al blanco, lanzaba granadas que iban á incrustarse en los duros adobes de las casas, abriendo enormes boquetes entre grandes nubes de polvo.

Cuando hacían algunos buenos tiros no podían menos de echarse una copa de cognac, con gran desesperación de Castorena que no encontraba con todos sus billetes, un solo trago de *sotol*.



XX

Se comprendía que el enemigo estaba muy quebrantado y que también había experimentado grandes pérdidas, pues se mantenía á una defensiva absoluta, esperando únicamente ser atacado en su misma casa para venderse muy caro.

A veces manifestaba crisis de cólera, pues repentinamente descargaba una lluvia de balas sobre lo alto del cerro; sobre todo, después de cada tiro de cañón, con la esperanza, sin duda, de poder suprimir algunos de los sirvientes.

La cima del cerro de La Medrano ofrecía á las fuerzas federales considerables ventajas, pues era una gran meseta, muy amplia y defendida por naturales rebordes que formaban utilísimos parapetos.

Desde la parte más alta de ello se dominaba todo el valle y se veía extenderse al pie del cerro, el caserío de

Tomochic, en cuyo extremo Sur levantaba la iglesia su vieja torre, desde la que el enemigo, de cuando en cuando, enviaba algunas balas que pasaban muy alto, silbando sobre las cabezas las que bajaban instintivamente los soldados.

El río se veía brillar y convertirse en espejo de fuego á los rayos del sol, que inundaba aquel gigantesco anfiteatro de montañas, dentro del que se preparaban á tremenda lucha un puñado de valientes sublimes que hacían de su querido Tomochic una segunda Numancia...!

En primer término, en lo más alto y frente al pueblo, se hallaba *abocado* el cañoncito al que custodiaba una guardia de veinte hombres; en seguida se encontraba el campamento del 12.º y 24.º batallones; después el del 11.º

El del 9.º estaba en el centro de la meseta y cerca de la única parte accesible del cerro, es decir, en el único punto peligroso, pues desde la salida de Guerrero se daba á aquel batallón el más pesado y peligroso servicio, el cual era hecho á despecho de la tropa y oficiales de otros cuerpos, con mucha exactitud.

Y era que el batallón de oficiales jóvenes, entusiastas, bastante instruidos y valientes, educados en la disciplina y estudio del Colegio Militar, estaba muy bien disciplinado, en tanto que los otros que llevaban años de vivir en el desierto, no reunían tan preciosas condiciones.

Tras del campamento del 9.º batallón, seguía el de

los *pimas* y *tarahumacas* y tras éste, el de los *nacionales* de Chihuahua, terminando esta serie de campamentos con el de «Seguridad Pública del Estado», pelotón de hombres mal armados, sin instrucción militar y pésimamente mandados.

En cuanto al piquete del 5.º regimiento, había emprendido la marcha hacia Guerrero conduciendo cinco oficiales y treinta y tres soldados heridos.

El día 23, comprendiendo el general Rangel, que los *tomoches* se habían reconcentrado en la iglesia y el núcleo de casas que rodeaban al *cuartelito*—así llamaban los soldados á la casa de Cruz Chavez—y habían abandonado las situadas en los extremos, ordenó que cautelosamente bajaran algunas partidas del 12.º, 11.º y 24.º batallones, para prenderlas fuego é ir acorralando al enemigo poco á poco hasta vencerlo por hambre y fuego.

Así lo efectuaron, sin encontrar resistencia alguna.

Entraron en ellas, robando cuanto encontraron, arrojando petróleo del cual fueron provistos, y poniéndoles fuego en seguida.

Y entonces, allá, en el extremo del valle, aquellas chozas aisladas, principiaron á arder, alzándose de ellas negras columnas de humo, manchando como un sucio borrón la limpidez del cielo azul.

Los soldados regresaban al campamento cargados con cerdos, gallinas, ropa, instrumentos de música, monturas de las arrebatadas al 5.º regimiento el día 2 de Septiembre, algunas armas viejas, cuadros de san-

tos, ropa vieja, pieles, cananas y toda clase de objetos portables de algún valor.

Todo el día duró aquella operación y fué en la noche un espectáculo tristísimo, ver sobre el mar de sombras del valle, las hogueras rojizas de las casas incendiadas, alzando en las tinieblas sus penachos sangrientos.

En la tarde, los tiradores apostados en la cima vieron con gran sorpresa, desprenderse de la casa de Cruz un hombre que á todo correr se dirigía al cerro.

Al principio hicieron fuego sobre él, sin lograr herirle; pero habiéndose ocultado tras unos arbustos, reapareció llevando en la mano una vara en cuyo extremo ondeaba un pañuelo blanco: entonces suspendieron el fuego, creyendo que era un enviado del enemigo que evidentemente se rendía; pero al llegar á la falda, fué de la torre de donde tuvo que ser blanco del fuego; después, desapareciendo entre las rocas, dejó perplejos á todos los que le contemplaban.

Al fin llegó al campamento, sudando, muy fatigado; iba descalzo y sin sombrero, vestido con una camisa sucia y desgarrada y unos viejos pantalones que llevaba arremangados. Era un hombre viejo y flaco, pero parecía muy animoso y decidido.

Había acompañado al general Rangel el 2 de Septiembre y había sido hecho prisionero. El día 19 de Octubre, Cruz le propuso tomar las armas, y lo hizo con la esperanza de fugarse, lo que había verificado jugando su vida.

El general le interrogó largamente.

Traía noticias tranquilizadoras. El enemigo había perdido la mitad de su gente. Cruz Chavez estaba desmoralizado y los víveres escaseaban.

Aquellas noticias cayeron como una lluvia consoladora y fresca en los ánimos, y la hermosa esperanza del triunfo animó á los soldados que creyeron que al día siguiente comerían pollo en el pueblo de Tomochic, cuyas casas miraban arder silenciosamente entre la inmensa negrura de la noche.

Los oficiales paseaban por el campamento, en corrillos de tres ó cuatro, fumando muy contentos y comentando y repitiendo lo que el fugitivo contaba.

Castorena, que había obtenido del doctor Arellano un trago de *tequila* á cambio de una improvisación poética, explicaba la situación en que el enemigo se encontraba á Miguel, que le oía en silencio.

Le contaba que los Medrano habían muerto, los Calderón también, Manuel Chavez estaba herido de gravedad, así como cuatro ó cinco de los cabecillas que se curaban en casa Chavez.

Sólo en el cerro de la Cueva, estaba intacta la fuerza de Pedro Chaparro.

Aquel punto tenía gran importancia, pues por su flanco izquierdo tenía inmediatamente el pueblo, dominando, sobre todo, la iglesia que se hallaba cercana; además, era la puerta de la única línea de retirada que quedaba; así es que Cruz, comprendiéndolo, tenía ocupada muy sólidamente su altura.

Había cerca de 20 hombres ocupando la iglesia donde estaban refugiadas todas las familias, y otros 20 en el *cuartelito* ó casa de Cruz, donde estaban las familias de sus hermanos, de los Medrano y la de Bernardo.

Los víveres escaseaban mucho, pues no podían salir á recoger maíz, frijol, papas, ni grano alguno de sus siembras, por no arriesgarse á ser cazados miserablemente.

Los ganados andaban dispersos lo mismo que los cerdos y gallinas; pero sobre todo, lo que más molestaba á los *tomoches* era la falta de agua, de la que sólo en la noche se proveían.

Los disparos de la pieza, poco ó nada les importaba, pues su pequeño calibre hacía que sólo abriesen grandes boquetes en las paredes de las casas vacías, matando, al estallar la granada, una que otra gallina, en tanto que las demás asustadísimas, cacareaban corriendo por todos lados, entre negras nubes de polvo y pólvora.

Chavez había mandado en las noches, recoger sus muertos, enterrándoles con miles de ceremonias y procurando ocultarles á sus subordinados.

Mantenia viva la esperanza de la victoria, en el pueblo, haciendo creer que estaba cercano el día de la venganza, pues los muertos, como Nuestro Señor Jesucristo, resucitarían al tercer día y vendrían de nuevo á tomar las armas.

Visitaba todas las noches á los prisioneros, llevándoles agua y maíz tostado, y después de hacerles rezar con las cabezas bajas, les dejaba en la paz del Señor.

Quería ser generoso y clemente, y les perdonaba la vida, porque decía que era gran crimen y pecado matar á inermes, así como acción meritoria hacerlo en combate.

Animaba también con viril palabra á las mujeres que lloraban consternadas, sin comprender nada de aquella terrible agresión de un extraño enemigo.

A los niños les hablaba de valor, de nombradía y de odio para los hijos de Lucifer ó sean los impíos defensores del Gobierno que trataban de oprimirles...

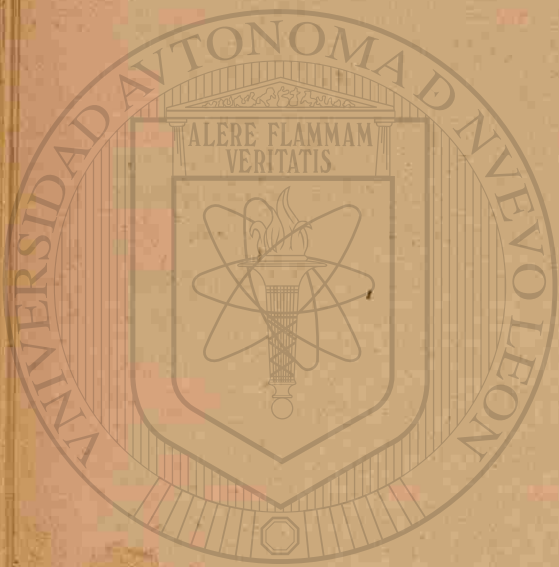
Y mientras estas cosas le refería Castorena, sentados ambos oficiales ante una fogata en que un cabo les asaba sus raciones de carne, Mercado absorto pensaba en Julia con una tierna solicitud...

¡Ah! ¿qué sería de la desdichada cuando ardiera todo el pueblo?...

¿Qué haría la pobrecita en aquel momento? ¿Qué, aun sufriría el mal trato brutal del bandido Bernardo?

...¿Viviría aún la melancólica víctima, la dulce hija de un fanático de la sierra?...





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XXI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al romperse la alborada del día 24, el cañón apuntando á la iglesia, hizo su saludo de ordenanza en el momento en que formaban extraña sinfonía las cornetas de las diferentes fracciones, tocando la *diana*.

Poco después volviéronse á desprender partidas de todos los cuerpos, excepto del 9.º, bajando á las cercanías del pueblo, ocupando las casas, saqueándolas antes de prenderlas fuego, volviendo con el botín, orgullosas.

Miguel, que ese día daba en lo más alto del cerro la guardia de la pieza, contempló tras del parapeto el espectáculo del incendio. Aquello era horrible.

El enemigo debía contemplar también la obra de destrucción; pero permanecía tranquilo y estaba esperando que fuesen á acometerle en sus puestos.

Solamente del cerro de la Cueva, en cuya cima flotaba una bandera roja, partían algunas balas, que por lo alto de su cabeza Miguel oía silbar fatídicamente.

¡Le parecía increíble que aquel puñado de hombres sin ningún conocimiento de la táctica, hiciesen emprender á las fuerzas federales, mucho mayores en número, una campaña en toda forma, habiéndolas derrotado las más veces!

En la noche supo Miguel que el general había decidido que se tomara el cerro de la Cueva, y se había nombrado al ayudante del 24.º, Fuentevilla, para acometer la empresa; pero al fin no fué á él, sino al capitán Francisco Manzano, del 11.º á quien se encargó de tan arriesgada operación, quien con 70 hombres de dicho cuerpo se desprendió sigilosamente del campamento para ir á sorprender el punto designado.

Pero sea que no comprendiese la orden ó que no pudiese obedecerla, no marchó por el camino prescrito, sino intentó dar un gran rodeo para llegar por la espalda del enemigo, por lo que, colérico el general, le mandó volver, tocándole con su corneta de órdenes *atención, media vuelta y diana*, toque que rompió lúgubremente el silencio de la noche, despertando á la tropa.

Los oficiales del *rondín*, previnieron á las parejas que bordeaban el campamento que no hicieran fuego á la fuerza del 11.º que volvía sin haber logrado sorprender al enemigo.

El capitán Molina nombrado de *vigilancia*, observó

la llegada de ésta, y cuando se instaló en el campamento se dirigió á un subteniente, diciéndole:

—Pero, hombre, compañero, qué les pasó que les hicieron volver?

—No, mi capitán, el general pide imposibles, ni con mil hombres se toma ese cerro; figúrese usted... si nos han sentido nos despedazan... ¡imposible!

—¿Dónde está el general, compañero?—preguntó el capitán.

—Le acabamos de dejar allá arriba con el doctor, todavía no se acuesta y ya son más de las doce.

Era, en efecto, ya muy entrada la noche, pero el general dormía poco, y además se hallaba excitadísimo y mal humorado.

Estaba conversando en su tienda con el teniente Márquez, de su Estado Mayor, y el doctor que disertaba sobre lo conveniente de un ataque decisivo sobre el pueblo.

El capitán entró en la tienda y pocos momentos después, salió precipitadamente.

—No hay novedad, mi capitán, le dijo con acento respetuoso un oficial que *rondaba* por el campamento en plenas tinieblas.

—Gracias, compañero, téngame mucho cuidado con esas parejas,—le contestó perdiéndose entre los soldados que dormían, tropezando con las peñas y saltando por entre las mesas y pabellones y todo lo que encontraba al paso.

El día 25, inmediatamente después de la *diana*, for-

mó con sus armas la compañía del 9.º compuesta solamente de 78 hombres, pues 30 formaban la escolta del parque.

El capitán pasó una revista minuciosa de armas y municiones, completando las que faltaban y asegurándose si estaban listas aquellas. Después de *dividir* en tres pelotones, mandó *por el flanco derecho doblando, hileras á la derecha*, y bajó sin decir una palabra más, por la pendiente pedregosa y dura del cerro.

Era una mañana espléndida; el sol aún no aparecía en el horizonte brumoso; pero ya las crestas de los cerros mas altos, se coronaban de fuego, en tanto que una brisa fresca y ligera barria lentamente los girones de la neblina que flotaba sobre el río...

Los soldados, sin capote, desgarrados y sucios, bajaban en silencio, tiritando de frío, con las armas *suspendidas* del hombro.

Al descender saltando por las peñas, Miguel, gozoso de estirar las piernas después de cuatro días de inacción, confiado, ignoraba donde iba; sólo se imaginaba que debía ser á mejor parte adonde les conducían.

Cuando llegaron al llano y avanzaron algún trecho, después de hacer alto, el capitán mandó:

—*¡Compañía, columna de compañía!—¡Marchen!*

Cuando estuvieron las tres secciones una tras de otra, mandó con voz firme:

—*¡Al orden de combate!—¡Marchen!*

La primera sección avanzó á su frente, dispersándose los hombres en tiradores, las otras permanecieron

á retaguardia, siguiendo el movimiento de la primera; después mandó echar *pecho á tierra*.

Poco después frente á ellos sonó una detonación, y una bala pasó silbando á tres metros de altura.

Todos comprendieron entonces de lo que se trataba.

El capitán en pie, con la cabeza alta, apoyada la mano izquierda sobre el cañón de su carabina, señaló con el dedo índice de la derecha, la silueta gigantesca del cerro de la Cueva, y dijo:

—Vamos á tomar ese cerro, todos nos van á ver y verán cómo combate el noveno... subiremos como podamos ¡nadie de media vuelta porque al que lo haga le mato! Ya lo oyen, señores, autorizo á cualquiera á matar al que dé media vuelta,—aunque sea yo!—*¡Armen, armas!*

Se oyó el ruido seco del acero de las bayonetas al ajustarse á los cañones de los fusiles, y hubo después un profundo silencio.

Volieron á silbar las balas, el capitán *se caló* la *carrillera* del kópis y gritó:

—*¡Primera sección, de frente, al paso veloz!—¡Marchen!*—y los hombres se precipitaron á todo correr, con las armas *embrazadas*, fija la vista en la cima del cerro que se coronó al momento con el humo de una terrible descarga. Las otras secciones en el mismo orden, siguieron á la primera, y fué un admirable espectáculo, al verles á la carga, alineados como en una parada, recibiendo una horrible granizada de balas, á dos fuegos, pues bien pronto estuvieron á la vista de la torre que

quedaba al frente, sobre la derecha y que entonces no economizó sus municiones... los asaltantes sin cejar en la carrera, en pleno llano, avanzaban por un terreno *barbechado* que les fatigaba atrozmente.

Un soldado del ala izquierda cayó de espaldas con el pecho atravesado, mientras otro, herido en una pierna, seguía no obstante á grandes saltos, aullando.

Miguel ya no veía nada delante de sí, extraña nube blanca le cegaba y en los oídos sentía horribles truenos de los que claramente distinguía aquel silbar de las balas que en mortíferas ráfagas pasaban á su lado. Las piernas le flaqueaban y sentía en el pecho espantosa opresión... sintió asfixiarse y morir... ¡un momento de descanso! pero no... oyó la voz del capitán que gritaba:—¡Adelante, adelante!—¡el que se atrasa se muere! y continuó sin darse cuenta, como llevado por sobrenatural poder; oyó un grito de agonía á su lado y un soldado en el suelo le obstruyó el paso; saltó sobre él sin verle y continuó la vertiginosa carrera. Bien pronto la torre desapareció tras las primeras lomas de que airanca el cerro, y al fin entrando bajo el *ángulo muerto* de la línea de tiro gritaron:

—¡Pecho á tierra!...

¡Oh! ¡ya era hora!... ¡qué oasis!... ¡qué fruición aquel descanso!... algo así como un jarro de agua fría para un febril sediento.

Miguel arrojó á un lado su carabina y respiró con toda la fuerza de sus pulmones. Pero el capitán pasados

algunos momentos, mandó levantarse y subir por la pendiente del cerro, mandando cargar las armas.

El combate entonces tomó una nueva faz, pues á través de los arbustos y las rocas que erizaban la pendiente que subía al monte, nutrida granizada batió á los primeros que avanzaron, paralizándolos la línea de tiradores.

Evidentemente que había que subir con mucha precaución, pues el enemigo que había descendido de la cima para batirles en la falda, tenía inmensas ventajas sobre ellos; así es que el avance, á partir de aquel instante, fué más lento, teniendo los tiradores que ir ocupando árbol tras árbol y roca tras roca, necesitando para eso que los oficiales y el valiente capitán desarrollasen toda su energía para con la tropa, cuyo primer impulso estaba muy debilitado. Los soldados vacilaban, atemorizados ante el enemigo invisible que les diezmaba.

—¡Entren... entren! ¡Suban! ¡arriba... á ellos!—gritaban los oficiales enronquecidos, en tanto que el capitán Molina, apelaba á todos los medios imaginables para infundir ánimo y proseguir el ataque.

—¡Viva el noveno batallón!... ¡Nos está mirando el oncel! ¡Arriba muchachos!

Mandó tocar *ataque*, mientras entre el ruido sordo de las detonaciones, vibraban claras y sonoras las notas de la corneta, él, ébrio de entusiasmo, al ver que se animaba la gente, proseguía gritando:

—¡Otro empuje y llegamos hasta ellos, á la bayoneta! ¡Adelante muchachos!—y se lanzó adelantándose magníficamente, con la carabina en alto, arrastrando tras él á todos los que le veían, electrizados con aquel arranque de supremo heroísmo.

Al fin, principiaron á ver en lo alto los perfiles de los terribles *tomoches* haciendo fuego tras los árboles, batiéndose en retirada hacia la cima del monte.

Volvieron asimismo, á oír entonces sus gritos de guerra, extraños y feroces.

—¡Viva el Gran Poder de Dios! ¡Viva María Santísima!

—¡Muera Lucifer!—aullaban entre los árboles, distinguiéndose apenas sus terribles figuras, entre el humo espeso y excitante de la pólvora que envolvía en sus nubes las altas copas de los pinos y las ásperas peñas del cerro.

—¡Entren!...—¡Entren!... ¡arriba!—repetían los oficiales, tras de los árboles, con la garganta seca y los ojos saliéndose de las órbitas.

De cuando en cuando, un hombre caía rodando, ensangrentando las piedras, el kópis por un lado y el fusil por otro, sin que los compañeros cuidaran de él, sin que lo notasen siquiera, atentos por instinto á la conservación del *yo* en aquel arriesgado combate.

El orden de alineamiento de los soldados se había, naturalmente, perdido; las secciones de retaguardia se habían fundido con la primera y se caminaba hacia

arriba en una sola línea ondulante, según los accidentes del terreno.

El capitán iba del centro á los flancos, empujando, gesticulando y dando valor á la gente.

Miguel que marchaba en el ala izquierda, había recobrado el aliento, y hacía fuego con su carabina, tratando de cazar á lo lejos un hombre, cuyo gran zarape rojo le presentaba un buen blanco.

Le llamaba, sobre todo, la atención, una vocecilla particular, como de un niño, que gritaba á su frente:

—¡Viva María Santísima! ¡Mueran los hijos de Lucifer!

Continuaron trepando cada vez más alentados, pues aminoraba el fuego del enemigo, cuyos primeros cadáveres fueron encontrando.

Aquellos valientes morían acribillados á balazos, apenas eran descubiertos tras el terreno escabroso y abrupto.

El fuego llegó á cesar casi por completo, y solo allá, en el ala izquierda, oía Miguel algunos disparos á su frente, y más cercana la vocecilla aquella que gritaba ya más débil.

—¡El Gran Poder de Dios nos valga! ¡Viva María Santísima!

Un soldado, entonces exclamó, señalando un grupo de peñascos:

—¡Allí... allí está... apúntenle todos!—y apuntó; pero antes de hacer fuego, cayó el fusil de sus manos hechas pedazos por una bala que le desgarró también

el saco. Lanzó un aullido tremendo; algunos, cerca de él, dispararon, pero otro hombre cayó muerto, y se elevó tras el grupo de rocas la voz tipluda del indomable adversario, cuya carabina asomaba su cañón entre las grietas de las rocas.

—¡Viva el Poder de Dios! ¡Mueran los *pelones!*

—¡Fuego sobre él! ¡A la bayoneta! ¡Suban por allí!

Miguel llegó jadeante, con su arma preparada, á donde cuatro ó cinco soldados habíanse detenido observando un cadáver.

Boca arriba, con el cráneo y pecho ensangrentados, los ojos abiertos, los puños crispados y una carabina y un zarape rojo al lado, yacía un cuerpo enclenque, el cuerpo de un niño de trece años.

Su faz lívida la contraía la postrer mueca; parecía reír, y enseñaba sus dos filas de blanquísimos dientes, por los que asomaba rojiza espuma.

El combate había terminado, se hallaban ya en la cima del cerro; la torre del pueblo quedaba á la derecha y desde allí partían algunas balas; los soldados se habían echado en el suelo anonadados por la fatiga; otros registraban los cadáveres, quitándoles las armas.

Escuchóse, algo debilitado, del campamento de la Medrano, el toque del corneta de órdenes del General: *alto el fuego.*

El Capitán Molina mandó á su vez tocar *diana* á un soldado que recogió la corneta del que llevaba, quien había sido herido y quedó abandonado en la falda del cerro.

Las notas vibrantes de la diana resonando entre las últimas detonaciones, hicieron lanzar gritos de entusiasmo á los soldados extenuados y jadeantes que respiraban con dificultad un aire azufrado y espeso.

Sobre lo alto de un gran pino ondeaba una bandera roja: la que se veía desde el campamento; era preciso quitarla. Algunos soldados, agazapándose, corrieron hacia aquel punto; pero se hoyó una detonación al nivel del suelo y el cañón de una carabina asomó de la tierra.

—¡Otro! ¡A él! ¡Mátenle!—gritó un cabo.

Un sargento hizo fuego violentamente sobre el enemigo oyendose un grito de dolor; algunos se precipitaron *calando* la bayoneta, pero como partían gritos desgarradores de aquel lugar, el capitán Molina se adelantó gritando:

—¡Eh! ¡Cuidado.... está herido.... déjenle ya!

Y en aquel momento surgió de la tierra una enorme cabeza melenuda, asomó una carabina, sonó un tiro, y alzando los brazos, de espaldas, cayó el capitán.... muerto.

Entonces los que aquello vieron, se quedaron inmóviles, sin saber qué hacer, y de repente, todos á una se arrojaron sobre el hoyo, y allí, como quien cava la tierra, á bayonetazos, despedazaron un cadáver...



MIGUEL había presenciado aquello en el momento en que trataba de incorporarse al capitán para comunicarle que un soldado del 11.º batallón, llegaba con una orden del general Rangel.

Estupefacto vió caer al héroe levantando los brazos, sin proferir un solo grito. Mercado no pudo moverse, y contempló inmóvil y estúpido la venganza de la tropa, despedazando el cuerpo del matador del capitán...

Pronto todos supieron la noticia que heló de pavor los ánimos.

—¡El capitán Molina ha muerto! ¡Ya mataron al capitán!—se decían los soldados.

Al fin el joven oficial se acercó al cadáver, y ante él, permaneció un momento.

Su pequeño cuerpo, envuelto en un capote azul,

ceñida á la cintura una canana, yacía á lo largo, el rostro moreno contraído por un gesto horrible, sus ojos negros y pequeños, desmesuradamente abiertos, lanzando una última mirada al cielo; los brazos extendidos en cruz; del cuello le salía un chorro de sangre, que formaba un gran charco.... la carabina estaba á un lado...

Aun no se desvanecía el humo de la pólvora y aun se oían algunas detonaciones á lo lejos.

Castorena había llegado al grupo formado alrededor del cadáver; tomó el zarape de un sargento y el del infeliz Molina.

El capitán Tagle, el único de los cuatro capitanes que sobrevivía, ordenó que se reuniera la fuerza restante.

Su corneta de órdenes tocó *reunión* y los oficiales y sargentos principiaron á reunir la gente.

Había un gran desorden; los soldados en completa dispersión en el cerro, entre los pinos, descansaban en diversas actitudes; algunos cadáveres en horribles posturas yacían al lado de los heridos que se lamentaban tristemente.

—¡A formarse, á formarse!—gritaban los sargentos levantando á la tropa casi á culatazos.

Los desgraciados se levantaban penosamente y con lentitud, unos. Otros, cojeando y apoyándose en sus fusiles, se acercaban al punto de reunión.

Solo Mercado y Castorena quedaron; pero al fin dejaron el cadáver al cuidado de un soldado, y uno al

lado de otro, empezaron á subir hacia el lugar en que la fuerza se estaba reuniendo. De repente Castorena sacudió fuertemente el brazo de Miguel, gritándole:

—¡Mírale, mírale—y señaló á unos dos pasos, un montón rojo de miembros, harapos y cabellos, entre sangre y entrañas despedazadas.

Erizáronsele los cabellos á Miguel, y antea quel cuadro que un olor nauseabundo que se hacía insoportable, mezclado con el de la pólvora, experimentó náuseas. Iba á volver el rostro; pero su amigo con el puño crispado, le volvió á sacudir, diciéndole:

—¡Pero, mírale, hombre, mírale, él le mató!.... le mató cuando lo iban á salvar.... ¡canalla!.... ¡míralo!

Al fijarse de nuevo, Miguel soltó la carabina, abrió la boca, y completamente idiota, con el pensamiento súbitamente cristalizado y el cerebro inactivo, quedó un momento.

¡Había reconocido que aquellos miembros sangrientos, aquellos girones de hombre y de tela, eran los de Bernardo!

—Mi subteniente, que le habla á usted el capitán—le dijo un soldado.

Miguel volvió á la realidad; su cerebro volvió á funcionar, y sin embargo, anduvo maquinalmente con rumbo al punto de reunión, pensando y repitiendo como único pensamiento: ¡Bernardo! ¡el ogro de la casa del río!.... ¡allí muerto, hecho pedazos!...

Ante la tropa formada en dos filas, en la cima del

cerro, estaban los oficiales y un sargento pasando lista.

Otro sargento á un costado, contaba fusiles, carabinas, cartucheras y cananas halladas en el campamento enemigo... sobre una roca, extendido como un manchón sangriento, yacía la bandera roja que ondeaba sobre el pino, ¡aquella bandera roja que había costado la vida del capitán!...

Desde allí se distinguía muy bien el pueblo, á su derecha... contempló Miguel absorto y conmovido el vasto anfiteatro de montañas; el valle extenso y cubierto de sembrados y milpas, atravesado por la cinta brillante y blanca del río; en el centro el caserío de Tomochic, casi al pie del cerro de la Cueva, la iglesia con su única torre y su arruinado convento de jesuitas... mientras á su frente como una fortaleza de titanes, el cerro de la de Medrano erguía su mole enorme, cargando en su espalda colosal, el campamento de las tropas federales.

De la torre del templo partían de cuando en cuando algunas balas que silbaban sobre las cabezas de los tiradores de Miguel.

El cerro por aquella parte estaba cortado casi á pico, por la que se veía un espantoso abismo, nadie se atrevía á asomarse, y todos tras de la cresta de las rocas solo contemplaban vagamente las lejanías del horizonte, limitado por los cerros del Noroeste.

El oficial se abandonó, recostado contra una peña, á sus pensamientos siempre melancólicos...

¡Conque aquel miserable devorador de carne de doncellas, aquel infame que había llevado á su cubil á la pobrecita Julia, era el asesino del capitán Molina!...

¡Ah!... ¿y ella?... la virgencita de ojos negros y melancólicos, la que le había mirado en un instante de ternura y éxtasis con suprema pasión, la que le había abierto toda la noche de una historia dolorosa de eterno sufrimiento, en el breve relámpago de su mirada, ella ¿dónde estaría á esas horas?...

¿Estaría allá abajo esperando tranquila y resignada, como siempre, el desenlace del drama de su existencia obscura y dolorosa?.....

Ah! tristezas ignoradas, de la vida; martirios estériles soportados en la sombra; dolores desconocidos, de almas nobles; calvarios sin gloria; infortunios inéditos, gladiadores anónimos!.... Oh! Dios, si tu no conoces y premias esto, si la plegaria muda de tanto sufrimiento no te conmueve... ¿quiénes serán entonces los bienaventurados?....

Pugnaba por aparecer una lágrima en los ojos secos y febriles del joven... Entonces sucedió algo grave.

Un cabo y un soldado, sentados junto á un pino, cerca del parapeto natural, tras el que estaban colocados, habían encendido leña para asar unos trozos de carne, por lo que desde allí se levantó espesa columna de humo. En el momento en que el cabo en pié, cortaba unas ramas secas del pino y el soldado se iba á incorporar para traer la carne, una bala salida de la torre atravesó el pecho del primero y se incrustó en el

cráneo del segundo. Entonces resonó un doble grito y los dos rodaron, cadáveres, sobre los guijarros de la pendiente.

A la una, la compañía que había tomado la posición, la abandonó, llevando á retaguardia una fagina que condujo sobre improvisadas camillas todos los heridos. No siguieron el mismo camino que habían tomado en el ataque, sino que para evitar los fuegos de la torre, dieron un gran rodeo, siguiendo por las faldas de los cerros que forman la gran circunferencia del valle de Tomochic.

Llegaron fatigadísimos al campamento á las tres de la tarde, sin haber tomado durante el día ningun alimento.

Recibieron los oficiales mil felicitaciones de sus compañeros por el triunfo obtenido á gran costa.

Miguel supo que el general en la cima del campamento, al presenciar el primer esfuerzo de la carga, cuando la línea de tiradores avanzaba en pleno llano al paso veloz, batidas por dos fuegos convergentes, con su heroico capitán á la cabeza, supo, que entusiasmado había arrojado su gorra diciendo á los que le acompañaban.

—¡Bravo!.... ¡bien por el noveno! ¡Se vindica! ¡borra lo del día veinte!

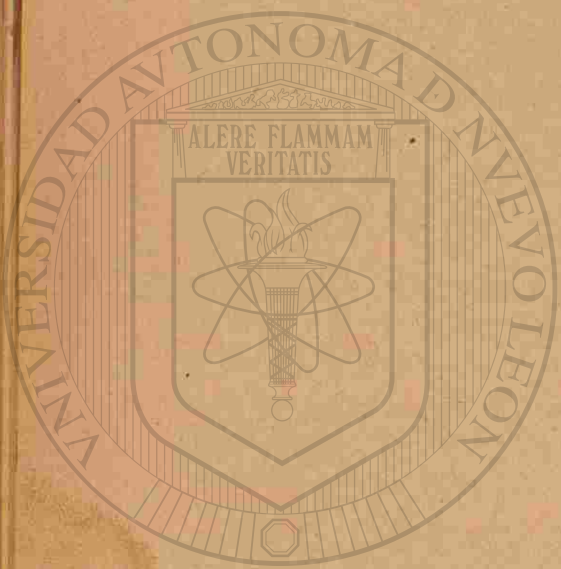
En efecto, cuando llegó la camilla que conducía el cadáver del héroe de la jornada, ordenó que se levantase el zarape que le cubría, y cuando vió el cuerpo ya rígido del capitán, con el rostro amoratado y los ojos

obstinadamente abiertos, con su enorme herida en el cuello que le había atravesado la bala, rompiéndole la columna vertebral; ah! entonces Rangel se conmovió hondamente y con nervioso ademán ordenó que lo cubriesen

—¡Tápenle, tápenle!.... ¡Llévenle y nómbresele una guardia de honor!—exclamó.

Un sargento 2.º solicitó espontáneamente ser nombrado en ella, y al pie de su cuerpo un centinela de su compañía le veló respetuosamente.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIII

TOMADO el cerro de la Cueva, la situación del enemigo era desesperada, no quedaban más que la iglesia y la casa de Cruz ocupadas, y como en esas dos partes se hallaban las mujeres, la mayor parte indudablemente huérfanas ó viudas, debían infundir gran desaliento y desmoralización.

Por otra parte, el saqueo é incendio de las casas continuaba, respetándose nada más las cercanas á los reductos de los valientes montañeses.

Veíanse en el día, levantarse del llano, largas nubes negras, formando lentamente espirales que se desvanecían en un gris sucio en el cielo azul. El cañón enviaba cada hora una granada, rompiendo con estruendo el silencio solemne del pueblecillo que parecía desierto.

La guardia de tiradores, en lo mas alto del cerro, intentaba cazar á los que se atreviesen á salir de la iglesia ó de la casa de Cruz Chavez.

A las cinco de la tarde, el corneta de órdenes del cuartel general tocaba *llamada de honor*; el Mayor Bligh jefe del Estado Mayor, leía la orden, nombraba á los oficiales el servicio de *rondines* para la noche, relevándose como se acostumbra en campaña, las guardias, á las seis de la tarde.

En la noche el incendio de las casas del pueblo era más visible; las llamas teñían el cielo negro, de fulgores sangrientos que á veces se avivaban, á veces se extinguían para surgir de nuevo, más vivos y rojos, apareciendo en el fondo de tinta negra del horizonte, como manchas de sangre luminosa.

En el pueblo, los monótonos ladridos de los perros y una que otra voz lejana y lastimera, eran los únicos ruidos que alteraban el silencio.

Al amanecer del día 26, el 9.º acompañó el cadáver de su capitán á su entierro, que debía verificarse en el cementerio del pueblo, el que después del combate de la víspera, se hallaba fuera del alcance de los tiros enemigos.

Estaba cercado con tapias bajas, piedras amontonadas, era cuadrado y tenía solamente sepulturas humildes, las más sin inscripción alguna, pues á los notables del pueblo se les enterraba en el atrio de la iglesia.

A la puerta hizo alto el cortejo, entrando solamente

la camilla con el cadáver, los oficiales, un sargento 2.º y seis soldados.

Se depositó el cuerpo en tierra, la que se procedió á cabar con unas barretas que allí mismo se encontraron. A la escasa profundidad de media vara, se dió por terminada la fosa.

Después el sargento cargó su fusil haciendo fuego al aire, por tres veces, y luego el cadáver envuelto en su capote y cubierto con el zarape, se depositó en el fondo, se arrojó tierra sobre él, y sobre ella algunas piedras.

Terminada de aquel modo la ceremonia fúnebre, *por el flanco izquierdo doblando*, hizo rumbo á su campamento la compañía.

Los oficiales iban al costado de la columna, silenciosos y tiritando de frío; el sol aun no aparecía.

Triste iba Mercado; marchaba saltando entre las piedras y los surcos de los terrenos *barbechados*.

—¡Pobre capitán Molina,—pensaba,—él tan digno, tan estudioso; él que soñaba con las grandes campañas; tan amante de su patria; morir así, obscuramente, sin gloria, en el fondo de la sierra!...

¡Derramar con heroísmo la sangre por la patria... sucumbir por los ideales... inmolarsé por la libertad y el honor... eso inmortaliza, eso trüeca la muerte material en impercedera vida! Pero ser valiente, ser bueno, ser sublime en campaña tan desconocida, en guerra tan desigual! El era joven, recién casado... en

Guerrero recibió la noticia del nacimiento de un hijo... iba á ascender, y... morir en aquella penumbra y de aquella manera, bajo el arma de un obcecado!.... ¡Pobre capitán Molina!

Ah! lo había visto descender á la fosa, tan poco profunda, en un cementerio situado al pie de la sierra!.... Cuando destruyeran por completo el pueblecillo, porque eso era indudable, las fieras del desierto irían á saciar su apetito en los restos del héroe!....

¡Pobre capitán!... ¡Pobre valientel!...

Eran las siete y tras del cerro de Lino, al Oriente, emergió el sol su disco rojo y enorme con una explosión de luz dorada que incendió la cima de los cerros, aclaró el lila del cielo, barrió girones de neblina é hizo centellear el acero de los cañones de los fusiles.

Los soldados volvieron los rostros, colocando sobre los ojos una mano á manera de pantalla, para contemplar el astro ajigantado, en tanto que tras de ellos, su luz les hacía proyectar larguísimas sombras.

Algunos se pusieron á cantar animados con la alegría de la luz y la esperanza del calor... el sol ascendía.

¡Pobre capitán!



XXIV

AQUELLA mañana había llegado un convoy de provisiones, de Guerrero, escoltado por un pelotón del 5.º regimiento.

Gran cantidad de harina, algunos botes de petróleo, y cajas de parque formaban estas.

El teniente de la escolta traía instrucciones por escrito, del general Márquez, quien permanecía en Guerrero á la expectativa de los sucesos.

Aprovechando el envío de este convoy no había faltado quien fletara algunas mulas cargadas con barriles de *sotol*, cigarros, pan, queso, chorizos, sal, azúcar y café.

Desde la salida de Guerrero hasta entonces, no se había dejado de pagar su sueldo íntegro á la tropa, y

como no había en qué gastarlo, todos se encontraban provistos de dinero.

No era nada extraño, pues, que el campamento, en toda la extensión de la prolongada meseta del cerro, presentara un inusitado aspecto de alegría, un desbordamiento de entusiasmo palpitante, en forma de un gran murmullo que se alzaba sordamente en el ambiente fresco y claro de la hermosa mañana.

Cuando la compañía que llegaba de hacer las honras fúnebres á su capitán, estuvo en su lugar en el campamento, un oficial mandó formar pabellones de armas y después por lista se repartió harina, raciones de carne y se administró el *haber* á la tropa en sucios billetes de los Bancos de Chihuahua.

Nombrada una pequeña guardia, al resto de la tropa se le mandó *romper filas*, y soldados y oficiales se dispersaron con gran algazara.

Bien se conocía que ya el *sotol* había empezado á circular, pues los rostros antes fatigados y serios, estaban radiantes, los gritos se multiplicaban. Soldados de todos los batallones, *soldaderas*, paisanos, auxiliares de Sonora y de Chihuahua, con sus pantalones azules y en los sombreros flotando la característica cinta roja, iban y venían en todas direcciones, gesticulando muy animados.

Cerca de la tienda de campaña del general—única del campamento,—en el espacio comprendido entre tres pinos chaparrones, estaba la instalación de los efectos llegados en la mañana.

Se había improvisado un mostrador con viejas tablas subidas con gran trabajo, tras del cual los aventureros, pobres diablos que acompañaban á la fuerza, como ciertas aves al olfatear los cadáveres, no daban abasto á despachar á la compacta muchedumbre de soldados que se agrupaban, entre gritos oscuros y vociferaciones.

Codeándose, empujándose, disputando con palabras crudas, lograban los más listos abrirse paso, provistos de botellas, jarros, ánforas y *dama-juanas*,—ávidos de alcohol; después de una abstinencia de una semana.

Los barriles de *sotol* se vaciaban como si se les desfondara de un golpe; las pilas de cigarros disminuían; los cartuchos de café *torrificado* volaban; desgranábanse las cadenas de chorizos, en tanto que una multitud de manos sucias dejaba caer una verdadera lluvia de papeles azules y verdes en medio de una algazara infernal.

Por supuesto que todo se vendía carísimo—un real las cajas de cigarros, un real cada chorizo y siete reales el cuartillo de *sotol*—y sin embargo, parecía que todo se regalaba; tal furia había por ser despachados antes que se agotara todo!

—¡Hé—hél... ¡ábranse.... ábranse con un canasto!— gritaba Castorena, dando de patadas brutalmente y á diestro y siniestro, para abrirse paso.—Venga usted mi teniente, ándale, Mercado.

Castorena, Miguel y el teniente Torrea, llegaron

hasta el tablón del mostrador, después que el grupo se abrió respetuosamente.

El poetastro llevaba un enorme botellón. Habían



resuelto los tres oficiales almorzar juntos una gallina comprada á una *vieja*, carne con patatas, frijoles con chile, gordas de harina y café con *sotol*.

—¡Un verdadero banquetel—decía Castorena.

—Mira, dijo Miguel, *eso* es lo mas *sugestivo*, como

diría un filósofo moderno—y señaló los barriles de *sotol*.

Llegaron unos *pimas* que subían del valle, iban cargados con santos, *pantalonerías*, enaguas, *abultares*, (1) acordeones y otra infinidad de objetos sacados de las casas del extremo del pueblo; casas abandonadas que acababan de incendiar. Habían subido también algunos asnos y caballos los cuales vagaban azorados por entre la soldadesca.

Castorena compró en cuatro reales un magnífico acordeón. Los tres oficiales con él á la cabeza, con su botellón de *sotol* y su instrumento musical, se alejaron con rumbo al lugar en que un cabo les hervía en una gran olla negra, la gallina.

Eran las diez de la mañana y bajo un sol claro y tibio, se extendía el campamento en plena efervescencia, pintoresco y animado. Entre el abigarramiento de los uniformes sucios y desgarrados, aparecía la nota verde-oscuro de los pinos que bordaban los relieves de la gran meseta, mientras una vaga nube azulada envolvía todo el cerro, á causa del humo de las fogatas; de trecho en trecho, resplandecían al sol los pabellones de armas como gigantes y exóticas azucenas de pétalos de acero.

El enorme murmullo aumentaba, las tristes canciones de los soldados, acompañadas por las notas de las guitarras y acordeones tomochitecos, se alzaban entre

(1) «Abultares» ó «abultadores» llaman así en Chihuahua á las enaguas interiores que usan las mujeres.

las voces tipludas de las soldaderas peleando eternamente, y los gritos imperativos de los oficiales dando órdenes en voz alta.

Un estremecimiento de alegría galvánica sacudía de un extremo á otro el campamento.... había que comer y que beber y se tomaba el desquite de las duras jornadas con eseaso *rancho*.

Grupos de soldados glotones, rodeaban los puestos de las *viejas* que freían en grandes cazuelas carne de puerco, la que chirriaba en un mar de manteca, saturando el aire de un olor apetitoso que hacía escupir á los que esperaban el almuerzo, no sin calmar su impaciencia con enormes tragos de *sotol*.

Era un magnífico espectáculo. En aquel momento todos se sentían héroes, todos comían, bebían, cantaban ó charlaban contentos y dispuestos á todo.

Ah! pero nadie se acordaba, en aquel abandono de orgía, de los ausentes, de los compañeros abandonados sobre el cerro, los que inmóviles y en trágicas posturas, sangrientos y horribles, yacerían en el Desierto, al lado de las enormes rocas y los altísimos pinos de la sierra....

No, nadie quería acordarse en aquel instante de alegría y excitación, de las obscuras víctimas del deber....

Hasta Miguel se sintió alegre después del copioso almuerzo que hicieron los tres á la sombra de un arbusto, sentados en el suelo, á la turca, ó recostados y tendidos como en un banquete de antiguos soldados romanos.

De repente cundió con la rapidez del rayo una noticia que les hizo levantarse al acabar de tomar el café.

¡El 11.º iba á tomar la iglesia en aquel momento!

En efecto, el general Rangel había hecho tomar el cerro de la Cueva, como indispensable para apoderarse de la iglesia de Tomochic, por hallarse ésta completamente al pie de él. Un piquete de nacionales de Sonora lo ocupaba, haciendo fuego incesantemente sobre la torre.

El general, en vista de la situación insostenible del enemigo, ordenó que ese día el 11.º batallón la tomase, para lo cual debían ocupar primero las casas, que ésta tiene á su frente, para organizar allí *faginas* provistas de combustible, como rastrojo, ramas secas y paja, y en un momento dado, protegidas por los fuegos de la Cueva, La Medrano, y de las mismas casas, debían al paso veloz llegar hasta el átrio, y en la puerta del templo arrojarla ardiendo. El terrible elemento se encargaría del resto de la obra.

Como en la construcción de la iglesia abundaba la madera, obligados los sitiados, por el incendio, á salir, serían fusilados inmediatamente.

Se dió el mando de la fuerza, compuesta de 40 hombres, al capitán 1.º Francisco Manzano, quien tomaría sus posiciones en las casas indicadas, esperando que el cañón rompiese su fuego para intentar abrir brecha.

Después de dar un gran rodeo, pasando á través de las milpas y tras las asperezas del terreno, la tropa del

once extendida en tiradores, tuvo que atravesar el río; al hacerlo quedaron á descubierto ante la iglesia, y desde las ventanas y arcadas de la torre, mientras los soldados del 11.º con el pantalón arremangado pasaban el río, una lluvia silbante de plomo cayó sobre ellos, haciendo en menos de tres minutos, algunos cadáveres y heridos; mas, después, volviéronse á internar entre los ribazos, las rocas, los grupos de arbustos y extensos sembrados, hasta llegar á las casas abandonadas, muy cerca de la iglesia.

Iban provistos de rastrojo, paja, ramas secas y petróleo. La tropa estaba muy excitada por el *sotol*.

La que ocupaba el cerro de la Cueva, con gran cantidad de combustible y petróleo, debía arrojarlo, favorecida por el viento, en el momento del ataque, cuya señal debía ser un disparo del cañón.

Cuando éste, á las once de la mañana, principió á lanzar sus proyectiles y el corneta de órdenes tocó «fuego,» se desprendieron de las casuchas hombres cargados de leña, hachones encendidos y petróleo.

Feróz granizada retronó entonces por todas partes, contestándose de la torre; pero como á sus ventanillas y azoteas apuntaban los federales para impedir que asomasen, el fuego de aquella fué lento, y aun así, al llegar al átrio dos ó tres mordieron el polvo.

Grandes llamaradas envolvieron la puerta, y á la iglesia toda bien pronto la ocultó negra y espesa nube de humo, entre la cual como relámpagos amarillentos, brillaban los fogonazos; allá en lo alto de la torre entre

el estrépito de las descargas, voces estentóreas gritaban:

—¡Viva el Poder de Dios! ¡Viva María Purísima!

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el 11.º batallón! respondían abajo los asaltantes replegados á las paredes para no ser tocados por las balas.

Hubo un terrible momento... se abrió repentinamente la puerta que empezaba arder, y, carabina en mano, con los rostros ennegrecidos, algunos hombres aparecieron, saltando increíblemente por la hoguera en plena inflamación, y descargando sus carabinas contra los soldados estupefactos, se lanzaron en vertiginosa carrera fuera del átrio, perdiéndose por entre las milpas.

Iban á salir otros, pero desprendiéndose ruidosamente de sus viejos goznes, cayó oblicuamente una hoja que obstruyó la entrada como un muro flamígero...

A la expectativa del horrible espectáculo permanecieron desde aquel momento los sitiadores. Ya todo era cuestión de tiempo.

Entonces las fuerzas restantes del campamento lo abandonaron bajando al valle y subiendo al pueblo, ocupando las casas adyacentes á la de Cruz, en cuya azotea estaba plantada una bandera con los colores nacionales.

La compañía del 9.º, el cuartel general y la pieza, se instalaron en la casa de los Medrano, junto al camino real y al pie del cerro de su nombre.

Había existido una tienda allí y era la más grande

de las de aquel lado. Incendiada el día anterior, el fuego había respetado algunos cuartos y una parte de un portal interior; en la espalda, en la pared que veía al centro del pueblo, se abrieron claraboyas para observar el *cuartelito* (casa de Cruz) y la iglesia que continuaba ardiendo.

Desde allí Miguel observó el espectáculo del incendio. Las llamas debían haber invadido el interior, pues el humo se escapaba de las ventanas y arcos de la torre, y lo terrible de aquello era, que la mayor parte de las mujeres estaban rufugiadas allí.

Y entonces presenció una cosa siniestra y trágica... en lo alto una mujer asomó su cuerpo, y con violento impulso se arrojó al abismo!...

Era ya demasiado, y el general ordenó á su corneta tocar *alto el fuego*, conmovido ante la espantosa escena; pero fué muy tarde porque el incendio había tomado tal incremento, que grandes lenguas de fuego levantaron su penacho rojo por encima de la cúspide, y bien pronto vino el desmoronamiento... oyóse un ruido tremendo, una detonación sorda y prolongada... el techo se desplomó... y luego gran parte del cuerpo de la torre vino abajo, dando paso á la volcánica explosión de chispas y llamas.

Todo había terminado, y solo la casa de Cruz, con sus tres líneas de aspilleras y su altivo pabellón, flameando en lo alto, desafiaba á las fuerzas tristemente vencedoras.

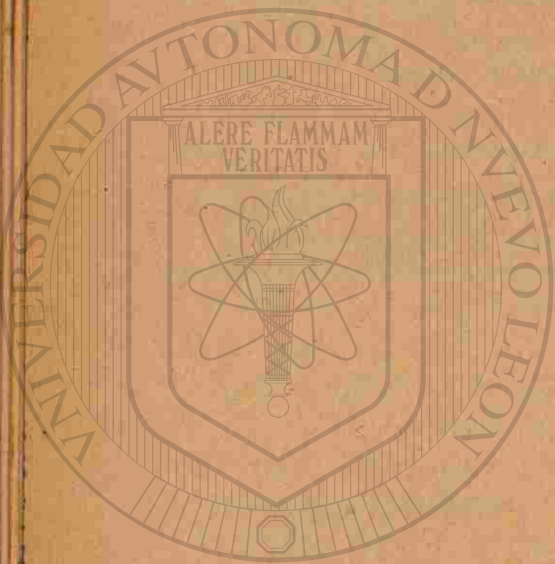
Según opinión del general, la toma del *cuartelito* era difícilísima y exigía las mayores precauciones.

Evidentemente que con las fuerzas restantes había podido tomarse, pero hubiera costado mucha sangre, y el general con razón, quería economizarla. Prefirió perder algunos días más, á perder más gente.

Aquella casa estaba construída con adobes, pero durísimos, al grado que el cañón á 100 metros no abría brecha; la puerta estaba cerrada á piedra y lodo, y como ya ni un resto de esperanza de salvación quedaba á los sitiados, deberían como nunca defenderse, vendiendo muy caras sus vidas. Además, era tal la situación de aquel reducto, al cual convergían todas las veredas del pueblo, cuyo centro era, que dominaba todas las vías y campos que á él conducían.

Nacionales de Sonora y de Chihuahua, «Seguridad Pública» y 12.º batallón dieron pequeños puestos avanzados, ocupando las casas que rodeaban el *cuartelito*, formándole un cerco estrecho.

Entre tanto, el templo en ruinas, y las otras casas del pueblo, continuaban lanzando al cielo azul inmensas espirales de humo, surgiendo de sus escombros; y en la noche tiñeron el horizonte negro con sangrientos resplandores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XXV

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al día siguiente, el valle apareció aún más triste y silencioso, el caserío de Tomochic, muerto y en ruinas, parecía una inmensa tumba.

Solo la casa de la Medrano ocupada por el Estado Mayor y restos del 9.º y 11.º batallones, estaba animada.

Tras la pared que cercaba el fondo del patio, tres ó cuatro tiradores que se relevaban cada hora, permanecían á la expectativa, en tanto que en un rincón y tras enorme boquete, estiraba su cuello, silencioso é inmóvil, el cañoncito Hostkiss, á caballo sobre su montante de cuatro patas.

A las nueve de la mañana, en el momento en que se repartía á la tropa carne y harina, se presentó un

hombre flaco y sucio que había llegado corriendo desde la casa de Cruz.

Era uno de los prisioneros que este tenía encerrados en un casuchón dentro del mismo patio de su casa. Todos los que en él se encontraban habían logrado abrir la puerta; pero nadie se había atrevido á ser el primero en salir, temiendo, con razón, que les hiciesen fuego de cualquier parte.

El coronel Torres, segundo en jefe, le interrogó á solas, ordenando después que se le diese de comer poco á poco y con muchas precauciones, pues hacía muchos días que no comía sino maíz crudo.

Con gran sorpresa vieron los tiradores que cercaban el reducto enemigo, aparecer una mujer á la puerta de él... avanzó lentamente, saltó por entre las maderas de la ya destruída empalizada, y sin rumbo fijo, empezó á vagar entre los sembrados, con ademán atónito de loca.

Después se dirigió á la casa de Medrano, tímidamente. El general ordenó que se la respetase.

Quando un *pima* llegó conduciéndola del brazo, todos se quedaron pasmados ante su cuerpo encorvado y encorvado, y su cabeza completamente blanca de canas.

Era una decrepita anciana de ojos vidriosos é inyectados de sangre, vestida con una enagua azul, y calzada con viejas *teguas*.

Indudablemente se rendían, pues no podía explicarse que fuese allí, sino con el carácter parlamentario,

aquella vieja que debía ser valerosa por haberse atrevido á salir.

Sin embargo, no era así, y bien pronto se supo que medio loca por la muerte de sus nietos, había decidido ir á buscar sus cadáveres y á llevar alimentos á los heridos, muchos también hijos y nietos suyos.

Contó, tartamudeando, después que comió un plato de sopa que el general la ofreció, que Cruz no la dejaba salir; pero como era la más anciana del pueblo y la que más gente había dado á la causa de Nuestro Señor, el jefe, impotente para detenerla, la había dejado salir, encomendándola á la Virgen Santa.

Se trató entonces de que llevase una intimación al enemigo, haciéndola comprender lo terrible é irremediable de su situación, siquiera en vista de las mujeres, ancianas y niños, que morían de hambre ó contaminados por la peste que en la casa Cruz se iniciaba por la putrefacción de los cadáveres que arrojaban de noche cerca de ella y que permanecían insepultos, dando durante el día, un espantoso espectáculo de muerte, á las familias amontonadas como un haz de carne viva en aquellas paredes sostenidas por un heroísmo fanático, inverosímil.

Comprensible era en efecto la inmensa y desoladora desesperación que habría en aquella casa que debía estar convertida en un hospital, sin médicos, medicinas, ni alimentos... ¡hospital al par que fortaleza que debía ser sepulcro de los que la defendían con el valor inau-

dito de la fe de los antiguos cruzados, felices con la esperanza luminosa y mística del cielo!...

Si; aquella demencia de fanatismo que se había apoderado furiosamente de aquel Tomochic ignorante, sencillo y heroico, hacía soportar los tremendos horrores de la tragedia del hambre, á sus últimos supervivientes.

Después de mil vacilaciones de la infeliz anciana que temía la cólera del caudillo, quien le había prevenido que jamás tratase nada semejante con los impíos, llevó un pliego firmado por el general Rangel, en que con las mejores razones posibles, se pedía la rendición incondicional de los de Cruz; pero que si se obstinaban en su resistencia tomaría á sangre y á fuego su último reducto; por lo que se le permitía que saliesen las mujeres y los niños, á los que se tendrían las mayores consideraciones.

A la media hora volvió la anciana con la contestación, en que se negaba enérgicamente á rendirse, negándose también á enviar las familias, por dudar del cumplimiento de la promesa.

Era en verdad hacer muy poco honor á los sitiadores, mas como se tornó á insistir, sobre todo respecto á la segunda parte, decidióse Cruz á mandar las familias, mientras él y los suyos esperaban la muerte.

Un grupo informe, un montón de enaguas sucias, de harapos desgarrados encubriendo carnes flacas, en-

tre un murmullo sordo de gemidos, toses y sollozos de niños, entró lentamente por la chaparra puerta de la casa, ante la estupefacción de todos los soldados y oficiales que se pusieron en pié para ver aquello tan horrible y consternador...

Ah! con qué profunda emoción presenció Miguel el desfile trágico de los infelices que entraron en sombría procesión... ¡Negra serie de espantosas víctimas!

Nunca había visto, ni leído, cosa más lúgubre. Todos la miraron con respeto, abriendo valla silenciosamente.

Iba á la cabeza un anciano jorobado, de grandes cabellos blancos, apoyándose sobre los hombros de una muchachita muy flaca, de rostro lívido, y que llevaba vendada una mano herida por alguna bala perdida. A través del vendaje sucio aparecía una gran mancha negra. Había una anciana que marchaba quejándose lastimosamente, con el rostro todo ensangrentado por una herida que tenía en la cabeza.

Una mujer alta, de grandes ojos negros, muy erguida, llevaba en sus brazos un niño de meses que sollozaba. Algunas jóvenes que se adivinaban bellas, marchaban envueltas en mantillas de color, ó cobertores á cuadros rojos y negros. Un niño de seis años cojeaba escurriéndole sangre de las rodillas; en sus ojos había dos lágrimas contenidas por una voluntad poderosa.

Después... era una masa confusa de cuerpos raquíticos y rostros huraños, de ojos negros, de miradas

febriles y relampagueantes sobre la lividez de flacas y rugosas mejillas.

Y cerrando esta procesión de desgraciadas que abandonaban los seres queridos que aún les vivían, este rebaño de viudas huérfanas, este montón de humano infortunio, marchaba lentamente la anciana emisaria, la vieja tartamuda que había dado tanta gente á Cruz.

¡Y considerar que aquel centenar de náufragos y de parias no eran todos los que había; que allá en la casa de Cruz habían quedado algunas mujeres obstinadas, las que aún tenían vivos á sus hijos y esposos!

Instantáneamente Miguel pensó en Julia ¿giría con aquellas infelices? ¿viviría aún?...

Intentó observar los rostros de las mujeres, experimentando profunda amargura y oprimiéndosele el corazón con el vago temor de descubrir entre ellas al ser tan simpático y desgraciado que había conocido en Guerrero.

Pero la mayor parte llevaban los rostros cubiertos con abrigos ó girones de mantillas, y bien pronto desaparecieron por el fondo de un portal.

En él había una gran pieza vacía que servía antes de troge á los Medrano. En ella penetraron.

Notó Miguel una lágrima en los ojos del general, quien no pudo articular una palabra, indicándole solo con el gesto al doctor Arellano, que se hallaba á su lado, que entrase para cuidar los heridos.

Les llevaron harina, carne y patatas, y se abrió apre-

suradamente el botiquín para proceder á las primeras curaciones.

Los soldados agrupados, desde lejos contemplaban, mudos, el interior de la pieza de la que salía un fatídico rumor de lamentos, quejidos de niño y toses enfermizas. ¡Aquello desgarraba el alma!...

En la puerta se apostó un centinela con la consigna de no dejar pasar á nadie ni aún á los oficiales.

Ya muy poco faltaba que hacer para acabar con los tenaces enemigos que quedaban en su cuartel, decididos á morir allí, altaneros, indomables, desafiando á los federales que no se atrevían á emprender el último asalto. La única señal de vida que daban era aquella bandera que flotaba al viento, con sus tres colores que salpicaban con un tono alegre el sombrío panorama.

Ya no hacían fuego, desde sus aspilleras, ya no gritaban! y era profundamente triste aquella calma silenciosa que se extendía por el valle desierto.

Los ganados abandonados á sí mismos habían huido por las montañas de la sierra, y solamente cerdos, azorados, vagaban gruñendo y entraban y salían por entre los escombros de las casas, poniendo en fuga á las gallinas y devorando hambrientos los cadáveres. ®

El general comprendía que en la noche deberían los sitiados hacer salidas para recoger maíz, patatas y frijol, que producían mucho aquellos terrenos, y á proveerse de agua del río, y trató de empezar á impedirlo.

Mandó que toda la fuerza se dividiese en guerrillas, que se extendieran en la noche alrededor de la casa

del enemigo, ocupando las que estaban cerca con el objeto de vigilar é impedir cualquier salida. Cada fracción de aquellas al mando de un oficial, llevaba un corneta para que contestase la contraseña cuando del cuartel general *corrieran* la palabra. Para impedir cualquiera confusión con los nacionales de Sonora ó Chihuahua que no debían tener lugar fijo sino marchar vivamente por donde se ordenara, debían contestar con determinada palabra para ser reconocidos cuando estos se acercaran por cualquier motivo, á los puestos sitiadores.

A las seis de la tarde, puesto ya el sol, en la semi-obscuridad de la noche entrante, partieron á los puntos designados de antemano, las fracciones combinadas, marchando en orden disperso, agazapándose tras los relieves del terreno, tomando muchas precauciones para no ser vistos del enemigo que seguía silencioso en su fortaleza, cuya masa delineaba confusamente la penumbra.

A las ocho de la noche rompieron el vasto silencio con penetrantes notas, resonó en el centro del valle el toque de *atención, parte y diana*, y no bien se había extinguido la última parte de ésta, cuando allá en el extremo del cerro de la Medrano, vibró contestando este toque, al par que también el puesto del cerro de la Cueva lo repetía.

Enseguida vibraron á un tiempo los mismos toques en todos los puestos del valle, produciendo extraña y fantástica sinfonía que los ecos de la sierra repitieron

y multiplicaron, hasta perderse en las vastas lejanías en un vago y melancólico *decrecendo*.

Hacia un frío intenso y Miguel, taciturno, en pie, envuelto en su capote, apostado tras de una cerca de un casuchón derruido, contemplaba á su frente, como á unos veinte metros, las negras paredes de la casa de Cruz, y un trozo de luna iluminando el horizonte con lívida claridad, daba un tinte de extrema melancolía al paisaje.

Miguel sentía renacer en su alma la tristeza incomprendible que constituía el fondo de su carácter. Pensó en su madre desgraciada, en su pasado sin una sola alegría, sin un amor: en su porvenir destruído; en la fatalidad que hacía de su corazón un corazón desgraciado.

¿Era posible que aquellos obcecados que velaban esperando la muerte, y tras ella la vida eterna en el paraíso, fuesen más felices que él, que vivía sin esperanza, abatido, viéndolo todo tras un prisma negro?... ¡Ah! ¿y Julia? aquella mujercita tan viva, tan linda, la de ojos oscuros, tan expresivos, tan melancólicos... ¡Qué pasión tan extraña!...

En unas cuantas palabras había adivinado una historia dolorosa soportada con dulce resignación, con la sonrisa beatífica del mártir que entrevé el cielo.

¡Con estremecimiento de indignación recordaba la incalificable abyección suya, de poseerla en un momento de embriaguez, cediendo á los impulsos de bestia que,

como una invasión de demencia, le arrebataban en las horas de orgía!

Ella había consentido, como cosa inevitable, como resignada á las brutalidades del macho, y experimentando, ante la juventud de Miguel, las primeras voluptuosidades del amor, en el despertamiento de su adolescencia...

De repente tornó á desgarrar el silencio de la noche, el toque de *atención, parte y diana*, cuyas notas metálicas resonaban en un coro gigantesco y fantástico de cornetas marciales... *atención, parte y diana* iba repitiendo cada corneta hasta llegar al del último puesto, allá en la iglesia humeante... después eran los ecos de las montañas los que repetían la última parte del toque, aquella diana sarcástica que iría á llevar sus acentos á aquel puñado de sublimes fanáticos que repetían en el siglo XIX las legendarias escenas inmortalizadas por la poesía épica!

El jóven oficial se estremeció nerviosamente cuando el muchachón que llevaba como corneta de órdenes, se incorporó y con el rostro hacia el cuartel general, dió al viento la contestación del toque que significaba el alerta en sus puestos.

Después, Miguel tornó á su meditación, paseando á la claridad de la luna en creciente que estaba ya para ocultarse tras el lomo enorme de una montaña.

¡Julia!... ¿estaba positivamente enamorado de ella ó era el sentimiento que experimentaba, una reacción de su naturaleza, una neurósis que ocasionaba en él,

el prestigio del infortunio y el atractivo de la desgracia en una mujer joven, resignada á su martirio fatal?...

¡Quien sabe, quien sabe! El hecho era que pensaba en ella, que se desesperaba de no haber podido interrogar y mirar detenidamente á las mujeres llegadas esa mañana.

Cuando desfilaron ante él, no la había visto, pero bien podía haber pasado sin conocerla... y Miguel en aquellas cavilaciones, ya sentado, ya paseándose, pasó gran parte de la noche, oyendo cada cinco minutos aquel toque repetido tristemente en el silencio, con intervalos regulares, como los golpes de ingente y formidable péndulo.





A las doce ocurrió un incidente. Ya se había ocultado la luna y reinaba profunda obscuridad; pero pudieron distinguirse algunas sombras que se aproximaron al río.

Al momento los tiradores que por aquel lado cerraban el cerco, hicieron fuego; las detonaciones tronaron multiplicadas por los ecos de las montañas, como si un carro gigantesco se despeñara entre las rocas, con traqueteo colosal. Fué un desgranamiento de fuego en la sombra y el silencio.

Inmediatamente los auxiliares de Sonora acudieron velozmente: se creía en una salida del enemigo; pero las sombras desaparecieron y en el lugar en que se les había visto, se encontraron dos tinajas llenas de agua.

Al amanecer el día 28, volvieron las fuerzas desta-

cadás, á la casa Medrano, desde cuya espalda permanecía un puesto de tiradores en observación del *cuartelito*, cuya bandera tricolor seguía ondeando con el viento frío y ligero que soplabá del Noreste.

Esa mañana llegó otro convoy de provisiones de Guerrero, con una escolta del 5.º regimiento, la que traía también instrucciones del general Marquez.

Naturalmente llegaron barriles de *sotol* y volvió á haber algazara y gran animación en la tropa y oficiales.

Allí, dentro de las cuatro paredes del patio de la casa que había sido de los hermanos Medrano, volvieron á oírse las canciones de los soldados, canciones que acompañadas con las notas solemnes de los acordeones, resultaban tristísimas, contrastando su melancolía con los rostros alegres y glotonés y con aquel barullo y griterío, alzándose bajo un cielo de azul immaculado, lleno de luz y de frescura.

Volviéron las fogatas á levantar sus elevados penachos de humo; ya no sólo carne de cerdo guisaban las desarrapadas *viejás*, sino gallos, gallinas y *guajalotes* cogidos en los corrales de las desiértas y humeantes casas.

También había hecho *barbacoa*, chile frito, patatas guisadas y tortillas de maíz.

A esto, agregado el *sotol* en abundancia y *billetes* con qué comprar, se comprenderá la alegría que desbordaba después de la penalidad de las noches en vela, al

aire libre, y ante un enemigo mudó, encerrado en una fortaleza.

Solo allá en un rincón del patio, en la puerta de la antigua troge, en la que un centinela se paseaba aburrido con el fusil al hombro, se oía incesantemente un triste y monótono murmullo de palabras, toses, quejidos y llanto de niños. Era el departamento de las mujeres *prisioneras*, como les decían los soldados.

A las diez de la mañana, dispuestos en guerrillas y agazapándose entre los sembrados, unos treinta *pimas*, llegaron por la espalda al departamento que ocupaban los prisioneros que tenía el enemigo; allí horadaron las paredes, logrando salvarles.

Dos habían muerto de sed y los demás,—entre ellos el subteniente del 12.º batallón hecho prisionero el día 20—lograron volver salvos al campamento, escoltados por aquellos valientes hijos de Sonora.

Dióseles de comer con muchas precauciones, á causa de su gran debilidad, pues llevaban semanas de estar sostenidos sólo con maíz tostado ó crudo.

En cuanto á los últimos *tomoche*s, encerrados obstinadamente en la casa de Cruz Chavez, seguían mudos y como enterrados en vida.

¡Compasión y admiración profunda inspiraba á todos, aquel puñado de sublimes héroes, esperando la atroz y lenta muerte del hambre y la sed, antes que entregarse!

¡Qué situación la suya, qué angustia la de permanecer lejos de sus amadas familias los únicos supervi-

vientes de una raza indomable, creyente y fuerte, al lado de los cadáveres en putrefacción, de las últimas víctimas!

Bajo un pequeño portal de madera de la casa de Medrano, ante la puerta de su cuarto, el general, con una gorra de fieltro, chaquetón de dril y envuelto el cuello en una mascada gris, se paseaba intranquilo y pensativo, golpeando el suelo con una varita.

A veces charlaba con el doctor Arellano y el teniente Méndez, cuyo cañón Hostkiss, tras la pared obturada de la casa, estaba asestado contra la de Cruz Chavez.

Era preciso apoderarse de ella, por hambre ó mejor dicho, esperar á que murieran para dar por terminada tan sangrienta campaña.

Había dicho el general, en conversación con algunos oficiales, que en su larga vida de campaña jamás había visto cosa semejante, y que sólo los soldados de un regimiento de zuavos que se hizo temible por su bravura temeraria, durante la invasión francesa, y los indios *juchitecos* del estado de Oaxaca, eran comparables con aquellos hombres de los que ya no quedaban ni veinte.

Un sentimiento de compasión hizo que tratara de convencer por última vez á aquellos obcecados de que se rindieran.

¡Ah! debía ser inútil, pues bien comprenderían que no se les perdonaría la vida y tenían que pagarla muy cara!

—¡Que le hablen á *Chabolé!*—gritó el general.

Chabole era un viejo jefe de los indios de la sierra de Sonora, temerario cazador de hombres y fieras, hombre que con un poco de *pinole*, una botella de *bacanora* (especie de aguardiente), una carabina y cartuchos, andaba veinte leguas diarias en plena sierra.

Conocía muy bien á Cruz Chavez, con quien había conducido mulas hasta la frontera de los Estados Unidos.

—*Chabolé* ¿sería capaz de ir á hablarle á Cruz?—le preguntó el general Rangel.

—¡Válgame Dios! ¡cómo no, mi jefe!

Dióle instrucciones, y *Chabolé* tomó una botella de *sotol*, arrimó su carabina á la pared, encargándola al primero que vió y se encaminó tranquilamente al cuartel enemigo, ante la admiración general de todo el campamento.

Con gran sorpresa, desde el *cuartelito* le dejaron acercar hasta que llegó junto la empalizada, semi-destruída; la saltó y desapareció.

Después de veinte minutos de ansiedad para los que le vieron desaparecer, regresó muy tranquilo, y silbando un aire de su tierra, se acercó al general, movió la cabeza y le dijo socarronamente:

—¡Que no se rinden hasta que Dios les quite el alma!

He aquí lo que después se supo de su entrevista.

Cuando se halló cerca de las paredes, gritaron por dentro:

—¡En el nombre del Poder de Dios, qué quieres?

El, sin hacer caso, gritó:—¡Oye, Cruz!... ¡Cruz!...
¿No me oyes?... ¡Soy Chabolé... ¡Vengo á darte un
abrazo y un trago, y á decirte que te rindas!

—¡Acércate y entra! contestaron.

Chabolé se acercó y después de esperar algún tiempo hasta que le abrieron, entró.

No vió nada porque estaba oscura la pieza.

—Dame el abrazo y el trago.

Se dieron un abrazo en las tinieblas, notando el valiente emisario que se habían cubierto las aspilleras por dentro, sin duda por precaución; oyó algunos quejidos de mujer y un murmullo de rezo.

Cruz tomó la botella, bebió y le dijo empujándole suavemente hacia la puerta, cerca de la que estaban:

—Bueno, ahora vete y diles que no nos rendimos, hasta que Nuestro Señor se lleve nuestras almas.

Aquella tarde un suceso imprevisto conmovió al campamento. Entre los prisioneros recogidos en la mañana lo había sido uno que pertenecía al cuerpo de «Seguridad Pública» caído el día 2 de Septiembre en poder del enemigo: era de los que tomaron las armas contra las fuerzas del Gobierno.

Había logrado el día anterior, con pretexto de ir á llamar á algunos compañeros, llegar á la casa que servía de prisión y allí esperó con los demás, á quienes suplicó no le delatasen; pero no fué así, y después de breve consejo de guerra extraordinario, fué sentenciado á la pena capital.

A las cuatro y media de la tarde, ante las fuerzas en

Cuadro, y después del toque de «bando» fué fusilado.

Volviéronse á tomar esa noche las mismas disposiciones de la anterior, y á Miguel le tocó ocupar una de las alas de la iglesia, en la parte correspondiente á las ruinas del antiguo convento.

Un viento húmedo y frío soplaba del norte, acumulando inmensos nubarrones sobre el cielo que se oscurecía gradualmente.

Era una tarde de una tristeza infinita. Bien pronto una lluvia lenta y menuda descendió sobre el valle desierto y melancólico... Por entre las rotas techumbres de la iglesia surgían enormes humaredas que iban á confundirse con las nubes. Era un cuadro de inmensa desolación.

En el camino, Miguel había encontrado cadáveres abandonados sobre el campo en completo estado de putrefacción y tan despedazados por los puercos y hechos girones los trajes, que era imposible reconocer á primera vista á qué bando pertenecían.

En el atrio, bajo la lluvia que arceciaba, hizo alto la sección que debía establecerse tras los muros del convento los cuales veían el cuartelito, para vigilarlo por aquel lado.

El teniente dividió la fuerza, ordenando á Miguel se fuera al mando de algunos hombres hacia los últimos departamentos de la izquierda, los que debían estar en ruinas hacía mucho tiempo, pues no obstante estar destechados, no presentaban escombros como los adyacentes á la iglesia, que aún ardían.

Un olor nauseabundo le indicó un montón de cadáveres medio carbonizados que obstruían el paso en una puerta que había que atravesar, fué preciso hacerlos á un lado con un trozo de viga, y por allí pasó la tropa, enfilando un viejo claustro hasta llegar al lugar designado.

Aquellas eran las ruínas del antiguo convento edificado por los jesuitas en el periodo colonial, cuando más se explotaban los minerales de aquella parte de la sierra.

¡Qué tristes y sombrías aparecían aquellas ruínas á los ojos del nervioso oficial, bajo la lobreguez de un gris plomo, en un ambiente espeso y frío, en la neblina parda de la tarde lluviosa y expirante!

Violentas ráfagas heladas, cortaban como cuchillos los rostros cárdenos de los soldados.

Iban envueltos en sus capotes azules, caladas las capuchas, avanzando como en una fatídica procesión de monges, al lado del trágico desastre del incendio de la iglesia, que continuaba ardiendo lentamente..... mientras llovía.

Allí hubo que relevar un pequeño destacamento del 11.º establecido desde la mañana, cuyos hombres habían trabajado todo el día en amontonar los cadáveres que había allí, arrojándoles vigas y viejas puertas, para quemarlos.

Habían abierto también claraboyas, tras las que se apostó la tropa.

Al poco tiempo obscureció por completo...

Miguel, abrumado de fatiga, entumido por el frío, chorreando agua, se sentó en una piedra, contemplando con extraño pavor el edificio obscuro.

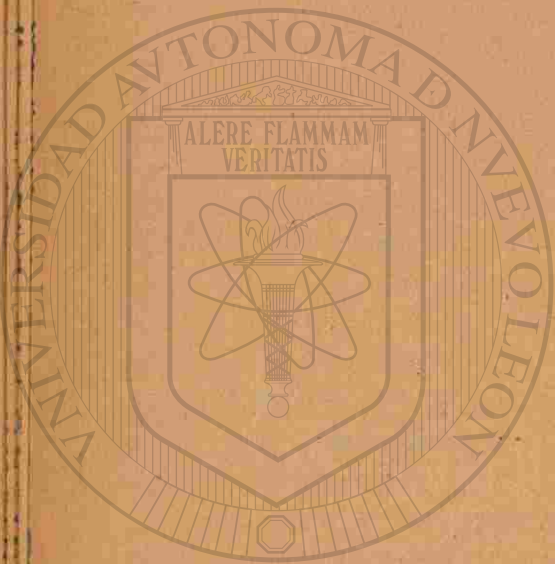
Las tinieblas eran densísimas, y sólo allá á lo lejos se advertían fulgores rojizos y constelaciones de chispas. De cuando en cuando se oían ruidos lejanos; algún trozo de techo que se hundía, alguna pared que se desmoronaba.

A las ocho sonaron las notas de las cornetas en el silencio de aquella noche oscura y lluviosa: *atención, parte y diana*, repetidos veinte veces en los contornos del valle.

El oficial, acurrucado en un rincón, al lado del corneta encargado de contestar la contraseña, dormitó á ratos, despertando á cada momento con grandes sobresaltos nerviosos, creyendo que le sorprendían en aquella falta ó que el enemigo se le echaba encima.

Peró no; la lluvia siguió calmándose hasta las dos de la madrugada, hora en que el frío se hizo insoporable, al grado de que algunos pobres diablos de soldados, se quejaban dolorosamente, como si tuviesen los pies invadidos por la gangrena.





A la mañana siguiente, el viento, soplando con gran fuerza, barrió con las nubes. La lluvia cesó por completo.

Entonces pudo la tropa encender grandes fogatas para secarse, calentándose un poco y asando en ellas los trozos de carne de que iban provistos.

Llegó un ayudante del general, diciendo que esa mañana, á las diez, se tomaría el cuartel, debiendo la fuerza que ocupaba la iglesia, permanecer á la expectativa, sin abandonar el puesto, limitándose su papel á evitar toda fuga del enemigo por el espacio que abarcara el alcance de sus fuegos.

El oficial se preparó á presenciar el asalto, tras las claraboyas practicadas en la vetusta pared del convento.

En la casa de Cruz seguía el silencio mortal de los días anteriores... Vió acercarse grupos de soldados, cargados con rastrojo y ramas secas, como para la toma de la iglesia... el cañón desde la casa Medrano, hizo tres disparos y luego fué el asalto. Los soldados á los gritos de—¡Viva el once batallón!—se precipitaron, cargados de combustible, hacia las paredes de la casa cuyas aspilleras se cubrieron de humo de pólvora. Oyéronse algunos disparos.

Los asaltantes, tras la empalizada que cercaba el cuartelito y tras montones de piedras, hicieron alto y se correspondió al tiroteo, apuntando á las aspilleras, para quebrantar la resistencia. Después se precipitaron á la carga, lanzando los gritos que tanto animan á nuestros soldados:

—¡Viva el oncenno batallón! ¡Viva México!

Y allá, tras las paredes acribilladas á balazos, contestaron como siempre aquellos gritos que causaban pavor y presagiaban la muerte:

—¡Viva el gran Poder de Dios! ¡Viva María Santísima! ¡Vengan los del oncel! ¡A ver si ahora corren!

Tres soldados se precipitaron sobre una de las esquinas, y allí, rápidamente, mientras un fuego nutridísimo de los suyos despostillaba los adobes, ellos subiendo uno sobre otro, agarrándose de las piedras salientes é hincando las rodillas en los huecos, treparon á la azotea de solo cinco metros de altura. Cuando el primero puso el pie en ella, alzándose con las

manos ensangrentadas, todos prorrumpieron en aplausos, bravos y vivas á su batallón.

Después, aquel dió la mano á otros y á otros... se les pasaron unas barretas de acero y principiaron á horadar el techo; después subieron los oficiales; uno corrió á quitar la bandera cuya asta se alzaba al borde de una pared; los de abajo arrojaron á los de arriba rastrojo y leña seca; se la encendió, y ardiendo, por un gran boquete abierto, lanzaron al interior aquellos combustibles.

Los sitiados que ya apenas contestaban, hacían fuego de cuando en cuando, de abajo hacia arriba, por la chimenea, desde donde también, en sentido inverso, enviaban los asaltantes una lluvia de plomo y fuego.

Después... de las horadaciones del techo salieron lentamente columnas de humo negro, las detonaciones cesaron... los que estaban en la azotea saltaron á tierra.

¡Ni un solo cadáver, ni un solo herido había costado incendiar la inexpugnable fortaleza tomada por fuego y hambre!

Partió entonces del cuartel general el toque de «diana,» que repitieron en diversos tonos todas las cornetas, en señal del término de la campaña. ¡Aquellas notas bélicas tan alegres, sonaron lúgubrememente en medio de aquel campo de tristeza y de las ruinas del pueblecillo incendiado!...

La campaña estaba terminada; el último reducto ardía presa de inmensas y silbantes llamas que el fuer-

te viento de aquella mañana avivaban, en tanto que, precipitadas, resonaban en el ambiente puro, las dianas, contrastando su atronador regocijo con la desolación de aquel panorama de ruinas y muerte.

Secciones de soldados con camillas improvisadas llegaron á la casa que ardía; á barretazos se echó abajo la puerta; algunos *pimas* penetraron al interior de aquel horno, apareciendo después, negros de humo y de cenizas cargando los heridos *tomoches* como fardos de carne humana, semipalpitante aún; fardos sangrientos y calcinados que surgían silenciosos, de un ambiente de infierno...

Contemplando los trágicos progresos del incendio del último reducto de Tomochic, había soldados del 11.º, 24.º y auxiliares de Chihuahua. Algunos instalaban en las camillas á los infelices que sacaban del interior.

Un oficial llegó á caballo, á comunicar al capitán Herrán, de orden del general Rangel, que á toda costa salvara á los que aún quedasen vivos en el *cuartelito*, especialmente á las mujeres.

Algún trabajo costó aquello, pues la mayor parte de los héroes morían al recibir el aire frío del exterior; otros, moribundos casi, contemplaban con mirada vidriosa á sus vencedores, y los más fuertes levantaban los brazos con los puños crispados, incorporándose con gesto de amenaza.

Todos flacos como esqueletos llevaban la ropa con cuajarones de sangre, negros de carbón y humo.

Los cadáveres eran echados á un lado, en montón, arrojándoles vigas ardiendo para calcinarlos; los heridos fueron llevados con las camillas á una casa próxima.

Ninguno pudo ir por su pie, pues si había cuatro ó cinco que no estaban heridos, estaban tan débiles por el hambre y la sed, que se desvanecían cayendo en tierra.

El general, que se negó á presenciar tan espantoso espectáculo, envió al doctor Arellano.

Bajo un portalito semi-destechado por el incendio que lo había respetado en parte, perpendiculares á las paredes ennegrecidas; tendidos boca arriba como en el *descanso* de un anfiteatro ó cual si estuviesen expuestos en una *Morgue* terrible, estaban en fila los últimos siete tomochitecos retorciéndose, lívidos, contemplando con miradas de moribundo, las lejanías del valle querido que se extendía desolado, solitario, tristísimo...

Y, confundida entre los harapos desgarrados que los envolvían, también manchada de sangre, presa del último hipo, extendidos los brazos nudosos y flacos, había una mujer, ¡una mujer que se había batido también!

Tenía las manos quemadas por la pólvora y una canana vacía le cruzaba su pecho desnudo... ¡Era la mujer de uno de los Chavez!...

El gran caudillo, el pontífice héroe, estaba á su lado, inmóvil el alto cuerpo, con una pierna hecha pedazos, un brazo atado con una venda azul con manchas

de sangre, la cabeza de crespas y alborotada melena, descubierta, rodeándole su rostro flaco de nariz de águila, la gran barba negra que le hacía parecer aún más imponente.

Así, sublime, en su actitud trágica de gladiador heroico al lado de su esposa y de su hermano, desmayado de hambre; así le vió Miguel, cuando pasó con su tropa, frente de aquella casa. Volvió el rostro para no mirar aquel espectáculo horrible, aquel enfilamiento de moribundos, colección de vivos mucho más tétrica que una de cadáveres... ¡para no ver aquello inverosímilmente espantoso como pesadilla abominable de cerebro enfermo!

Allá en el campamento que se había ensanchado apenas principió el incendio del *cuartelito*, había una algazara inmensa, un desbordamiento de entusiasmo, gritos y carcajadas.

Aquello más parecía feria que campamento, ¡ya no había peligros ni fatigas ya no se batirían más; todo había concluído!

El *sotol* circulaba y topa, oficiales, paisanos y soldados, enardecidos por el triunfo, bebían y brindaban por sus cuerpos y sus jefes, por los nacionales de Sonora, por el general Rangel y por el Gobierno... hasta por los muertos y por los heridos.

Miguel, sombrío, contemplaba con rostro de idiota el lejano horizonte de las montañas, el cielo de una limpidez purísima, manchado por el humo del incen-

dio, la casa en plena ignición, los escombros de las casuchas casi demolidas; el río pasando impassible á lo lejos á su derecha y acá, en primer término, los grupos alegres y bulliciosos de los soldados y oficiales que festejaban la victoria.

De repente sonó una detonación, luego otra y otras más... después, nada

Se incorporó volviendo á la realidad, como al despertar de un sueño.

—¿Qué sucede? preguntó á un oficial que silbaba, muy tranquilo, un aire de zarzuela alegre.

—Nada, hombre, no te asustes; ya se acabó todo, les acababan de fusilar.

—¿A quienes?...

—A quienes ha de ser, pen...co, á los últimos *tomoches*.

¡En efecto, así, tendidos y moribundos como estaban, les acababan de fusilar!

¡Con el último *tomochiteco* había terminado la campaña de Tomochic!

En la tarde se nombraron faginas para efectuar la incineración de los cadáveres tendidos en el valle y en las faldas de los montes.

Se les amontonaban unos sobre otros, se les arrojaban grandes leños y se prendía fuego; era una cosa repugnante el espectáculo aquel, la fetidez insoportable que se desprendía, invadiendo todo el valle....

Agotada la leña, aquellos fatídicos montones conti-

nuaban ardiendo lentamente, con su propia grasa, dispersando los miembros, transformando los calcinados cuerpos, ennegreciendo cráneos pelados, de espantosas cuencas, y abriendo las bocas de los rostros, con gestos ce ingentes carcajadas.

Hondamente preocupado con el pensamiento de Julia, Miguel intentó esa tarde, interrogar á alguna de las mujeres prisioneras que salían á llevar agua á las enfermas; pero en el momento de ir á hacerlo, se mandó formar la fuerza del 9.º para instalarla en otro lugar, allá en el límite del valle, en una casa, al pie de la sierra, y fuera del caserío central.

El 11.º, 12.º y 24.º con el Estado Mayor, también cambiaron de instalación, acampando en unos amplios corrales, al lado del cerro de la Medrano. Cerca de estos quedaron los nacionales de Sonora, de «Seguridad Pública», y 5.º regimiento.

A cargo de este piquete se dejaron una gran cantidad de caballos, mulas, asnos, reses y carneros, animales todos recogidos en los campos abandonados.

Las *viejas* entraron desenfrenadamente á saco en aquellas cuantas casas destruídas á sangre y á fuego, sacando cuanto encontraban, exponiéndose á que algun techo se desplomara sobre ellas... ¡Nunca como entonces estuvieron tan contentos!

El subteniente Mercado quedó cerca del general para llevar órdenes en la noche, á la nueva casa que ocupaba el 9.º, y como esta distaba cerca de una legua

del cuartel general, se le prestó un caballo con una montura de tropa.

Para transmitir una orden tuvo que atravesar por entre las ruinas y el incendio, aun no extinguido, y pasó á galope, contemplando con pavor la dantesca escena, evitando las asquerosas hogueras, en que ardían los cadáveres amontonados.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

1965
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN, MÉXICO

XXVIII

Fue un espléndido día, el día 30 de Octubre. Heló fuertemente en la madrugada, pero el sol apareció tras las montañas en un cielo de un azul purísimo.

Sin embargo, continuó sobre el campo el sombrío espectáculo del desastre, y los mismos contornos tristes de las casas arruinadas y la iglesia en escombros, ardiendo silenciosamente, vomitando negras humaredas hirió la imaginación del oficial, predisponiéndole más que nunca á la tristeza. Esa mañana, después de almorzar unos trozos de carne de res con patatas cocidas y un poco de café caliente, comprado carísimo á las viejas soldaderas, fué al mando de 20 hombres, á hacer algunas excavaciones en la iglesia, donde creíase encontrar el tesoro de Cruz.

Sólo cadáveres horriblemente aplastados bajo las

piedras, campanilas viejas, papeles y trozos de metal se encontraron.

Allá en el *cuartelito*, otra fagina removía también los escombros, hallando cadáveres de hombres, mujeres y niños, carabinas, fusiles, bayonetas, pistolas y un prodigioso número de cartuchos quemados. Se encontró también un kèpis de teniente coronel. Sin duda el del teniente coronel Rangel.

Se pudo reconocer sobre las paredes de las destechadas casas, las huellas del plomo de los proyectiles, y los muchos boquetes abiertos por el cañoncito, pudiendo comprender perfectamente la inutilidad de sus descargas sobre aquellos durísimos adobes.

Dado el total de granadas y botes de metralla lanzados, sólo un pequeñísimo número habían hecho efecto sobre el pueblo.

¡Ah! lo más terrible, lo que causaba dolorosísima impresión en el ánimo, eran los destrozos y estragos del incendio que sólo dos casas había respetado.

La lenta combustión de los cadáveres continuaba en todos sus detalles siniestros. El viento llevaba las cenizas y avivaba las llamas de las fúnebres hogueras, en torno de las que vagaban, gruñendo sordamente, cerdos voraces que se cebaban en los trozos de carne aún intactos por el fuego.

Tanta repugnancia causaba aquel espectáculo, que las *viejas* ya no guisaban con manteca de puerco, ni comían su carne, porque era carne nurida con carne humana.

En cambio, flacos, mohinos y azorados, vagaban los perros, de casa en casa, aullando dolorosamente, y huyendo despavoridos, en cuanto veían acercárseles los soldados, que muy afectos á estos animales les arrojaban carne, la cual desdeñaban, no obstante el hambre que los devoraba.

La casa que ocupaba la fuerza del 9.º batallón, era la de Reyes Dominguez, fuera del núcleo del caserío.

Se la había respetado, porque este fué uno de los pocos que no siguieron la causa de Cruz Chavez, de quien era cuñado, pues estaba casado con una hermana de aquél.

Reyes hacía mucho tiempo que se encontraba en Guerrero con su familia y un viejo francés que había sido maestro de escuela en Tomochic.

En cuanto supo el desastre, muy favorable para él, se trasladó en día y medio á su casa, donde por supuesto se encontró sin su ganado y sin los granos que tenía almacenados.

En el fondo del patio, donde estaba su habitación, se instalaron los oficiales, tendiendo en los ladrillos cueros de res, zaleas y cobertores; y como en la tarde habían llegado otros compañeros de los demás cuerpos, un capitán de *nacionales* entre trago y trago de enorme botella de *sotol*, puso el monte para que se divirtieran los *muchachos*, como él dijo.

Formóse una gran rueda en el suelo; sobre un cobertor morado, arrodillados unos, á la turca otros, y

muchos recostados, los oficiales ante las cartas de los albures, se acalararon, dejando y recogiendo billetes, según la suerte se les presentaba, entre los gritos de las disensiones y disputas, allá en el fondo del cuarto invadido por azul y espesa nube de humo de cigarros puros.

—¡As de copas, á la puerta viejo, —dijo el capitán.

—¡Caramba, qué suerte tiene el poetastro! —gritó un teniente.

—¡Aquí me falta un peso que iba á la vieja, mi capitán, —y Castorena extendió imperiosamente la mano.

El capitán, un charrote de cara de bronce, le arrojó un billete.

—Pongan claro su dinero, señores, el dinero habla — y el juego siguió...

Miguel en pie, había jugado algunos billetes que había perdido, así es que se retiró, yendo á pasear fuera de la casa, esperando que fueran las seis de la tarde para entrar de guardia.

En el patio la tropa estaba muy contenta y descansaba, charlando y comentando los últimos acontecimientos, al lado de sus mujeres.

A las cinco de la tarde volvió el campamento á conmovirse con el espectáculo de la procesión de las mujeres y niños que fueron trasladados á la casa de Reyes Dominguez. En la puerta del cuarto que ocuparon se apostó nuevamente un centinela.

Después de pasar revista á los doce hombres que

debían entrar de guardia. Mercado relevó el servicio á las seis de la tarde.

A las cinco había llegado un correo de Guerrero, el



que traía entre otras cosas, correspondencia particular para algunos oficiales del 9.º batallón.

Eran las siete de la noche, cuando un capitán entregó una carta al subteniente de guardia.

Al ver el sobre quedó consternado. Era letra de su madre.

Lo rompió temblando, y acercándose á un farol, puesto sobre una gran piedra, cerca de la puerta, á su luz semirojiza y escasa, leyó, inclinándose un poco:

«Octubre 19 de 1892.

«¡Ojalá que el cambio de guarnición te alegre un poco y sanes de tus enfermedades! Dicen que Chihuahua tiene un temperamento muy sano... ¿Te has aliviado?...

»Pensaba no escribirte para no amargar más tu vida, pero es preciso que te comunique que soy muy desgraciada y que no me pertenezco; que Leandro, arrepentido, ha vuelto y me lleva lejos de Méjico, al extranjero, ¡quién sabe adónde! Sé bueno y perdona á tu madre que te quiere con toda su alma... Ya te escribiré.

»Piensa en Dios, único consuelo de los que sufren... ora y ten fe.

«Tu madre
ANGELA.»

El infeliz Miguel, preso de horrible vértigo, experimentó un ansia infinita, se le oprimió el pecho, se le nublaron los ojos y sollozó.

Sollozó en un rincón del portal, tras del centinela de la puerta, anonadado por aquel golpe terrible. ¡Ya no había nada en el mundo! Todo era falso en la vi-

da... la realidad era horrible... su misma madre le abandonaba voluntariamente... ¡dejándole solo...!

¡Sólo... ¡Qué siniestra palabra! Ella resumía todo el infortunio de su vida desventurada, encerraba la amargura, el desencanto, el tedio infinito á que se vería perpetuamente condenado!

Mucho tiempo permaneció así, abismado, sin comprender nada de lo que pasaba á su alrededor. Después, fué preciso sobreponerse, y tuvo al fin conciencia de su situación.

Salió al campo para refrescarse, paseándose ante el cuerpo de guardia, carabina en mano, como se prevenía para el servicio.

Un grupo de oficiales charlaban afuera con el propietario de la casa, Reyes Dominguez.

Se discutía el origen de la sublevación de Tomochic, comentábase aquella violación de una muchacha por una autoridad de Guerrero; los impuestos excesivos; el cuadro mural de la iglesia que intentaba llevarse el gobernador Carrillo; los atropellos de la soldadesca del primer destacamento y la ambición de algunos que atizaron los rencores del pueblo que empezaba á ser tanatizado por Cruz Chavez.

Después, Reyes contó al corrillo de oficiales que rodeaba, las costumbres de los tomochitecos, costumbres verdaderamente patriarcales.

Eran excelentes labradores, comían sobriamente, casi no bebían alcohol, vestían muy bien, teniendo abrigos de telas americanas, para el frío. Como todos

eran cazadores y algunos habían hecho la guerra á los salvajes, á nadie le faltaba su carabina y su par de cananas.

Se dejaban crecer el pelo y la barba, tenían ojos negros muy hermosos, y casi todos eran altos y robustos.

Entonces la conversación recayó naturalmente, sobre la manera cómo murieron los últimos que sacaron moribundos del *cuartelito* incendiado.

Les trasladaron del portal en que estaban en fila, al llano, diciéndoles que rezaran porque les iban á fusilar; Cruz rogó que le colocaran junto á su hermano. Así lo hicieron.

Uno, que apenas podía hablar, murmuró:

—Cruz, Cruz... polvitos...

—Déle á Nicolás, —dijo Cruz á un soldado del 12°— Este le llevó un escapulario que contenía unos polvos de la Santa Cabora, polvos con los cuales se podía resucitar.

Cerca de los moribundos estaban un capitán y un oficial del 5.º regimiento, con un pelotón de soldados con las armas cargadas.

—¡Hínquense! —le dijeron al que estaba en un extremo, mientras un soldado acercándose alzó su carabina muy tembloroso.

—¡No puedo!... —Iba á incorporarse; pero el soldado, á boca de jarro, le disparó haciéndole pedazos el cráneo, chamuscándole los cabellos. El cuerpo rebotó quedando boca abajo.

En ese momento otro soldado hizo fuego sobre Cruz, el que si se pudo arrodillar, cayó de espaldas con el pecho atravesado, quedando con la boca abierta y los ojos viendo al cielo.



Pedro Tomochic

Al último que fusilaron le dieron dos balazos, porque al soldado le temblaba tanto la mano, que á un paso, apuntándole al pecho, le hirió en el estómago; el *tomoche*, recostado, dió un salto y gritó;

—¡Viva el Poder de Dios!

El soldado, después, le volvió á disparar metiéndole la bala en la cuenca del ojo... ¡Fué la última víctima!...

Así refirió un teniente la muerte de los últimos *tomoches!*

Miguel, estremecido, se apartó del círculo de oficiales, y paseándose, meditó silenciosamente en el enorme desastre de aquella tragedia colosal, desarrollada en un hueco de la Sierra Madre en medio de una República..... en plena paz.

¿Quién podría nunca sospechar en lo de adelante, lo inmensamente trágico del nombre de TOMOCHIC, oscuro caserío perdido en las soledades de Chihuahua y casi desconocido hasta entonces?... Nadie, si alguien no lo escribía.

Las cifras que los oficiales de Estado Mayor apuntaban eran de una dolorosa elocuencia, y no obstante, era fácil dudar de su exactitud.

Aplicando el tanto por ciento de muertos y heridos en aquella pequeña pero terrible y sangrientísima campaña, á cualquiera otra mayor en escala, hubiera resultado algo que hubiese helado de pavor. De más de mil hombres no restaban ni cuatrocientos. De más de cien tomochitecos hábiles para tomar las armas, no quedaba ni uno!... ¡Todos habían muerto heroicamente!

Sobrevivían sólo del desventurado pueblo, ciento catorce mujeres y niños. Infinidad de cadáveres de es-

tos se habían hallado en los escombros humeantes de la iglesia y de algunas casas.

Miguel, aterrado ante estas consideraciones continuaba paseando á la luz de la luna que resplandecía en la mitad de un cielo azul oscuro.

Sus compañeros se habían retirado á causa del frío ya intolerable y él quedó sólo ante la puerta cerrada, tras de la que estaba el cuerpo de guardia.

El oficial tenía á su frente el valle inmenso y solitario, como una ciudad mortuoria en la que brillaban tristes las hogueras en que ardían los cadáveres.

En las habitaciones ocupadas por las desgraciadas familias, se oía, como siempre, el vago rumor de los sollozos de los niños, y las voces débiles de los viejos que rezaban por las almas de los muertos...



Así, dormitando ligeramente ante el fuego que chisporroteaba, pasó largo tiempo, hasta que la luna hubo traspuesto los montes... Gran silencio había.

De repente una voz del fondo del patio gritó:

—¡Cabo de cuarto!

—¿Qué ocurre?...—contestó éste incorporándose y refunfuñando.

Era el centinela apostado en la puerta del departamento de las mujeres.

Cambiaron algunas palabras en voz baja y regresó el cabo diciendo a Miguel:

—Mi subteniente, una de las prisioneras, que está muy mala, quiere agua porque se le acabó; dicen que se está muriendo.

—A ver, vaya usted á conseguirla con alguna *vieja* y llévela inmediatamente. Sargento, le encargo mucho cuidado, voy á ver qué sucede.

El oficial atravesó el patio, tropezando con los soldados tendidos en el suelo hasta llegar al aposento de las infelices.

Allí contempló un espectáculo de horrible miseria.

Una linterna de vidrios opacos y sucios, al nivel del suelo, alumbraba con escaso y amarillo fulgor una estancia de unos treinta metros cuadrados, cuyas paredes muy bajas, se adivinaban en la penumbra lejana.

Aquella linterna teñía de amarillentos fulgores á infinidad de figuras yacentes que proyectaban sombras colosales y fantásticas, allá en el fondo negro y opaco del cuarto impregnado de un hedor insoportable.

Al fin cansado y muerto de frío, el subteniente penetró en el portal del cuerpo de guardia, mandando al cabo de cuarto que atrancase sólidamente la puerta.

Se sentó, envuelto en su capote, calándose la capucha, en un apolillado taburete, cerca de un buen fuego que levantaba sus llamas, esparciendo en torno un agradable calor que confortaba los ateridos miembros del sargento de guardia y del cabo, que dormían envueltos en sus zarapes, sentados en el suelo, con las piernas cruzadas.

En el patio, al aire libre, dormía la tropa con sus mujeres, al lado de sus maletas y los pabellones de armas correctamente alineados. Allá en los rincones, una que otra fogata moribunda, alzaba melancólicamente sus últimas llamas, del montón de carbones y cenizas, avivadas por las ráfagas que soplaban del Norte, llevando las emanaciones pestilentes de los cadáveres, y el olor particular de las casas incendiadas.

Montones de harapos significaban mujeres dormidas, en tanto que otras, sentadas en angustiada inmovilidad, parecían ánimas sufriendo resignadas los martirios del purgatorio.

La voz de un niño que se quejaba dolorosamente, surgía de un rincón, en tanto que un ronquido estertoroso, hacía volver la vista al centro del cuarto, donde el anciano jorobado, de rodillas ante un arcón olvidado, con los brazos cruzados sobre la tapa, y la frente sobre ellos, se había quedado dormido, probablemente en medio de su oración.

Una mujer, en pie en otro rincón, hablaba, dirigiéndose á otra que tendida en el suelo moviase con desesperación.

Miguel creyó reconocer aquella voz. Se aproximó avanzando de puntillas; y muy quedo dijo:

—Ya van á traer el agua, ¿quién se está muriendo?

—Sí... Sí... agua, tantita agua, señor, señor,—contestó allá en el fondo de la pieza, una voz débil y dulce, con un tono suplicante.

El joven, conmovido, se detuvo, abriendo los ojos en la penumbra. Experimentó tal sacudimiento nervioso que los cabellos se le erizaron, conteniéndosele la respiración... y este pensamiento llenó sólo su cerebro: ¡Julia!

Sí, era Julia, no le cabía la menor duda; y con el pecho oprimido, se acercó hasta llegar donde la mujer en pie, le contemplaba sin contestar una palabra. Era Mariana.

—Julia ¿es usted?—murmuró, tratando de ver el rostro de la desventurada que se quejaba muy debilmente y que súbito se incorporó, apartando con un movimiento nervioso la manta miserable que la envolvía...

Entonces vió un rostro huesoso y lívido que le miró tenazmente con sus ojos negros, orlados de grandes círculos oscuros.

Había dejado descubierto su seno flaco y pobre, que no bastaba á ocultar una camisa sucia y ensangrentada.

—Pero no,—dijo el oficial, esta no es Julia,—pero ella murmuró:

—Señor, me muero, tengo sed, tantita agua.

En aquel momento entró el cabo con un jarro de agua, que Miguel le arrebató bruscamente; y arrodillándose en el suelo, al lado de la enferma, con el acento meloso con que se habla á un niño enfermito que se resiste á tomar un brebaje amargo, le dijo:

—Muy poquita, Julia... mucha le hace daño... Así que la pobre volvió á recostarse trabajosamente, boca arriba, con los ojos abiertos, jadeante y escupiendo una saliva negra, Miguel preguntó á Mariana que estaba de pie soñolienta y atontada:

—¿Pero qué le ha pasado? ¿Qué tiene? ¿Está herida?...

—Sí, le dieron un balazo en el pecho,—masculló la vieja.

—Cállese, Mariana, no se lo diga, no, no quiero,—

y un violento acceso de tos le cortó la palabra; luego una gran postración la privó, haciéndole bajar los párpados. Respiraba fatigosamente, extendiendo los brazos como para apartar funestas visiones.

—Sí, señor,—dijo al fin la anciana, con voz lenta y cascada que sonaba lúgubremente en el silencio de la pizca,—sí, señor. Cruz le dió su carabina para que le ayudara, y el otro día que la había puesto detrás de un agujero para tirar para allá,—y señaló con un movimiento de cabeza, un punto vago de la habitación,—entró una bala, y ya ve usted, Dios se la va á llevar.

—¡No quiero morir... ¡soy muy mala, señor! me voy al infierno... no quiero... ¡no quiero!... perdón!...

Miguel, aterrado ante la infeliz moribunda, no hallaba qué decir, ni qué hacer en tan supremo instante en que principiaba un espantoso delirio.

—Julia... Julia... por Dios... acuéstese!... ¿no me conoce?

Ella se había incorporado, y casi desnuda trató de ponerse en pie, como para huir de él; pero la retuvo dulcemente, tocando su carne que ardía al calor de intensa fiebre; y entonces ella mirándole con ojos extravíados, rió con risa nerviosa de enamorada.

—Sí... contigo, sí... pero no más que contigo, lindo, mi vida... oh! pero, que se vaya... don Bernardo... ¿oyen?... cuánto balazo... cuál es mi carabina!... ¡que mueran!... préstame tu canana; Pedro... ¡viva el Poder de Dios!

El joven, arrodillado á su lado, trató de cubrirle el

seno, pero volvió á arrojar el extremo del viejo cobertor, y después de un instante de calma, continuó balbuceando frases incoherentes, extendiendo los brazos, riendo y sollozando.

Había pasado Miguel su brazo tras de la espalda de la moribunda, y así la sostenía, silencioso, escuchando consternado aquel monólogo siniestro.

De repente calló Julia y contemplándole fijamente, sonrió de nuevo con éxtasis indefinible; acercó su cabeza á la suya, extendiendo los labios en demanda de un ósculo; pero Miguel la besó en la frente con castísimo beso.

—¡Contigo!... ¡siempre contigo!... —Permaneció aletargada un momento; pero abriendo los ojos, con una voz ronca y extraña, impregnada de horror y cólera, gritó:

—¡Viva el Poder de Dios!

Una ráfaga fría de pavor inundó el cráneo del oficial que aslojó el brazo que sostenía á Julia desvanecida, y ésta cayó hacia atrás golpeando, con ruido seco, su cabeza contra la piedra que la servía de almohada.

Una violenta convulsión la sacudió, abrió la boca y expiró...

Cuando Miguel con voz terrible ordenó al cabo de cuarto que abriese la puerta, éste obedeció al momento, pero con la firme convicción de que el subteniente estaba borracho.

Eran las tres de la mañana; constelaciones en el cielo irradiaban, cintilando; la masa enorme y ondulante de los montes se esfumaba con indefinidos contornos, y allá en las tinieblas surgían esparcidos en el valle, puntos luminosos y amarillentos.

Los cadáveres ardían silenciosamente, y las ráfagas heladas de la sierra barrían sus cenizas, llevando nauseabundos olores... Profundo silencio reinaba en la inmensa soledad del campo frío y oscuro.

—¡Ah! Señor... ah! Dios mío... ¡sólo!... ¡sólo!— murmuró, cuando el viento glacial de la madrugada batió su frente descubierta, con el kúpis alzado á media cabeza. Y entonces, por fin, después de muchos años tristes y amargos, pudo llorar, llorar como nunca había llorado, con llanto continuo, consolador y dulce.

Y después, como siempre la reacción le siguió, y resignado á la sombría fatalidad del destino, miró con sus ojos tristes, húmedos aún, con sonrisa de amargura infinita, el horizonte negro, maculado por los fulgores fatídicos de los cadáveres ardiendo en la soledad profunda del valle.

Febrero.—1896.

1
e
n
d

FIN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TE

F